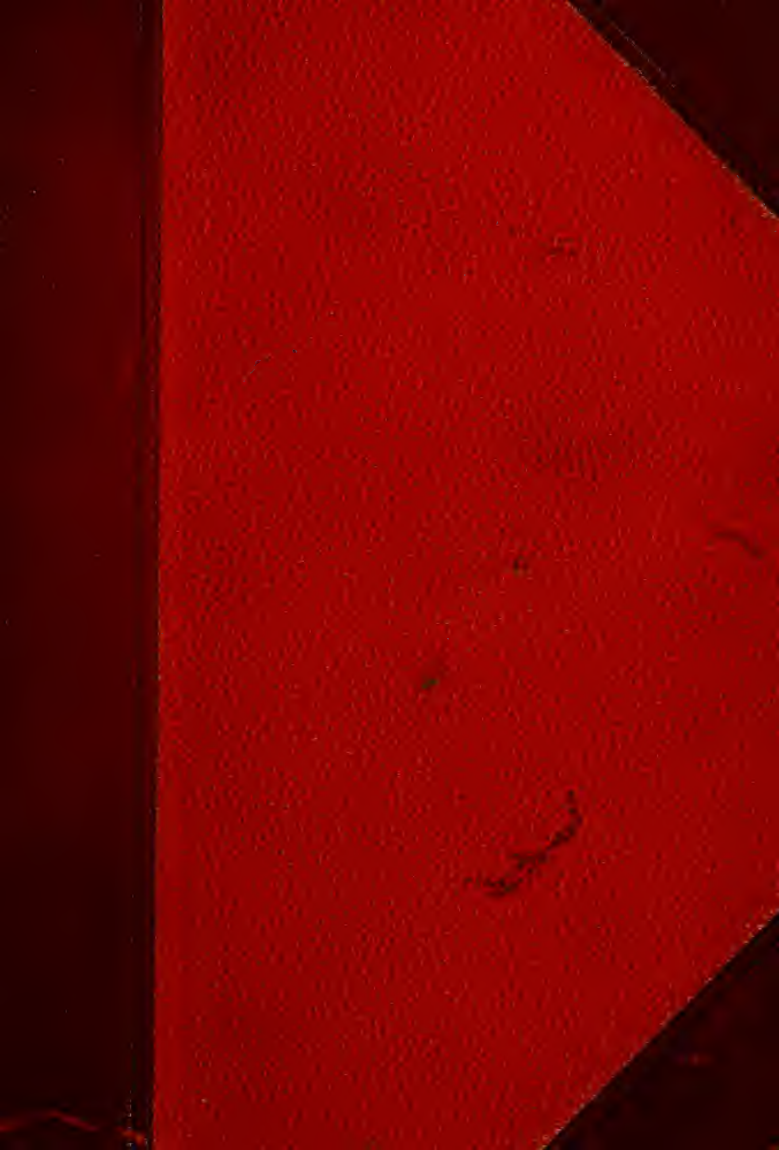
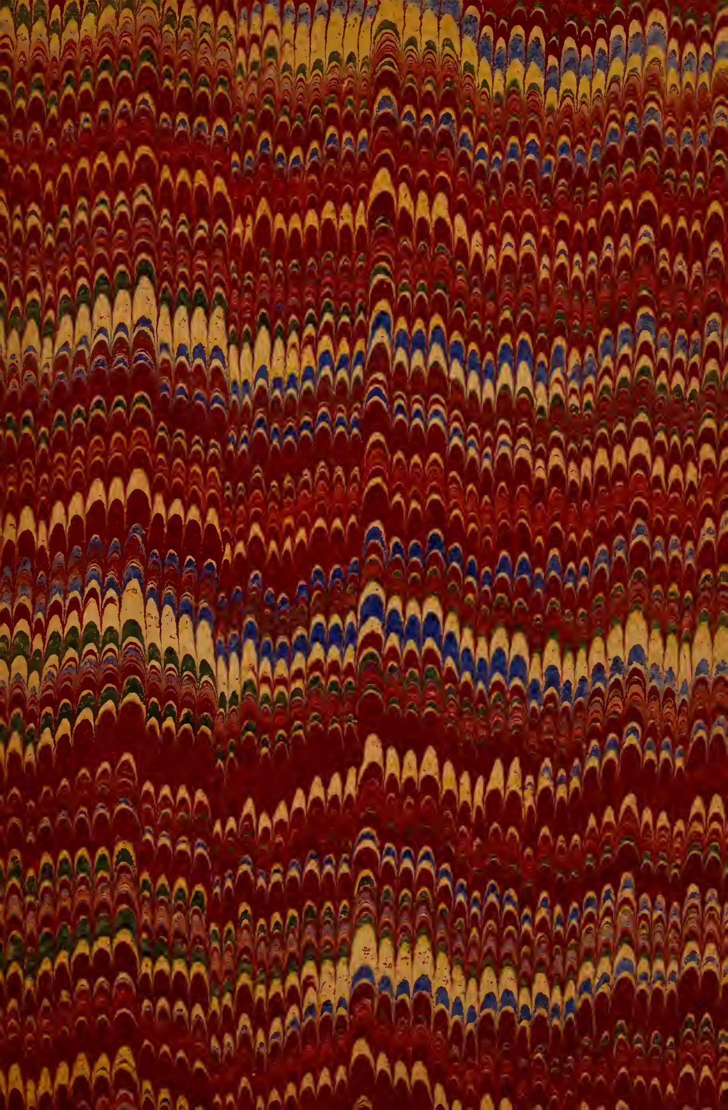



LIBRARY OF CONGRESS.
Chap. PR4494
Shelf R7S7
UNITED STATES OF AMERICA.



LA VIDA DE UN PERILLÁN

POR

WILKIE COLLINS

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, y 5 Bond Street
1892

LA VIDA DE UN PERILLÁN

POR

WILKIE COLLINS

VERSIÓN CASTELLANA DE

FRANCISCO SELLÉN

TRADUCTOR DE "SU CARA MITAD"

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, Y 5 BOND STREET
1892

DOS PALABRAS AL LECTOR SOBRE LA PRESENTE OBRA.

El nombre del novelista inglés Wilkie Collins, autor de *La vida de un perillán*, que presentamos al público vertida al castellano, no necesita recomendación alguna de nuestra parte. Familiar es en uno y otro Continente desde hace muchos años á los aficionados á la amena literatura, y pocos serán sin duda los que no hayan leído, ó no conozcan por lo menos de oídas, la interesante novela titulada *La mujer vestida de blanco*, que ha sido traducida á casi todos los idiomas de Europa, y fué la que estableció la reputación de Wilkie Collins como novelista.

La vida de un perillán, aunque no es una producción de las proporciones de la anterior, no desdice de la justa fama de su autor. Si fuéramos á buscar las analogías literarias de esta preciosa novela, la hallaríamos indudablemente en el género picaresco con tan buen éxito cultivado por los ingenios españoles de los siglos XVI y XVII, y en que nos han dejado tantas obras que aun forman nuestra delicia. *La vida de un perillán* parece animada del mismo espíritu que inspiró aquellas agradables producciones: el buen humor que reina en ellas, unido á cierto desenfado y ligereza de pinceladas, se encuentra á cada paso en la obra de Wilkie Collins. Es esta una autobiografía en la que el héroe, perillán de buena familia y hombre un

tanto despreocupado, aunque solo hasta cierto límite, nos refiere en estilo tan sencillo cuanto variado las diversas peripecias, algunas bastante dramáticas, porque ha ido pasando su existencia desde que vino á este mundo, hasta que se casó y se convirtió en hombre formal y serio. Una vez que el libro se abre y se empieza la lectura no se puede dejar de las manos, y es preciso concluirla, pues el autor posee el raro talento de saber cautivar la atención de sus lectores. Como debe presumirse, y esto atañe en especial al bello sexo, hay una historia de amor, discretamente narrada, que se enlaza íntimamente á la vida del alegre perillán y desempeña un importante papel en el drama de su existencia.

En Inglaterra goza el libro de mucha popularidad, de que dan prueba las ediciones que se menudean, á pesar de que su publicación data de cerca de cuarenta años y que de entonces acá el gusto literario ha experimentado grandes cambios. Para terminar esta breve introducción traduciremos lo que el autor, hablando de su libro, dice en el prefacio de una de sus recientes ediciones: "*La vida de un perillán* puede reclamar ante la nueva generación dos méritos, por lo menos: nunca es serio dos momentos seguidos, y se lee en muy corto tiempo."—Nosotros agregaremos, como recomendación final, que se puede poner sin reparo alguno en manos de todo el mundo. F. S.

NUEVA YORK, *Julio de* 1892.

LA VIDA DE UN PERILLÁN.

CAPÍTULO I.

Voy á ver si puedo escribir algo acerca de mí mismo. Mi vida ha sido bastante singular. Quizás no parezca muy útil ó digna de consideración y respeto; pero no carece de aventuras; y esta circunstancia puede darle títulos suficientes para que se lea, aún en aquellos círculos más encopetados y llenos de prevenciones. Soy un ejemplo vivo de algunos de los resultados que producía el sistema social de esta ilustre Inglaterra á principios del siglo; y por lo tanto, sin pecar de vanidoso, puedo presentarme como modelo, para edificación de mis compatriotas.

Ante todo ¿quién soy yo?

Puedo decir á Vds. que soy persona muy bien emparentada. Vine á este mundo con la gran ventaja de tener por abuela nada menos que á Lady Mortimer, por madre á una hija de esta señora, y al Doctor Juan Federico Turner (conocido generalmente con el nombre del Dr. Tur-

ner), por padre. Pongo á mi padre el último, porque su familia no era de tantas campanillas como la de mi madre, y he nombrado en primer lugar á mi abuela, por ser de más elevada alcurnia que ninguno de los tres. Á pesar de todo soy, he sido y continuaré tal vez siendo un perillán; aunque me lisonjeo de que no he llegado aún al extremo de olvidar el respeto y consideración que se deben al rango. Esto sentado, nadie esperará por un momento que hable mucho acerca de mi tío materno. Aquel inhumano deshonró el nombre de su familia realizando una fortuna en el comercio . . . ¡de jabón y velas! Pido perdón por mencionarle, aunque sea de paso. El hecho es que hizo á mi hermana Arabela un legado algo raro, aparejado de ciertas condiciones que de un modo indirecto me concernían; pero no es esta la oportunidad de tratar de este capítulo de historia doméstica. De nuevo pido perdón por aludir á asuntos de dinero antes de que sea absolutamente necesario. Ocupémonos en un asunto más agradable y decente, diciendo algo acerca de mi padre.

Empezaré por manifestar que me asaltan dudas respecto á la habilidad facultativa de mi señor padre, porque, á pesar de sus parientes y relaciones de elevada alcurnia, la verdad es

que su clientela no era muy brillante ni numerosa.

En otras circunstancias podría haber prosperado con el ejercicio de su profesión médica, pero el hijo político de Lady Mortimer estaba obligado á erguir la cabeza, á tener carruaje, y no malo, á vivir en un barrio elegante y habitado por gente de viso, y á mantener un costoso y lerdo lacayo que hiciera las veces de portero y recibiese á los pacientes, en vez de tener un simple criado que para el caso hubiera sido lo mismo. Cómo se las compuso para "mantener su posición" (según creo que se dice), es lo que no puedo explicarme. Su esposa no le trajo un céntimo de dote. Cuando falleció el padre de aquella, abuelo mío y nada menos que un barón, quedaron los negocios de la familia en un estado de tal confusión, que la pobre viuda Lady Mortimer no supo qué hacerse. Su hijo (el tío de quien con vergüenza me veo de nuevo obligado á hablar), hizo un esfuerzo para sacar á su madre de aquella difícil posición; se vió envuelto en una serie de esos desastres pecuniarios que la gente de comercio llama, según creo, especulaciones; luchó durante algún tiempo para desenredarse y salir triunfante de sus compromisos como un caballero; fracasó en su empresa, y al fin, des-

corazonado, se refugió vergonzosamente en el tráfico de jabones y velas de sebo! Su madre siempre le miró con cierto desdén después de este acontecimiento, pero le pedía prestado dinero con harta frecuencia, sin duda para hacer ver, según supongo, que su interés maternal hacia su hijo no se había extinguido por completo. Mi padre trató de seguir el mismo ejemplo de su madre política, por supuesto que en interés de su esposa, pero el vendedor de jabón apretó los cordones de su bolsa de la manera más brutal y plebeya, diciendo á mi padre, sin muchos rodeos, que se pusiese á trabajar. Tenemos, pues, que la familia era en realidad pobre á pesar de los aires que se daba, del barrio elegante en que vivía, del carruaje y del lacayo que hacía de portero.

La cuestión era ¿qué hacer conmigo y cómo educarme?

Si mi padre hubiera consultado sus recursos, me debería haber enviado á una academia mercantil barata. Pero tenía que consultar á Lady Mortimer, y fuí por lo tanto enviado á una de nuestras grandes escuelas más famosas y de moda. No mencionaré su nombre porque no creo que mis maestros se enorgullecerán mucho con su discípulo. Varias veces hice rabona, y

otras tantas fuí castigado con una buena azotaina. Contraje cuatro amistades aristocráticas, y sostuve otros tantos combates campales con mis amigos: tres veces salí mal trecho y una fuí vencedor. Aprendí á jugar á los bolos, á odiar á los ricos, á curar las verrugas, á escribir versos latinos, á nadar, recitar discursos, hacer caricaturas de mis maestros, traducir el griego, dar betún á los zapatos, y á recibir puntapiés y consejos con la mayor resignación. Después de esto, ¿quién podrá decir que aquella elegante escuela no me fué de utilidad alguna?

Al dejar tan distinguido establecimiento de educación corrí grave peligro de entrar en otro destinado también á la gente de viso. Para ser más claro diré que estuve á punto de ser enviado á un colegio. Por fortuna mía mi padre perdió un pleito precisamente por aquel tiempo, y se vió obligado á reunir hasta el último céntimo que poseía para pagarse el lujo de haber entablado un pleito judicial. Á no ser por esta circunstancia, me habría enviado á una gran universidad; pero su bolsa estaba vacía y su hijo no se hallaba en posición de que se le admitiera como corresponde á un caballero.

El problema que se presentaba era el de elegir una profesión.

En este punto mi padre fué lo más liberal del mundo. Dejó la elección á mi cargo. Por temperamento era yo de carácter aventurero y hasta algo vagamundo, y mis deseos eran alistarme en el ejército. ¿Pero de dónde saldría el dinero necesario para comprar un grado de oficial? En cuanto á entrar de simple soldado, y ganar mis grados á fuerza de trabajo y méritos, las instituciones sociales de Inglaterra obligaban al nieto de Lady Mortimer á empezar la carrera militar con el grado de oficial ó abandonarla por completo. No había, por lo tanto, que pensar en el ejército. ¿La Iglesia? Tampoco había que pensar en ella. ¿El Foro? Necesitaba cinco años para recibirme de abogado y tendría que gastar unas doscientas libras al año antes de que pudiera ganar un cuarto. ¿La Medicina? Esta me pareció la única profesión digna de un caballero en que refugiarme. Y sin embargo, teniendo á la vista lo que pasaba con mi padre, fuí tan ingrato que no me sentí inclinado á seguirla. Confieso que es hasta degradante lo que voy á decir, pero no puedo menos de recordar que deseé muchas veces no estar emparentado con personas de tanta distinción, creyendo que la vida de un agente ó viajero comercial era lo que más atractivo tenía para mí, y lo que más me

convenía, á no haber sido yo un caballero pobre. Ir de lugar en lugar, vivir alegremente en las posadas, ver todos los días caras nuevas, y ganar dinero divirtiéndome en vez de gastarlo,—¡qué vida para mí, si en vez de ser el nieto de un barón, hubiera sido hijo de un destripaterrones y nieto de un gañán!

Mientras mi padre no sabía qué hacer conmigo, no faltó una de sus amistades que le sugiriera una nueva profesión para mí, que hasta el último día mi vida lamentaré no me hayan dejado adoptar.

Este amigo era un caballero de alguna edad, un tanto excéntrico, dueño de una gran fortuna y muy considerado por mi familia. Un día mi padre, en mi presencia, le preguntó en qué podría yo emplearme, teniendo en cuenta mi noble parentela y mi propia utilidad.

—Preste Vd. oído á las palabras resultado de mi experiencia,—dijo nuestro excéntrico amigo, —y si es Vd. un hombre cuerdo, no dudo que hará Vd. lo que le diga. Tengo tres hijos: el primero lo he dedicado á la Iglesia: dice que le va muy bien, pero me cuesta trescientas libras al año. El segundo lo dediqué al Foro: dice que le va admirablemente; pero me cuesta cuatrocientas libras esterlinas al año. El tercero lo

dediqué á bailar *cuadrillas*. Se ha casado con una rica heredera, y no me cuesta nada.

¡Si mi padre hubiera seguido el consejo de aquel sabio! ¡Si me hubiera dedicado á bailar cuadrillas! ¡Si me hubiese lanzado en los salones de baile de Londres, como la mejor recomendación para una rica heredera! ¡Oh señoritas con dinero! Yo tenía cinco pies y diez pulgadas de estatura, barba sedosa, pelo rizado y una hermosa voz. Jóvenes doncellas con abundantes libras esterlinas, bellas ninfas con sustanciosos billetes de banco, llorad sobre el marido que habéis perdido,—sobre el perillán que ha violado las leyes que, como compañero de una opulenta mujer, habría tal vez ayudado á hacer en los bancos del Parlamento británico! ¡Oh moradas y hogares celebrados en tantas canciones, en tantos libros, en tantos discursos, con acompañamiento de tantos aplausos; qué hombre de su casa, qué propietario, qué padre de familias os fué arrebatado cuando el Doctor, mi padre, se negó á dedicar á su hijo á la noble profesión de bailar cuadrillas!

Me resigné, pues, á la desgracia de abrazar la carrera de la medicina.

Si era un buen muchacho, y trabajaba, y tenía cuidado en rozarme con la buena sociedad,

podría esperar con el curso de los años suceder á mi padre en su casa situada en calle elegante, con su carruaje y costoso y lerdo lacayo. No era mala la perspectiva que se presentaba á un joven de bríos, por cuyas venas corría la sangre de los antiguos Mortimer (que habían sido perillanes de gran talento y distinción en los tiempos feudales). Cuando doy una ojeada retrospectiva, y recuerdo la paciencia con que acepté mi profesión médica, yo mismo me considero punto menos que un héroe. Hice aún más que aceptar pasivamente mi destino: estudié verdaderamente; me familiaricé con el esqueleto humano, y me fué perfectamente conocido el sistema muscular; y los misterios de la fisiología me fueron descubiertos poco á poco.

Pero no era esta la parte peor del asunto. Abrigaba decidida repugnancia á los estudios abstrusos de mi nueva profesión; pero aun odiaba más la especie de esclavitud á que tenía que someterme diariamente para, desde el punto de vista social, echar las bases de mi futura prosperidad. Mi buen padre insistió en presentarme á toda su clientela. Me llevaba en su carruaje cuando salía á hacer sus visitas, con la bolsa de instrumentos de cirujía y una Revista Médica, sentado al lado del Dr. Turner que ponía la cabeza lo

más cerca posible de la ventanilla, como para que le vieran bien. Me sentía más á mis anchas en compañía de estudiantes pobres y alegres (tal es la natural depravación y perversidad de mi carácter) que en las habitaciones de los distinguidos clientes y respetables amigos de mi padre. Ni terminaron mis infortunios con estas visitas matutinas. Se me ordernó que asistiera á las comidas que se daban de vez en cuando en las moradas de personas de alto rango, y se me dijo que me hiciera agradable en todos los bailes.

Las comidas eran la prueba más dura á que tenía que someterme. Á veces nos la componíamos de modo que nos hacíamos invitar á las casas de altos y poderosos anfitriones, donde comíamos los más exquisitos platos de la cocina francesa y bebíamos los vinos mejores y más añejos, hallando en esto una especie de compensación al frío glacial que reinaba entre los invitados. De estas comidas nada tengo que decir ; pero de las que nosotros dábamos y de las que las personas de nuestro propio rango social daban en nuestro obsequio, de esas sí que me quejo amargamente.

¿ Habéis observado, por ventura, la notable uniformidad que caracteriza el lenguaje de los que no hablan más que tonterías ? Pues bien, la misma imitación servil reina en el orden y dis-

tribución de las comidas de ciertas gentes que se creen de tono.

Cuando dábamos una comida en casa, teníamos invariablemente sopa, pescado con salsa de langosta, pernil de carnero, pollo guisado y lengua, pastelillos de ostras, pato silvestre, pudín, jalea, helado y pastelillos. Excelentes cosas todas ellas, excepto si las comemos continuamente. Casi era nuestro alimento diario durante la temporada. Cada uno de nuestros hospitalarios amigos nos obsequiaba con una comida, en pago de la nuestra, que era una reproducción de la que le habíamos dado, la cual á su vez era una copia perfecta de la comida con que nos habían favorecido el año anterior. Cocían lo que cocíamos, y asaban lo que asábamos. Ninguno de nosotros alteró jamás la sucesión de los platos, ni hizo más ó menos que los otros, ni cambió la posición de las aves, en frente de la señora de la casa, ni del carnero, en frente del dueño. Mi estómago padecía indeciblemente en aquellos tiempos, cuando la sopera se destapaba y el olor del inevitable caldo concentrado renovaba su conocimiento diario con mi olfato, y era una señal inerrable que me indicaba todo lo que vendría después.

Yo creo que la gente honrada que sabe lo que es no tener qué comer (cosa que, en mi cali-

dad de perillán nunca me ha acontecido), habrá padecido considerablemente merced á esa privación. Sírvales de consuelo la idea de que, excepto morirse de hambre, la misma comida de sociedad, todos los días, es una de las pruebas más duras á que está sujeta la paciencia humana. Mi firme resolución de mandar á paseo mi profesión médica en la primera oportunidad que se me presentase, data de la segunda temporada de esa serie de comidas á que las aspiraciones de mi familia á hacer de mí una lumbrera médica, me condenaban á asistir de una manera tan regular cuanto inevitable.

CAPÍTULO II.

La oportunidad que yo deseaba se presento de un modo bastante raro, que dió origen á consecuencias tan inesperadas como importantes hasta cierto punto.

Ya he dicho que entre otros ramos del saber humano que adquirí en la aristocrática escuela, fué uno el de hacer caricaturas de los maestros que se tomaban el trabajo de educarme. Tenía aptitudes naturales para este útil departamento del arte pictórico; hice rápidos progresos después que dejé la escuela, gracias á mi constante práctica, aunque en secreto, y se convirtió al fin en el medio de realizar algún dinerillo cuando abracé la carrera médica. ¿Qué podía hacer yo? No esperaba ganar un cuarto en algunos años con el ejercicio de mi profesión. La posición social de mi familia me alejaba de todos los medios inmediatos de hacer algo de provecho, y mi padre sólo podía proporcionarme una suma tan insignificante, que no vale la pena mencio-

narse. Ya en la escuela, á las callandas, había conseguido ganar algunos cuartos vendiendo mis caricaturas; y cuando regresé á mi casa me ví obligado á repetir el mismo procedimiento.

En aquel tiempo el arte de la caricatura se acercaba precisamente al fin de su más extravagante período de desenvolvimiento. La sutileza y la verdad natural que hoy se requieren en ese arte, eran cosas en que entonces apenas se había comenzado á pensar. Pinturas grotescas de colorido chillón era lo que el público deseaba. Un amigo mío, médico, gran crítico artístico de la edad madura de diez y nueve años, fué el primero que me afirmó que mis caricaturas reunían todos los requisitos de que acabo de hablar. Conocía á un editor de láminas y grabados, y le mostró con el mayor entusiasmo una cartera llena de mis dibujos y bosquejos, teniendo cuidado, á ruego mío, de no mencionar mi nombre. Con alguna sorpresa mía (pues yo era harto presuntuoso para esperar un desaire completo), el editor eligió unas cuantas de las mejores de mis producciones y me las compró,—por supuesto poniéndoles él mismo el precio. Desde entonces fuí, aunque anónimamente, uno de los jóvenes filibusteros de la caricatura inglesa: en mis momentos de ocio iba de un lado á otro, donde quiera que

podía, en busca de algo que me diera material para mis caricaturas. Muy lejos estaba de pensar mi entonada madre que entre las láminas de colores chillones que en las vidrieras de las tiendas representaban de un modo poco respetuoso los actos públicos y privados de individuos de viso y campanillas, las que estaban firmadas con el clásico nombre de "*Tersites Junior*" eran producto de su estudioso hijo. Muy lejos estaba mi respetable padre de sospechar, cuando con gran dificultad y mortificación conseguía hacerme penetrar consigo en el círculo de la sociedad elegante y á la moda, que con eso me estaba ayudando á estudiar las fisonomías que, merced á mi lápiz implacable, se hallaban destinadas á hacer reir al público á expensas de algunos de sus más augustos patrones, llenando los bolsillos de su hijo con el dinero por "honorarios" de una profesión con que jamás soñó.

Durante más de un año, sin que nadie tuviera la menor sospecha de ello, conseguí tener mi bolsillo privado bastante bien provisto, gracias al ejercicio de mis habilidades caricaturistas. ¡ Pero iba á llegar el día en que todo había de descubrirse!

Sea que la admiración de mis amigos, estudiantes de medicina, hacia mis dibujos satíricos les hiciera hablar en público con muy poca re-

serva, ó que los criados de mi casa hubiesen tenido la oportunidad de atisbarme en mis momentos de estudios artísticos, es lo cierto que alguien me hizo traición, y que el descubrimiento de mi ilícito comercio fué comunicado á mi venerable abuela, raíz y fuente del honor de la familia. ¡Lamentable suceso para mí!

Una mañana mi padre recibió una carta escrita de puño y letra de Lady Mortimer, en la que le informaba en caracteres todos torcidos á impulsos de punzante dolor, y con las dos terceras partes de las palabras medio borradas, por la violencia de virtuosa indignación, que el "Tersites Junior" era nada menos que su propio hijo; y que en una de las últimas caricaturas de ese "bribón," los venerables rasgos de la fisonomía de ella misma se representaban, de un modo inequívoco, bajo la forma de un enorme buho!

Por supuesto que, llevándome la mano al pecho, negué todo con la mayor indignación. Inútil negativa. El original que me sirvió de modelo para mi buho había conseguido irrefragables pruebas de mi delito.

Mi padre, que en general era un hombre en extremo melífluo y que se dominaba mucho, tuvo un acceso de violenta cólera en esta ocasión; declaró que yo estaba poniendo en peligro el

honor y alta posición de la familia; insistió en que jamás volviera á hacer una caricatura en toda mi vida, y me ordenó que al punto fuera á ver á Lady Mortimer y le pidiese perdón en los términos más humildes que encontrase. Respondí que estaba dispuesto á obedecerle con la condición de que se me asignara una suma tres veces mayor de la que actualmente se me daba, por vía de compensación de lo que perdería abandonando el arte de la caricatura; ó que si eso no era posible, Lady Mortimer me nombrase su médico ordinario con un buen sueldo. Estas proposiciones tan extremadamente moderadas, de tal modo aumentaron la cólera de mi padre, que, con un juramento, que ni un soldado lo echaría más fuerte, me hizo presente su resolución de ponerme de patitas en la calle si no hacía lo que me ordenaba, sin condiciones de ninguna clase. Yo le dije que le evitaría el trabajo de plantarme en la calle, yéndome yo mismo. Cerró los puños y me amenazó; y entonces fué mi deber, como caballero y miembro de una profesión pacífica, salir del cuarto. Aquella misma noche me ausenté de la casa, sin que una sola vez, á contar de aquel día, el costoso y lerdo lacayo de marras haya tenido la molestia de abrirme la puerta.

Tengo mis razones para creer que mi salida

del hogar paterno fué, después de todo, bien mirada por mi madre, puesto que así desaparecía toda posibilidad de que mi conducta y mala reputación fuesen un obstáculo al porvenir de mi hermana.

Merced á la destreza y paciencia que desplegó en el arte de echar el anzuelo, había logrado mi hermosa hermana Arabela pescar á un marido elegible, hombre enjuto, avaro, de color atezado, de más de cincuenta años de edad, que había logrado realizar una fortuna en las Antillas. Su nombre era Batterbury. El sol de los trópicos lo había acartonado en tal manera, que parecía una momia que debía durar siglos. Dos eran los temas favoritos de su conversación: la fiebre amarilla y las ventajas de andar, considerado como ejercicio higiénico. Su rustiquez llegó al extremo de experimentar por mí una decidida aversión. Fué un pez difícil de hacerle tragar el anzuelo, y aún después de que Arabela lo consiguió, mi padre y mi madre tuvieron mucha dificultad en sacarle á tierra, debido, como decían bondadosamente, á mi presencia en la casa. De aquí lo conveniente que había sido mi partida. Gran placer me causa ahora recordar cuán desinteresadamente estudiaba yo en aquellos lejanos días el bienestar de mi familia.

Entregado por completo á mis propios recursos, me dediqué, como era natural, con redoblado ardor, al noble arte de caricaturar.

Por aquel entonces fué cuando "Tersites Junior" comenzó á tener algo así como una reputación, y á llevar en su bolsillo una cartera con billetes de banco que no hacían por cierto mala figura entre los otros papeles que allí guardaba. Durante un año viví vida alegre y divertida entre la sociedad más despreocupada de Londres; y al cabo de ese tiempo varios tenderos y vendedores me enviaron sus cuentas sin que yo se las hubiera pedido. Me encontré en la absurda posición de no tener dinero con que pagarlas, y así lo hice presente á todos con esa franqueza que es una de mis pocas buenas cualidades. Recibieron mis proposiciones de arreglo con una descortesía que rayaba en crueldad, y me trataron después con tal falta de consideración y de confianza en mi palabra, que podré perdonarla pero no olvidarla.

Cierto día un desconocido, nada limpio por más señas, me tocó en el hombro y me mostró un pedacito de papel, bastante sucio por cierto, que creí al principio era su tarjeta; pero antes de que pudiese decirle una palabra, dos personas extrañas, aun más sucias, si cabe, me hicieron entrar en un carruaje de alquiler. Y antes tam-

bién de que pudiera probarles que este modo de proceder era una infracción chocante de las libertades de un súbdito inglés, me encontré alojádo entre las paredes de una cárcel.

¡Bien! y ¿qué? ¿Quién soy yo para hacer reparos en que me pongan en una cárcel, cuando tantos reales personajes y tantos individuos ilustres de la historia, han estado en prisión antes que yo? ¿No podré continuar allí mi vocación con mayor comodidad que en la casa de mi padre? ¿Hay algo fuera de estos muros que sea para mí un motivo de ansiedad? No; porque mi querida hermana se ha casado. La red que le tendió la familia sacó en fin á tierra al Sr. Batterbury. No; porque según leí días pasados en un periódico, el Doctor Turner (seguramente debido á Lady Mortimer) ha sído nombrado Médico consultor adjunto del Cirujano Barbero del Rey. Mis parientes gozan de comodidades en su esfera: goce yo también de comodidades en la mía. Pluma, tintero y papel pedí al carcelero y escribí á mi editor la siguiente epístola:

"MUY SEÑOR MÍO:

"Sírvase Vd. anunciar la próxima publicación de una serie de doce caricaturas picantes,

de mi fértil creyón, tituladas 'Escenas de la vida moderna en una cárcel,' por *Tersites Junior.* Los dos primeros dibujos estarán listos para fin de la semana, y se pagarán cuando se entreguen, según las condiciones convenidas entre nosotros respecto á los trabajos del mismo tamaño. Soy de Vd. con la mayor consideración y afecto, atento S. S. FRANCIS TURNER."

Habiendo arreglado de este modo la manera de cubrir los gastos de la prisión, entré en relaciones con mis compañeros, y me puse á estudiar el mismo día de mi encarcelamiento la variedad de sus caracteres, para la nueva serie de láminas.

Si el curioso lector desea conocer mis asociados de cautiverio, le ruego que trate de adquirir las "Escenas de la vida moderna en una cárcel," hoy sumamente raras, pero que me imagino podría verlas, si con un poco de paciencia y de perseverancia emplea una semana en recorrer el catálogo del Museo Británico. Mi fértil creyón delineó con tal vigor y relieve los caracteres con que tropecé en aquel período de mi vida, que mi pluma no puede rivalizar con él; los retraté á todos de una manera más ó menos prominente, con excepción de un prisionero llamado el Ca-

ballero Webster. Las razones que tuve para excluirlo de mi galería de retratos son tan honrosas para los dos, que tengo que mencionarlas brevemente.

Mis compañeros de prisión pronto descubrieron que yo estaba estudiando sus peculiaridades personales en provecho mío y diversión del público. Algunos tomaron la cosa como una broma de buena ley; pero otros se opusieron y se disgustaron conmigo. Pero mi liberalidad en materia de bebidas y algunos pequeños préstamos que hice, reconcilió con su suerte á la mayoría de los opositores. Á la minoría recalcitrante la traté con desdén y la fustigué con el punzante látigo de la caricatura. En aquella época era yo quizás el hombre más impudente de mi edad que hubiese en Inglaterra, y todos aquellos prisioneros se doblegaban ante la magnificencia de mi descaro. Sólo uno de los presos me desafió á mí y á mi creyón, y ese fué el Caballero Webster.

Había recibido tal calificativo por lo noble de su aspecto, lo comedido de su lenguaje y la cortesía de sus modales. Estaba en la fuerza de los años, pero era muy calvo; había servido en el ejército, se había empleado en el comercio de carbón de piedra; usaba cuellos muy almidonados y puños de camisa en extremo largos; ape-

nas se reía, pero hablaba con notable fluidez, y jamás se le vió que perdiese la calma, ni aun bajo las circunstancias más provocativas de la vida de cárcel.

Se abstuvo de mezclarse en mis asuntos y en mis estudios artísticos, hasta que se dijo en nuestra sociedad que en la sexta lámina de mi serie el Caballero Webster, altamente caricaturado, sería una de las figuras principales. Entonces se dirigió á mí en persona, delante de todos, y me habló en los siguientes términos:

—Caballero,—dijo con su acostumbrada cortesía y su invariable sonrisa,—Vd. me hará un gran favor con no caricaturar mis peculiaridades personales. Tengo la desgracia de no comprender nada en materia de chanzas y agudezas; de consiguiente, si Vd. hiciera mi caricatura, mucho me temo que no comprendería el chiste del asunto.

—Caballero,—le contesté con mi acostumbrada impudencia,—poco me importa que Vd. vea el chiste ó no. El público lo verá, y eso me basta.

Y con este político discurso le volví la espalda, mientras los presos se desternillaban de risa. El Caballero Webster, sin alterarse en lo más mínimo, alisó sus puños, sonrió, y se fué como si tal cosa.

Aquella misma noche me hallaba solo en mi cuarto imaginando una nueva lámina, cuando oí un golpecito en la puerta, y ví entrar al Caballero Webster. Me levanté y le pregunté qué diablos quería. Se sonrió y, doblando sus largos puños de camisa, me dijo:

—Solamente quiero dar á Vd. una lección de urbanidad.

—¿Qué dice Vd., caballero? ¿Cómo se atreve Vd. á . . . ?

La respuesta fué una bofetada. Lleno de furor levanté la mano para pagarle en la misma moneda; pero paró el golpe con gran agilidad y me asestó un golpe en la cabeza que me arrojó al suelo medio atontado y en tal condición, que á duras penas podía distinguir la diferencia entre el piso y el techo.

—Señor,—me dijo el Caballero Webster alisando los puños de su camisa, y dirigiéndome la palabra con suave acento mientras yo me hallaba aún tendido en la alfombra,—tengo la honra de notificar á Vd. que acaba de recibir su primer lección de urbanidad. Sea Vd. siempre cortés con los que usan de cortesía con Vd. En cuanto al asunto de la caricatura, lo arreglaremos más adelante. Deseo á Vd. muy buenas noches.

El ruido de mi caída atrajo á los otros hués-

pedes de los cuartos de mi piso. Afortunadamente para mi dignidad, cuando vinieron á ver lo que había acontecido, me hallaba sentado de nuevo en mi silla. Al entrar ellos creí que podrían fácilmente distinguir la señal rojiza de la bofetada en mi rostro, pero el pelo ocultaba la marca del golpe en la cabeza. Con tan favorables circunstancias, pude conservar intacto mi honor entre mis amigos, cuando me preguntaron qué había pasado, diciéndoles que el Caballero Webster había plantado audazmente su mano en mi rostro, poniéndome en la necesidad de arrojarle al suelo. Mi palabra en la cárcel valía tanto como la suya; y si mi versión del asunto se anticipaba á la del Caballero Webster, las probabilidades de ser creído estaban á mi favor.

El siguiente día confieso que no era poca mi ansiedad en saber qué conducta observaría mi cortés y pugilístico instructor. Con gran sorpresa mía me saludó con la urbanidad de costumbre, cuando nos encontramos en el patio; no desmintió mi versión del suceso nocturno; y cuando mis amigos se reían de él como de hombre vapuleado, no hizo el menor caso de sus alegres comentarios. Creo que la antigüedad nos presenta sólo unos pocos caracteres más notables que el Caballero Webster.

Aquella noche juzgué conveniente invitar á un amigo para que pasáramos el tiempo juntos. Mientras hubo qué beber se quedó en mi compañía; cuando no tuve un trago más que ofrecerle, se fué. Estaba precisamente cerrando la puerta después de su partida, cuando la empujaron de una manera suave, aunque muy fuertemente, y he aquí al Caballero Webster de nuevo en mi cuarto.

Mi orgullo, que me había impedido impetrar la protección de las autoridades de la cárcel, me impidió también pedir auxilio en aquel momento. Traté de acercarme á la chimenea y armarme con el hurgón, pero el Caballero Webster no me dió tiempo para ello. —He venido esta noche, me dijo, á darle á Vd. una lección de moralidad,— y levantó la mano derecha.

Detuve la bofetada preliminar; pero antes de que me fuera posible asestarle un golpe, su terrible puño izquierdo cayó sobre mi cabeza, y al suelo vine también, aunque no con el ruido de la caída de la noche anterior.

—Señor,—dijo el Caballero Webster, haciéndome un saludo,—Vd. acaba de recibir ahora su primer lección de moralidad. Hable Vd. siempre la verdad, y jamás diga lo que es falso respecto á otra persona, á sus espaldas. Mañana,

con su permiso, arreglaremos finalmente el asunto de la caricatura. Buenas noches.

Tenía yo sobrada prudencia para dejarle que arreglase ese asunto á su manera, así es que la primera cosa que hice la mañana siguiente fué escribir una esquela muy cortés al Caballero Webster, notificándole que había abandonado toda idea de exhibir al público su parecido en mi serie de láminas, y que le daba pleno permiso para que inspeccionara todos mis dibujos antes de que saliesen de la cárcel. Recibí una respuesta muy política en que me daba las gracias por mi cortesía, felicitándome por la extraordinaria aptitud que había demostrado en aprovecharme de la instrucción más incompleta y elemental. Pensé entonces que bien merecía yo la felicitación, y todavía pienso lo mismo. Nuestro proceder, como ya he indicado, fué honorable para ambos. Fué honorable atención de parte del Caballero Webster el corregirme cuando estaba equivocado; y fué honorable mi buen sentido en aprovecharme de esta corrección. No he vuelto á ver á este gran hombre desde que se arregló con sus acreedores y salió de la cárcel; pero mis sentimientos hacia él son y seguirán siendo los de la más profunda gratitud y respeto. Me proporcionó la única enseñanza útil que hasta en-

tonces había recibido; y si el Caballero Webster leyere estas líneas, reciba aquí las más cumplidas gracias por haber empezado y terminado mi educación en dos noches, sin que á mí ni á mi familia nos costase un cuarto.

CAPÍTULO III.

Volvamos á mis asuntos mercantiles. Una vez que me instalé cómodamente en mi prisión y supe con exactitud el monto de mis deudas, creí de mi deber poner al corriente de todo á mi padre, dándole así una oportunidad de sacarme de la cárcel. Su contestación á mi carta contenía una cita de unos versos de Shakespeare acerca de los hijos ingratos, pero no me envió ningún dinero. Después de eso, lo único que me quedaba que hacer era emplear á un abogado y lograr que se me declarase insolvente. Fuí tratado con la mayor descortesía. En fin, cuando se vendió todo lo que poseía á beneficio de mis acreedores, recibí una reprimenda y fuí puesto en libertad. Me es grato recordar que, aun entonces, mi fe en mí mismo y en la humanidad permanecieron inalterables.

Como diez días antes de mi excarcelación, quedé sorprendido, más de lo imaginable, con la visita del esposo acartonado y color de caoba de

mi hermana, el Sr. Batterbury. Cuando yo vivía con mis padres, este caballero no se dignaba mirarme sin fruncir el entrecejo; y ahora, que era poco menos que un tuno en prisión, venía fraternal y piadosamente á condolerse conmigo de mis infortunios. Unas cuantas preguntas, diestramente hechas, me revelaron el secreto de este prodigioso cambio en nuestras relaciones mutuas, y me hicieron conocer un acontecimiento de familia que alteraba mi posición hacia mi hermana de la manera más curiosa.

Mientras se me estaba juzgando para declararme insolvente, mi tío, el del comercio de jabón y velas, falleció. En su testamento no hizo mención alguna de mi padre ni de mi madre; pero dejó á mi hermana (que siempre se supuso era su favorita en la familia), un legado de dinero, de lo más extraordinario. Era nada menos que la suma de tres mil libras esterlinas* que le serían pagadas al fallecimiento de Lady Mortimer, caso de que yo le sobreviviese.

Á qué se debiera este extraño documento, era asunto de que nada sabía el Sr. Batterbury y de que nada pude yo averiguar. Lo único que llegó á mis noticias fué que el legado estaba acom-

* Unos quince mil duros.

pañado de algunas observaciones sarcásticas, que daban á entender que el testador se consideraría muy feliz, si el referido legado llegaba á producir el efecto de revivir el interés de un solo miembro de la familia del Doctor Turner hacia la suerte del joven caballero que se había fugado de la casa paterna. Mi estimable tío seguramente comprendió que no podía menos de hacer algo en beneficio de la familia de su hermana; y lo realizó de la manera más maligna y maliciosa. Esto era característico de él: si no hubiera poseído el documento, era hombre capaz de haberlo hecho extender en su lecho de muerte solamente con el propósito de que sirviera precisamente para lo que ahora servía.

Aquí se presentaba una complicación interesante. Se había hecho á mi hermana un legado, nada mezquino, cuyo cumplimiento dependía de que yo sobreviviese á mi abuela. Esto en sí no dejaba ya de ser divertido; pero la conducta del Sr. Batterbury lo fué aún mucho más.

Aquel infeliz avaro, no solo trató de ocultar su ardiente deseo de no gastar su dinero, si conseguía la suma legada á su esposa, sino que persistió en no darse por entendido de que la causa principal de su visita emanaba del interés pecuniario que tanto él como mi hermana Arabela

tenían ahora en la vida y salud de un humilde servidor de Vds. Yo hice toda clase de alusiones, en son de broma, acerca de la fuerza vital de Lady Mortimer, y de lo quebrantada que estaba mi constitución; pero él hizo como si nada comprendiese, como si eso no tuviera absolutamente nada que ver con su desinteresada visita. Sin inmutarse en lo más mínimo, sin que su viejo rostro color de caoba diese señales del más leve rubor, me dijo cuán profundamente sentían su esposa y él mi actual situación, y cuánto le había recomendado Arabela que me hiciera presente lo sincero de su amor. ¡Oh criatura de tierno corazón! ¡No hacía sino seis meses que estaba en la cárcel cuando ese testimonio abrumante del cariño de mi hermana vino á regocijarme en mi encierro! ¡Ángel consolador! tú conseguirás tus tres mil libras. Tengo cincuenta años menos de edad que Lady Mortimer, y en obsequio tuyo tendré sumo cuidado con mi persona, mi querida Arabela.

La siguiente vez que ví al Sr. Batterbury fué el día en que me pusieron en libertad. No vino, por supuesto, para informarse acerca de mis futuros planes, ni para ver qué riesgo corría mi vida con el recobro de mi libertad, sino que simplemente vino, como me dió á entender, á con-

gratularme y á hacerme presente el cariño fraternal de Arabela. Era en verdad una atención llena de la mayor delicadeza, á la que no podía permanecer insensible.

—¿Cómo está mi querida Lady Mortimer?—le pregunté cuando mi emoción de gratitud me lo permitió.

El Sr. Batterbury movió tristemente la cabeza y dijo:—Siento mucho manifestar que no se encuentra tan bien como sus amigos desearan. La última vez que tuve el placer de verla, me pareció tan amarilla, que si hubiéramos estado en Jamaica habría creído que no viviría más de doce horas. He tratado de hacer comprender á esa respetable dama la necesidad de mantener las funciones del hígado en un estado activo, mediante paseos diarios á pie: el tiempo que debe andar, la distancia y el paso, todo proporcionado á su edad ¿me entiende Vd.? con debida atención á su edad.

—No podía haberle dado Vd. seguramente mejor consejo,—le dije. —La última vez que ví á Lady Mortimer, hace dos años, la noble señora se imaginaba que á su edad de setenta y cinco no había mujer más activa en toda Inglaterra. Rodaba las escaleras dos ó tres veces por semana porque no quería que nadie la ayudara á bajar-

las; se creía dotada de excelente vista, aunque era tan ciega como un topo, y no era posible hacerla comprender que sus piernas eran tan débiles como las de un niño de un año. Ahora que Vd. le ha aconsejado que dé paseos á pie, se obstinará más que nunca, y es seguro que constantemente estará tropezando y cayendo, tanto dentro como fuera de casa. Con semejante ejercicio, á pesar de la celebrada vitalidad de los Mortimer, no durará ella muchas semanas. Teniendo en cuenta lo delicado de mi salud, no podría Vd. haberle dado un consejo más conveniente; bajo mi palabra de honor que no ha podido darle Vd. mejor consejo.

—Mucho me temo,—dijo el Sr. Batterbury con una serenidad de fisonomía realmente envidiable,—mucho me temo, mi querido Francis, (permítame Vd. que le llame Francis á secas), no comprender exactamente lo que Vd. quiere decir; y por desgracia no tenemos mucho tiempo para entrar en explicaciones. Diez millas á pie es mi ejercicio cuotidiano: he andado ya cinco para venir y aun me faltan cinco que hacer. Mucho me alegro ver á Vd. de nuevo en libertad. Háganos Vd. saber dónde piensa instalarse, y cuídese mucho. Reconozca Vd. la importancia del ejercicio corporal diario, y pón-

galo Vd. en práctica. ¿Le he dado á Vd. los recuerdos cariñosos que le envía Arabela? Ella está muy bien. ¡Adiós!

Y el Sr. Batterbury se fué á andar las cinco millas que le quedaban por hacer para conservar su salud; y yo partí también para ver á mi editor en beneficio de mi bolsillo.

Un desengaño inesperado me aguardaba. Mis "Escenas de la vida moderna en la cárcel" no se vendieron como yo me había imaginado, y mi editor no se mostraba muy dispuesto á entrar en especulaciones sobre obras ejecutadas en el mismo estilo. Durante mis meses de prisión un nuevo caricaturista se había presentado con un estilo que podía llamarse propio, había creado ya una nueva escuela, y el público inconstante le otorgaba su protección. Entonces me dije para mis adentros: "Esta escena del drama de tu vida ha terminado, amigo mío: entra en una nueva escena, ó haz bajar el telón inmediatamente." Por supuesto que entré en una nueva escena.

Me despedí de mi editor y fuí á consultar á un amigo mío, artista, acerca de mis planes futuros. Yo creía que solo estaba en camino de entrar en una nueva profesión, pero según lo ordenó el destino, me hallaba también en camino de

dar con la mujer que no solamente debía de ser el objeto de mi primer amor, sino causa inocente del gran desastre de mi vida.

La primera vez que la ví fué en una de las calles que conducen de la plaza de Leicester al Strand. Algo había en su rostro que me hizo detener cuando pasó por mi lado. Miré hacia atrás, y vacilé. Todo en ella me parecía un modelo de gracia y de modestia. No pude resistir á la tentación del momento, y la seguí.

Ella dió una mirada al rededor, me descubrió, y al instante apresuró el paso. Al llegar á la extremidad de la calle, entró de repente en un establecimiento.

Miré por la vidriera de la ventana y la ví que estaba hablando con una persona de alguna edad, que me arrojó una mirada llena de indignación y condujo al instante á mi encantadora desconocida al fondo del establecimiento. Durante unos segundos me quedé como un tonto sin saber qué hacer, á pesar de no ser esa mi condición; pero debe recordarse que todos los hombres que se enamoran por vez primera son unos tontos. Pronto recobré, sin embargo, el uso de mis sentidos. El establecimiento hacía esquina á una calle lateral que conducía al mercado. "! Ah! ¡ el establecimiento es

una casa con dos puertas que dan á dos calles distintas! " pensé para mis adentros y me dirigí apresuradamente á la otra puerta. ¡Demasiado tarde! ¡Mi bella fugitiva había desaparecido! ¿La habría yo perdido para siempre en el gran mundo de Londres? Así pensé entonces. Los acontecimientos demostrarán que jamás me equivoqué tanto en mi vida.

No estaba de humor de ir á ver á mi amigo. Sólo el siguiente día, cuando se hubo calmado un tanto mi emoción amorosa y ví que me amenazaba la pobreza, comprendí que no me quedaba otro remedio que ir á visitar al referido artista, hombre de buen corazón, y pedirle que me prestase su auxilio y me diese sus consejos.

Había oído decir que era una especie de vagamundo. Pero este epíteto se aplica con tanta frecuencia, y tan mal, que es difícil definir realmente lo que se entiende por un vagamundo, sobre todo si se trata de un artista. Sin hacer caso de todas estas hablillas, fuí á verle y le hice presente la difícil situación en que me encontraba. Era hombre muy expeditivo y me indicó al instante lo que debía hacer.

—Usted tiene buen ojo para reproducir las fisonomías, me dijo, y hasta ahora esto le ha servido para ganarse la vida. Haga Vd. que

continúe rindiéndole el mismo servicio. No hay que contar con caricaturas. No importa. Vaya Vd. al otro extremo; en vez de caricaturar á las personas, es preciso lisonjearlas. Hágase pintor de retratos. Vd. puede usar mi estudio tres días á la semana, y dormirá en él, si quiere. Me abonará Vd. una corta suma semanalmente. Traiga Vd. sus cajas de pintura; hable á sus amigos, y manos á la obra. El dibujo no importa nada; el colorido no importa nada; la perspectiva nada importa, ni tampoco las ideas. Lo único que importa es el parecido y lisonjear al cliente; y eso corre de cuenta de Vd.

Tenía la conciencia de que podía hacerlo, me despedí de él, y fuí á proporcionarme los colores. Pero antes de entrar en el establecimiento me di de manos á boca con el Sr. Batterbury que hacía su ejercicio pedestre. Se detuvo, me dió un apretón de manos con todo el afecto de que era capaz, y me preguntó á dónde iba. Una idea feliz me ocurrió. En vez de responder á su pregunta me informé de Lady Mortimer.

—No se alarme Vd. dijo el Sr. Batterbury, Lady Mortimer rodó las escaleras ayer de mañana.

—Mi querido amigo, permítame Vd. que le congratule.

—Afortunadamente, continuó el Sr. Batterbury recalcando esta palabra y mirándome con fijeza,—afortunadamente la criada, por descuido, había dejado un gran bulto de ropa al pie de la escalera mientras fué á abrir la puerta. Al rodar Lady Mortimer, dió con la cabeza en mitad del bulto de ropa. Al principio experimentó las consecuencias naturales del sacudimiento producido por la caída, pero esta mañana continuaba como si tal cosa. ¿No es verdad que ha sido afortunada? ¿Ha visto Vd. en los periódicos las noticias de Demerara?

—No, señor, contesté, ¿qué hay de nuevo?

—La fiebre amarilla hace estragos en Demerara.

—Ojalá estuviese yo en Demerara, dije con voz cavernosa.

—¿Usted? ¿Por qué? exclamó el Sr. Batterbury espantado.

—No tengo hogar, ni amigos, ni dinero, continué dando cada vez un acento más lúgubre á mis palabras. Todo me dice que yo podría labrarme una posición decente en el mundo y vivir como Dios manda, si me dedicara á pintar retratos, que es para lo que creo poseer especial talento. Pero no tengo á nadie que me tienda una mano protectora y me ayude; nadie que

quiera retratarse; nada en mi bolsillo, excepto unos pocos reales; y nada en la mente sino la duda de si vale la pena continuar luchando como hasta ahora, ó poner de una vez fin á mis males arrojándome al río inmediatamente. No interrumpa Vd. su paseo por causa mía, Sr. Batterbury, le dije para terminar. Mucho me temo que no sea yo quien sobreviva á Lady Mortimer, al fin y el cabo.

—¡No hable Vd. así! ¡no hable Vd. así! exclamó el Sr. Batterbury todo alarmado y pálido, hasta donde le era posible palidecer á su rostro color de caoba—No hable Vd. de esa manera tan desacertada: se lo ruego á Vd.; insisto en ello. Vd. tiene amigos de sobra; Vd. me tiene á mí, tiene á su hermana. Dedíquese Vd. á hacer retratos: piense Vd. en su familia; hágase Vd. pintor de retratos.

—¿Dónde encontraré una persona que quiera retratarse? le pregunté moviendo la cabeza melancólicamente.

—Aquí tiene Vd. á una, dijo el Sr. Batterbury haciendo un gran esfuerzo. Yo seré su primer cliente. Como principiante que es Vd., y sobre todo tratándose de un miembro de la familia, supongo que sus precios serán moderados. Vd. sabe que muchas gotas de cera. . . .

Aquí se detuvo y todo su rostro reveló la sórdida avaricia de aquella alma mezquina.

—Le haré á Vd. un retrato de medio cuerpo, tamaño natural, por cincuenta libras,—le dije.

El Sr. Batterbury se estremeció y dirigió sus miradas á derecha y á izquierda como si quisiera echar á correr. Sus entradas ascendían á cinco mil libras* al año; pero en aquel instante, al ver su rostro, se hubiera dicho que apenas montaban á una bicoca. Yo me alejé unos cuantos pasos.

—Me parece que ese precio es demasiado alto para uno que ahora empieza, me dijo el Sr. Batterbury siguiéndome. Yo creía que treinta libras esterlinas, ó á la sumo cuarenta . . . .

—Un caballero, le dije, no puede rebajarse á regatear. Páselo Vd. bien.—Y saludándole continué mi camino.

—¡Está bien, está bien! exclamó el Sr. Batterbury, acepto sus precios. Déme Vd. su dirección. Mañana iré á verle. ¿Está en el precio incluso el marco? No, no; por supuesto que no se incluye el marco. ¿Dónde va Vd. ahora? ¿Á comprar la pintura? No creo que su tienda esté en la cercanía de uno de los puen-

* Unos veinticinco mil duros.

tes del Támesis. Piense Vd. en su querida hermana, piense Vd. en la familia, piense Vd. en las cincuenta libras esterlinas; una bonita entrada anual para un hombre cuerdo. Le ruego á Vd. que se tranquilice, que cuide de su persona: prométame Vd., mi querido amigo, mi querido Francis, déme Vd. su palabra de honor que no hará ningún desatino!

Le dejé bajo aquella impresión y temor, en que tal vez estaba padeciendo el único ataque serio de inquietud y alarma por el bienestar ajeno en todo el curso de su existencia.

Heme aquí comenzando de nuevo mi carrera en el mundo, y esta vez de pintor de retratos, con el pago del parecido de mi primer parroquiano dependiendo acaso de la vida de mi abuela. Si el lector que hasta aquí me ha seguido fielmente desea saber algo acerca de la salud de la noble señora, y de cómo me fué en mi nueva profesión, le ruego que se tome el trabajo de leer el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

Compré los colores necesarios para mis retratos y arreglé aquel mismo día las condiciones del alquiler del estudio.

El día siguiente por la mañana, antes de la hora en que esperaba á mi parroquiano, y teniendo yo tanto interés ahora en la vida de mi abuela como interés en su muerte tenía el Sr. Batterbury, fuí á informarme de la salud de Lady Mortimer. La respuesta fué en extremo satisfactoria. Mi abuela no tenía en la actualidad intención alguna de permitirme que le sobreviviera. En aquellos momentos se encontraba ocupada en la meritoria tarea de almorzar. Como el porvenir se me presentaba risueño, me sentí impulsado á escribir á mi padre informándole la nueva profesión á que iba á dedicarme, y proponiéndole al mismo tiempo que reanudásemos nuestras relaciones. Tengo el sentimiento de decir que mi carta se quedó sin ser contestada.

Mi cuñado fué puntual como un cronómetro.

Respiró como si se viera libre de un gran peso al contemplarme lleno de vida, paleta y pincel en mano y con el lienzo preparado en el caballete.

—Perfectamente, dijo; me alegro de ver á Vd. ya tranquilizado. Arabela quería acompañarme, pero hoy ha despertado con un ligero dolor de cabeza. Le envía á Vd. sus más cariñosos recuerdos.

Tomé mi tiza y dí principio á la obra con aquella confianza en mí mismo que jamás me ha abandonado en circunstancia alguna. Estando plenamente convencido que el arte de hacer retratos depende por completo del arte de lisonjear, resolví empezar con un simple bosquejo que fuera ya una lisonja á mi primer parroquiano.

Pero es mucho más fácil resolverse á hacer una cosa que ejecutarla. En primer lugar, la costumbre de caricaturar hacía que mi mano, involuntariamente, se empeñara en volver á las andadas. En segundo lugar, el rostro de mi cuñado era de una fealdad tan inveterada y tan completa, que todos los artificios del arte pictórico para atenuarla serían inútiles. Cuando un hombre está dotado de una nariz de una pulgada de longitud, con las ventanillas perpendiculares, es imposible lisonjearlo: hay que darle una nariz

de fantasía, ó resignarse á reproducir la que tiene. Cuando un hombre apenas posee pestañas, y sus ojos redondos proyectan de tal modo que parece se van á caer al suelo cada vez que se inclina, ¿qué mano mortal, ni qué pincel puede mejorarlos sin cambiar su verdadera expresión? Es preciso hacerles justicia á secas por horribles y feos que parezcan, ó abandonar la empresa.

El pintor Lawrence era uno de los artistas que mayor habilidad ha desplegado en suavizar y atenuar los defectos característicos de una fisonomía: en esto no se le conoce rival. Pues bien, ese parásito perfecto habría encontrado que el rosto del Sr. Batterbury era demasiado para él, y por vez primera en el ejercicio de su arte se hubiera visto obligado á la no acostumbrada y poco cortesana necesidad de hacer un retrato de parecido exacto.

En cuanto á mí, puse toda mi confianza en la vital energía de Lady Mortimer y retraté la fisonomía del Sr. Batterbury en todo su natural horror. Al mismo tiempo me puse á cubierto de los accidentes más probables, haciéndole pagarme las cincuenta libras convenidas poco á poco. Tuvimos diez sesiones. En cada una de ellas mi cuñado fué portador de un mensaje de mi hermana que me enviaba sus recuerdos más cariño-

sos é invariablemente se disculpaba de no haberle sido posible venir á verme. Cada sesión terminaba con una especie de discusión entre mi cuñado y yo, relativa al traspaso de cinco libras de sus bolsillos á los míos. Salí victorioso en cada ocasión, gracias al noble comportamiento de Lady Mortimer que se abstuvo de rodar las escaleras, durante tres semanas consecutivas, y comía, bebía y dormía como una bendita. ¡Venerable mujer! Fué causa de que entraran cincuenta libras esterlinas en mi bolsillo. Pensaré en ella con gratitud y respeto hasta el fin de mis días.

Una mañana, á tiempo que me hallaba contemplando el retrato del Sr. Batterbury, completamente terminado, y que me estremecía interiormente ante su fealdad inconcebible, sentí invadido mi estudio de un olor sofocante de almizcle, seguido de un crugir de vestido de seda, que me reveló la aparición en persona de mi cariñosa hermana, con su marido tras ella. Arabela había agotado el repertorio de sus disculpas y había venido á verme.

Se llevó el pañuelo á la nariz desde el instante que entró en la habitación.

—¿Cómo estás, Francis? No me beses: apestas á pintura y yo no puedo soportarla.

Yo experimentaba igual antipatía al olor del almizcle, y no había tenido la menor intención de besarla; pero era demasiado galante para decírselo, y tan sólo le pedí que me hiciera el favor de ver el retrato de su marido.

Arabela dió una ojeada en derredor del cuarto, siempre con el pañuelo á la nariz, y recogió su magnífico vestido de seda con la otra mano.

—¡Qué lugar tan horrible!—dijo con voz débil sin separar el pañuelo de la nariz.—¿No puedes hacer que desaparezca un poco de la pintura que hay por donde quiera? Tengo la seguridad de que el piso está lleno de aceite. ¿Cómo podré pasar junto á esa sucia mesa donde están la paleta y los colores? ¿Por qué no bajas el retrato á la portezuela de mi coche, Francis?

Avanzando algunos pasos, y mirando con recelo en su derredor mientras hablaba, vió en la repisa de la chimenea una botella de agua de Colonia que tomó inmediatamente con un lánguido suspiro.

La botella, que había sido de agua de Colonia en otros tiempos, contenía aguarrás para lavar los pinceles. Antes de que pudiera decirle una palabra, había rociado su traje con la mitad del líquido. Á pesar de todo el almizcle de que estaba impregnado el estudio, el aguarrás se hizo

sentir violentamente á tiempo que yo le gritaba: "¡Ciudado!" Arabela, con un grito de horror, lanzó la botella furiosamente en el hogar de la chimenea. Por fortuna era verano, pues de otro modo habría tenido que acompañar su grito con los de "¡Fuego! ¡Fuego!"

—¡Malvado, animal! ¡Grosero, pérfido, tunante, estafador!—gritaba mi amable hermana sacudiendo las faldas de su traje con todas sus fuerzas,—tú has hecho esto de propósito. No te defiendas. Yo sé que lo has hecho de intento. ¿Qué idea tenías al atormentarme día y noche para que viniera á esta pocilga?—continuó, dirigiéndose furiosamente al compañero de su existencia y legítimo receptáculo de toda su superflua cólera—¿Qué idea tuviste al traerme aquí á menos que fuera, para ver como te han estafado? ¡Sí, engañado, estafado! Tanto entiende él de hacer retratos como tú. Te ha estafado tu dinero. Si se estuviera muriendo de hambre, sería el último hombre de Inglaterra capaz de poner fin á su existencia. Es demasiado indigno, demasiado vicioso; ha perdido toda idea de honor y de respeto á sí propio, es un descrédito para la familia. ¡Sácame de aquí! ¡Dame tu brazo al instante! Desde el principio te dije que no tuvieras trato alguno con él. Todo

esto se debe á tu horrible amor al dinero. Supón que Lady Mortimer le sobreviva; supón que yo pierda mi legado. Y bien, ¿qué son tres mil libras para tí? Mi vestido está arruinado. Mi chal ya no vale nada. ¡Morirse *él!* Si mi abuela viviera más que Matusalén él la sobreviviría. Dame tu brazo. No. Ve á buscar á mi padre: necesito que me recete algo. Mis nervios están en una condición terrible. ¡Me va á dar un vértigo, voy á desmayarme, estoy enferma, muy enferma!

Con esto, casi histérica, desapareció dejando tras sí un olor que era una mezcla de aguarrás y almizcle que me conservó vivo el recuerdo de la visita de mi hermana varios días.

—Otra escena del drama de mi vida terminará antes de mucho, pensé. No tengo ahora grandes esperanzas de que mi amable hermana patronice á un genio en lucha con el destino. ¿Conozco por ventura á alguien que quiera retratarse? No, ni un alma.—No teniendo pues á nadie que retratar ¿cuál era, pues, mi deber de artista desdeñado? ¿Claro está que retratarme á mí mismo?

Y esto fué lo que ejecuté, haciendo de mi retrato un agradable contraste á la fealdad imposible de mi cuñado. Era mi intención enviar

ambos retratos á la Exposición Anual de la Academia Real para darme á conocer. Y como sabía perfectamente de qué pie cojeaba la institución con que tenía que habérmelas, á mi propio parecido le dí el título de "Retrato de un Noble."

Este diestro llamamiento al lado flaco de mis distinguidos compatriotas estuvo casi á punto de darme el resultado apetecido. El retrato del Sr. Batterbury (que estaba hecho con mucho más esmero que el mío), fué desechado sin ceremonias. El "Retrato de un Noble" fué atentamente reservado para ser expuesto si los Sres. Académicos Reales podían hallar un lugar conveniente donde colgarlo. No pudieron, y por lo tanto el retrato volvió á su obscuro autor. Personas débiles de carácter y que se ahogan en poca agua, se habrían desesperado en circunstancias iguales, pero un perillán como yo no se dejaba abatir tan fácilmente, ni aun por cosas más serias. Envié el retrato del Sr. Batterbury á la morada de este distinguido Mecenas, y el "Retrato de un Noble" á la de un prestamista. Hecho esto me quedaba sobrado espacio en mi estudio y podía pasearme en todas direcciones, fumando mi pipa, y pensando en lo qué debía emprender.

Había observado que el generoso amigo y vagamundo artista, cuyo inquilino era á la sazón, nunca parecía hallarse escaso de dinero; y, sin embargo, las paredes de su estudio me informaron que nadie compraba sus cuadros. Allí estaban colgadas todas sus grandes obras rechazadas por la Real Academia, y desatendidas por los patrocinadores del arte; y allí, no obstante, estaba mi amigo manejando alegremente el pincel; no rico, es cierto, pero siempre con dinero bastante para sufragar sus modestas necesidades. ¿Dónde encontraba esos recursos? Me resolví á preguntárselo la primera vez que viniese al estudio.

—Roberto, le dije, ¿dónde diablos consigues tú el dinero que tienes?

—Francis ¿por qué me haces esta pregunte? me respondió.

—La necesidad me obliga á ello, le repliqué. Mi bolsa se va quedando vacía y no sé cómo llenarla de nuevo. La Academia me ha devuelto mis cuadros; nadie viene á retratarse; yo no puedo hacer un real, y tengo que dar otro giro á mis talentos artísticos, ó abandonar tu estudio. Somos antiguos amigos. Te he pagado honradamente mi alquiler semana tras semana; y si quieres servirme, creo que lo harás. Tú ganas

dinero de algún modo. ¿Qué puedo hacer para ganarlo también?

—¿Eres muy escrupuloso? me preguntó Roberto.

—No mucho, le respondí.

Roberto se sonrió, me dió mi sombrero y se puso el suyo.

—Tú eres precisamente de la clase de hombres que me agradan, dijo, y tengo más confianza en tí que en ninguno de mis otros conocidos. Me preguntas ¿cómo me las compongo para ganar dinero, cuando mis cuadros están aún en mi poder? Pues bien, mi querido amigo, cada vez que mi bolsa está vacía y necesito llenarla, hago un cuadro antiguo.

Le miré sorprendido porque en realidad no comprendía exactamente lo que quería decir eso de un cuadro antiguo.

—Los cuadros antiguos, es decir, de pintores antiguos que puedo imitar mejor, continuó Roberto, son los de Claudio Lorena, que según debes de saber es un famoso pintor de paisajes clásicos. No sé exactamente cuántos cuadros hizo; pero supongamos que fueran quinientos. En el transcurso de cinco años quizás ni cinco de estos cuadros legítimos se ponen en venta. Entendidos coleccionadores de cuadros antiguos

acuden sin embargo á las ventas por centenares, mientras que cuadros legítimos de Claudio Lorena ó de cualquiera de los antiguos maestros sólo se ofrecen uno ú dos de tarde en tarde. Sentado esto ¿qué hacer? ¿Deben quedarse chasqueados los inocentes dueños de galerías privadas que acuden á las ventas para enriquecer sus colecciones? ¿Ó debemos aumentar caritativamente el número de las obras de Claudio Lorena y de los otros distinguidos artistas, para satisfacer los deseos de las personas de gusto, dinero y calidad? Es preciso ser muy inhumano para no decidirse por lo último. Debes tener presente que los coleccionadores no saben una jota de pintura: compran un Claudio Lorena (para presentar un ejemplo de lo que ha acontecido conmigo), como comprarían cualquiera de los antiguos maestros, no por el placer que sus obras les puedan proporcionar, sino por la reputación de que gozan. Dales un cuadro que represente las ruinas de un antiguo castillo, con árboles fantásticos, ninfas retozonas y un cielo acuoso; empólvalo bastante; pónle un marco también antiguo; llámalo un "Claudio Lorena"; y el número de las obras de los antiguos maestros se habrá aumentado, el coleccionador no cabe en sí de contento, el traficante en cuadros se enriquece, y el

desatentido artista moderno puede hacer sonar una bolsa bastante repleta. Ciertos hombres tienen un don especial para hacer un Rembrandt, otros se dedican á producir un Rafael, un Ticiano, un Murillo, un Watteau, etc. Sea como fuere, todos quedamos contentos y mutuamente satisfechos, y todos beneficiados. La buena armonía se propaga y el dinero no queda estancado. Ven conmigo y vamos á ver que hacemos contigo.

CAPÍTULO V.

Á medida que me iba endilgando este discurso, continuábamos nuestro camino. Sentí la fuerza irresistible de su lógica. Simpaticé con la ardiente filantropía de sus motivos. Ya ardía yo en la noble ambición de acrecentar el número de las obras de los antiguos maestros y ensanchar la esfera de su influencia benéfica. En una palabra, seguí á Roberto plenamente convencido de que tenía razón.

Nos internamos en unas callejuelas y entramos en una casa, aunque no por la puerta principal sino por la del fondo. Un caballero anciano, de pequeña estatura, vestido con una bata negra nos recibió al paso. Roberto nos presentó uno á otro al instante. El desconocido, que se llamaba Samuel Levy, de raza hebrea, me miró con desconfianza. Le saludé con la inexorable urbanidad que aprendí á apreciar bajo el puño instructivo del Caballero Webster, y que nada me ha hecho abandonar en mi vida.

—Vé á la habitación del frente y mira los cuadros mientras yo hablo con el Sr. Levy,—me dijo Roberto abriendo una puerta y haciéndome entrar en una especie de galería. Nadie había allí: me hallé rodeado de cuadros antiguos, de creación reciente, de todos los tamaños y de todas las escuelas, de todos los grados de empolvamiento, con los nombres de todos los famosos antiguos maestros, desde Ticiano hasta Teniers, inscritos en sus marcos. Una "Joya" de Claudio Lorena con un papelito que decía "Vendido" me llamó particularmente la atención. Era la última producción de Roberto que le proporcionó diez libras esterlinas, y en verdad que revelaba la suma habilidad del joven artista en reproducir un Claudio Lorena.

Según me han informado, desde la época de que hablo á nuestros días los negocios del Sr. Samuel Levy han decaído un tanto, y hoy tenemos traficantes en cuadros que son hombres tan justos y honorables como los que pueden hallarse en cualquiera otra profesión ó carrera. Este cambio favorable, que consigno con gusto, es resultado inmediato de lo mucho que ha mejorado también la condición del arte contemporáneo, que tenía gran necesidad de reformas y mejoras en lo que se relaciona al comercio de cuadros.

En la época á que me estoy refiriendo, los que alentaban y animaban á los pintores modernos eran unos pocos miembros de la aristocracia que, en materias de gusto, á lo menos, nunca presumían pensar por sí mismos, ó habían heredado ó adquirido una galería más ó menos rica en cuadros antiguos. Formaba parte de su educación tener fe en esto, tan sólo de oídas, como en el Rey y el Parlamento. Era para ellos artículo de fe creer que los pintores que murieron hace tiempo eran todos hombres grandes, y que cuanto más los imitaran los pintores del día, tanto mayor era la probabilidad de que en lo porvenir, aunque en escala menor, fueran también hombres grandes.

Á veces uno de estos caballeros, lleno de desconfianza y no muy seguro de su gusto, entraba en el estudio de un artista moderno, admiraba ciertos cuadros y compraba uno ó dos á precios que parecerían hoy tan increiblemente ínfimos, que no me atrevo á mencionarlos. El cuadro era enviado á la casa del noble comprador, que invitaba al artista á su morada y lo presentaba á los distinguidos individuos que la frecuentaban; pero nunca admitía su cuadro, en términos de igualdad, en la sociedad de los maestros antiguos ni aunque éstos fueran de tercer orden. Su

obra se colgaba en el rincón más obscuro de la galería: había sido comprada con todas reservas, y admitida por pura tolerancia. La frescura y brillantez de sus colores padecía horriblemente merced al contraste de lo empolvado y descolorido de sus antiguos predecesores, y lo único que en ellos se celebraba era la semejanza que tuviese con el amaneramiento peculiar de algún maestro antiguo.

Todo esto ha cambiado ahora. Los artistas y los traficantes en cuadros han hecho una verdadera revolución en este particular. De entonces acá los buenos cuadros modernos han ido aumentando en precio, y aun á veces dejan muy atrás á los de los viejos maestros.

Estaba aun admirando la galería del Sr. Levy, cuando se abrió una puertecita y entró una joven dama. Mi corazón latió apresuradamente. Reconocí en ella á la encantadora señorita á quien había seguido en la calle.

Esta vez no llevaba puesto el velo, y pude admirar en toda su belleza la dulce melancolía de sus grandes ojos garzos. Su delicado cutis se cubrió súbitamente de un tinte sonrosado. Su hermoso cabello negro . . . . no, no puedo describir mi éxtasis. Diré tan sólo que ella, indudablemente, me reconoció. Al saludarla con la

cabeza, sentí sonrojárseme las mejillas, cosa que jamás me había acontecido hasta entonces.

En este instante el muchacho que la había hecho entrar en la galería le dijo:

—El dueño está ocupado: sírvase Vd. esperar aquí.

—Yo no deseo molestar al Sr. Levy,—contestó ella. ¡Qué voz! ¡qué voz! .... Baste decir que era digna de su belleza.

—Si Vd. tuviera la bondad de darle esto, continuó; él sabe lo que es. Sírvase Vd. decirle también que mi padre está muy enfermo y muy lleno de ansiedad. Bastará con que el Sr. Levy me diga simplemente, por conducto de Vd.,—sí ó no.

Le entregó al muchacho una tira de papel con un sello, que sería seguramente un pagaré que deseaba descontar.

El muchacho, portador del mensaje de aquel ángel de belleza, salió de la habitación.

Aproveché esta oportunidad para dirigirle la palabra. Si se me preguntara lo que le dije en aquella ocasión, me vería en un verdadero aprieto. No sé lo que hablé: no recuerdo una sola palabra. Seguramente las tonterías que ensarta un joven enamorado en ocasión semejante. El muchacho regresó antes de que yo hubiese termi-

nado mi discurso, y le devolvió el documento, agregando:

—Señorita, el Sr. Levy dice que lo siente mucho y que la respuesta es—No.

Mi bella desconocida palideció, dió un suspiro y se dispuso á salir. Al ponerse el velo ví que tenía los ojos cuajados en lágrimas. Sin saber realmente lo que estaba haciendo, le dije que se sirviera ocuparme como si fuese un antiguo amigo, que tenía dinero bastante en el bolsillo para descontar el pagaré. Ella me llamó á la razón con la mayor suavidad, diciéndome: "Veo que Vd. olvida, caballero, que no somos ni aun conocidos. Buenos días."

La seguí hasta la puerta. Le pedí que me permitiese visitar á su padre, y que le pondría al corriente de quién era yo y quienes eran mis padres y allegados. Me respondió simplemente que su padre se hallaba demasiado enfermo para recibir visitas. La acompañé hasta el descanso de la escalera, y entonces con severo acento me dijo:

—Caballero, bien puede Vd. ver que me encuentro en una situación angustiada. Apelo á Vd., como caballero, para que me deje en paz.

Incliné la cabeza y la dejé partir.

Volví á la galería de cuadros, y cuando re-

cuerdo que no se me ocurrió entonces descubrir su nombre y las señas de su morada,—estoy por creer que en aquellos momentos había perdido realmente el juicio. Me había portado como un chiquillo; yo, uno de los hombres más audaces de Londres. Había perdido de nuevo á mi desconocida y esta vez á nadie, sino á mí mismo, tenía que culpar.

Estas meláncolicas meditaciones fueron interrumpidas con la llegada de mi amigo Roberto, que se me acercó de un modo casi misterioso y me dijo en voz baja.

—Samuel Levy está receloso, y me ha costado mucho trabajo conseguir que consienta en aceptar tus obras. Sin embargo, si logras darte maña en hacer un pequeño Rembrandt, como muestra de tu habilidad, puedes considerarte empleado aquí hasta nueva orden. Me veo obligado á precisar un Rembrandt, porque es el único pintor antiguo de que no haya cuadro en la actualidad. El caballero que acostumbraba proporcionar obras de ese maestro falleció días pasados. Tenía un talento especial para los Rembrandt que no se podrá reemplazar con facilidad. ¿Crees tú que te será dado llenar su puesto? Es un don particular como un buen oído para la música ó disposición para las matemáticas. Naturalmente

que tendrás que hacer tu aprendizaje. Se te dará por vía de modelo y guía el último Rembrandt del caballero aludido: el resto depende, mi querido amigo, de tus facultades de imitación. No te desanimen los fracasos: prueba y vuelve á probar. Tú debes de haber oído hablar de la luz y sombra de Rembrandt: recuerda siempre que en tu caso la luz quiere decir un amarillo obscuro y la sombra un negro intenso; recuerda que y . . .

—No cuente Vd. con un cuarto, dijo la voz del Sr. Levy detrás de mí,—no cuente Vd. con un cuarto, amigo mío, á menos que su Rembrandt sea tan bueno que me engañe á mí, á mí que trafico en cuadros y sé lo que me pesco en el asunto.

¿Qué me importaba Rembrandt en aquel momento? Estaba pensando en la desaparición de mi hermosa desconocida, y probablemente no le habría hecho caso al Sr. Levy, á no habérseme ocurrido que el pícaro traficante en cuadros conocía el nombre del padre y la dirección de la adorable joven. Se lo pregunté, pues, sin andar con muchos rodeos. El viejo marrullero movió su encanecida cabeza, y me dijo:

—Su padre se encuentra muy atrasado pecuniariamente, y á callar tocan, amigo mío.

Y á pesar de todo lo que hice no le pude sacar una sílaba más. Sin embargo, si él se mostró obstinado en su silencio, yo me mostre más determinado en averiguar lo que deseaba.

Entré, pues, al servicio del honrado Levy, proponiéndome hacerme primero necesario á su prosperidad comercial, y amenazarle después con ofrecer mis talentos á un fabricante su rival en el asunto de los cuadros antiguos, si no me revelaba el nombre y las señas de la morada de mi desconocida. Mi plan me pareció al principio muy brillante; pero alguien ha dicho que el hombre es el juguete de las circunstancias, y el Sr. Levy y yo tuvimos que separarnos, inesperadamente, y por fuerza mayor. Y Lady Mortimer fué la causa inconsciente de los acontecimientos que por tercera vez me hicieron dar con mi ángel adorado.

CAPÍTULO VI.

El siguiente día entré en el taller del honrado Levy y fuí presentado á los eminentes caballeros que allí trabajaban. Se me dió mi Rembrandt modelo; se me explicaron las sencillas reglas elementales, y todos los materiales necesarios me fueron proporcionados.

No entraré en detalles acerca de mis trabajos, mis primeros fracasos y subsecuente buen éxito. Solamente diré que mi Rembrandt tenía que ser pequeño, y que como á la sazón había una demanda considerable de burgomaestres, mi cuadro debía naturalmente representar á un burgomaestre. Las tres cuartas partes de mi obra se componían de sombras de un pardo sucio y negro; la otra cuarta parte la formaba un rayo de luz amarilla que caía sobre el rostro arrugado de un anciano color de melaza. Una vislumbre de mano y algo que con un poco de fantasía podría tomarse por un lavamanos de latón, completaban mi obra, que satisfizo por completo al Sr. Levy, quien la describió como sigue en su catálogo:

"Un Burgomaestre almorzando. Perteneció al principio á la colección de Mynheer Van Grubb, Amsterdam. Una nuestra rara del maestro. No hay grabados. El claro-obscuro de esta obra extraordinaria es verdaderamente de un carácter sublime. Precio: doscientas libras esterlinas."*

Yo recibí cinco libras, y supongo que el honrado Sr. Levy recibió cierto noventa y cinco.

Desde el punto de vista pecuniario no era esto muy alentador para un principiante; pero yo debía de recibir cinco libras esterlinas más en el caso de que mi Rembrandt se vendiese dentro de cierto tiempo dado. Se vendió una semana después de haberse arreglado de una manera conveniente para que pudiera colgarse con toda confianza en la sala de exhibición. Recibí mi dinero y puse manos, lleno de entusiasmo, á otro Rembrandt que era esta vez—"La esposa de un Burgomaestre avivando el fuego." En el cuadro anterior el claro-obscuro del maestro había sido amarillo y negro; ahora debía de ser rojo y negro. Estaba á punto de ganarme la plena confianza del Sr. Levy, como había resuelto, cuando sobrevino una catástrofe que cerró el estableci-

* Unos mil duros.

miento y puso fin á mis experimentos de fabricante de cuadros antiguos.

"El almuerzo del Burgomaestre" había sido comprado por un nuevo parroquiano, venerable *connaisseur* dotado de inmensa fortuna y con una gran galería de pinturas. El anciano caballero estaba entusiasmado con el cuadro, con su tono, con el efecto, con el simple tratamiento de los detalles. En su opinión, lo único que le faltaba era limpiarlo un poco. El Sr. Levy conocía perfectamente lo expuesto de tal operación para permitir la más ligera tentativa en ese sentido, y aseguró solemnemente que no sabía que existiese preparación alguna que pudiera usarse para limpiar un Rembrandt, "sin grave peligro de destruir los últimos exquisitos toques del pincel del inmortal maestro." El comprador quedó satisfecho con esta razón para no limpiar el cuadro y se lo llevó á su casa en su propio carruaje.

Durante tres semanas no volvimos á oir nada del caballero comprador; pero pasado ese tiempo, un hebreo, amigo del Sr. Levy, escribiente en la oficina de un abogado, nos aterrorizó informándonos que un caballero, relacionado con nuestro venerable *connaisseur*, había visto el Rembrandt y había dicho que era una impudente

falsificación; y agregó que se proponía llevar el asunto á los tribunales donde haría que se examinase la pintura por peritos, acusando además al vendedor y al autor del cuadro, de haberse confabulado para conseguir dinero bajo falsas premisas. Samuel Levy y yo nos miramos mutuamente con rostros desmesuradamente largos, al recibir esta agradable noticia.

Nuestra primer pregunta fué ¿qué debíamos hacer? Recobré pronto el uso completo de mis facultades, y resolví aquel asunto importante y difícil mientras nuestros compañeros se hallaban enteramente desconcertados.

—¿Me promete Vd. veinte y cinco libras esterlinas en presencia de estos caballeros si le libro á Vd. de este enredo?—le dije á mi aterrorizado principal. Samuel Levy se retorció las manos y con un profundo esfuerzo dijo: "Sí, amigo mío."

Nuestro informante en este malhadado negocio estaba empleado precisamente en la oficina de los abogados que habían de presentar y seguir la demanda contra nosotros, así es que pudo ponerme al corriente de ciertos particulares que yo deseaba saber relativos al cuadro.

Averigüé que el Rembrandt estaba aun en poder del comprador, quien había consentido en

que se discutiese en un tribunal el asunto de si el cuadro era ó no legítimo, á pesar de que tenía muy alta idea de sí mismo como conocedor en pintura, para consentir que se dijera que había sido engañado. Su suspicaz pariente no residía en la casa, pero acostumbraba visitarle diariamente antes del medio día. Con saber esto me dí por satisfecho: el resto dependía de mí, de mi buena fortuna, del tiempo, de la credulidad humana y de ciertos conocimientos de química adquiridos en los días de mis estudios médicos. Salí de la galería de nuestro traficante en cuadros y compré en la botica más cercana una botella de cierto poderoso líquido, que no quiero especificar por escrúpulos de conciencia. Le puse un rótulo que decía: "Preparación de Amsterdam para limpiar," y la envolví en un papel. Escribí además lo siguiente:

"Samuel Levy, después de saludar respetuosamente al Sr.—(llamémosle Black), tiene el gusto de manifestarle que ha hallado, inesperadamente, algo que podrá satisfacer los deseos del Sr. Black acerca de limpiar 'El almuerzo del Burgomaestre.' La preparación adjunta acaba de llegar de Amsterdam. Está hecha según receta hallada entre los papeles del mismo Rembrandt, ha sido usada con los resultados más sor-

prendentes en los cuadros del maestro en todas las galerías de Holanda, y en la actualidad se está empleando en el Rembrandt de mayor tamaño de la colección privada del que traza estas líneas. El modo de usarlo es el siguiente: póngase el cuadro en posición horizontal, viértase sobre el lienzo el contenido de la botella con el mayor cuidado, para que cubra toda la superficie: déjese allí el líquido seis horas, al cabo de las cuales se secará con un pedazo de paño suave, de un tamaño conveniente. El resultado será la desaparición de todo el polvo y suciedad, y una completa y brillante metamórfosis del aspecto negruzco que ahora presenta el cuadro."

Yo mismo dejé estas líneas y la botella á las dos de la tarde en casa del rico protector de las bellas artes, y me retiré á la mía esperando confiadamente los resultados.

La mañana siguiente nuestro consabido amigo en la oficina del abogado vino á vernos, y apenas entró prorrumpió en una carcajada. El Sr. Black había seguido al pie de la letra las instrucciones para usar el líquido. No bien lo hubo recibido, vertió la "Preparación de Amsterdam para limpiar" sobre la superficie de su cuadro donde la dejó hasta las ocho de la noche; pidió el pedazo de lienzo más fino que pudo hallarse en la casa, y

con sus mismas venerables manos secó cuidadosamente el líquido, y—¡ borró completamente toda la pintura! El color pardo, el negro, el burgomaestre, el almuerzo, y el rayo de luz amarilla, todo desapareció en menos de un minuto sin dejar huellas ningunas. Si el cuadro se presentase ahora á un tribunal, únicamente se vería un marco y un lienzo manchado de negro.

Nuestra defensa, en caso necesario, se hubiera basado en que la preparación se había usado mal. Por lo demás, confíabamos en la falta de pruebas contra nosotros. Sin embargo, el Sr. Levy cerró muy prudentemente su establecimiento por algún tiempo y pasó al Continente á saquear, como decía, las galerías extranjeras. Yo recibí mis veinticinco libras esterlinas, borré lo que había pintado de mi segundo Rembrandt, cerré la puerta privada del taller y comprendí que otra escena del drama de mi vida había terminado. Sólo sentía una cosa, y lo lamentaba amargamente:—ignorar por completo el nombre y la morada de la bella señorita que tanta impresión me había causado.

Mi primer visita fué al estudio de mi excelente amigo, el artista pintor de quien ya he hablado, mi buen Roberto. Me saludó presentándome una carta que tenía en la mano, dirigi-

da á mí. Hacía pocos días que la habían dejado allí. La letra era de mi cuñado Batterbury. ¿Habrán cambiado los sentimientos del marido de mi hermana respecto á mi humilde persona? ¿Podía yo esperar todavía algún beneficio de él? Léase su carta, y júzguese:

"Muy Sr. mío: aunque la conducta poco caballeresca que Vd. ha observado conmigo, y el recibimiento poco afectuoso y hasta malévolo que de Vd. mereció mi querida esposa, han destruído todos los derechos que pudiera Vd. tener á la consideración y simpatías del más tolerante de los parientes de Vd., estoy sin embargo dispuesto, en parte atendiendo á la tranquilidad de la familia de mi esposa, y en parte resultado de mi bondad natural, estoy dispuesto, repito, á ofrecer á Vd. una vez más la oportunidad de mejorar su posición, si Vd. quiere vivir de una manera digna de respeto. El puesto que puedo ofrecer á Vd. es el de secretario de una nueva Institución Científica y Literaria que va á establecerse en la población de Duskydale, cerca de la cual, como Vd. debe de saber, poseo yo algunos terrenos. El destino se ha puesto á disposición mía, como vice-presidente que soy de la nueva sociedad. El sueldo será de cincuenta li-

bras esterlinas al año, con habitación en el último piso. Las obligaciones son varias y le serán explicadas por el comité local del Instituto, si Vd. quiere avistarse con dicho comité haciendo uso de la adjunta carta de introducción. Después de la manera poco escrupulosa con que abusó Vd. de mi liberalidad, obteniendo cincuenta libras esterlinas por una audaz caricatura, que pretendió Vd. era mi retrato, y que me ha sido imposible colgar en ninguna habitación de mi casa, creo que esta nueva muestra de mi bondad y de mis deseos de servir á Vd., después de todo lo que ha pasado, deberá avivar en Vd. cualesquiera buenos sentimientos que aún posea, y despertar las dormidas emociones de arrepentimiento y propósito de enmienda, cuando piense Vd. en su seguro servidor.

"DANIEL BATTERBURY."

—¡Dios me guarde! exclamé. ¡Cuánta palabrería y qué estilo tan confuso, y cuánto ruido acerca de cincuenta libras esterlinas al año y una cama en una buhardilla!

Estas fueron las primeras emociones que produjo en mí la carta de mi cuñado. Pero ¿á qué obedecía esta epístola? Para aclarar mis dudas, aunque en realidad ningunas tenía, me dirigí

inmediatamente á la morada de mi respetable abuela Lady Mortimer, con objeto de informarme si había de nuevo corrido el riesgo de morir antes que yo.

—Mucho mejor, señor, me respondió el venerable mayordomo de mi abuela. La salud de la Sra. ha mejorado mucho después de su último accidente.

—¡Cómo! ¡un nuevo accidente! exclamé. ¿De nuevo las escaleras?

—No, señor: esta vez no han sido las escaleras, sino la ventana de su alcoba,—respondió el mayordomo con toda la gravedad que le era posible.—La vista de su señoría, que en estos últimos años no ha sido muy buena, le ocasiona ciertas dificultades en calcular las distancias. Hace tres días su señoría fué á asomarse á la ventana, y, no habiendo calculado bien la distancia . . . .

Aquí el mayordomo, con cierto aire melodramático para producir efecto, se detuvo y me miró con ojos que querían revelar profundo sentimiento.

—¿Y no habiendo calculado la distancia? repetí con impaciencia.

—Rompió el vidrio de la ventana con la cabeza,—dijo el mayordomo con apacible voz acomodada á lo patético de la noticia.—Por fortuna

¡Dios sea loado! la señora estaba vestida para salir y tenía puesta su gorra. Esto le preservó la cabeza. Pero por un milagro no se degolló, porque un pedazo del vidrio le hizo una herida á un cuarto de pulgada de distancia de la yugular. Le he oído decir al médico, señor, y esto no lo olvidaré hasta el fin de mis días, que la vida de la señora estuvo pendiente de un cabello. La pérdida de sangre, según ha dicho también el doctor, fué para la señora una bendición, pues como tiene cierta propensión á la apoplegía, ha alejado ese temor. El apetito de su señoría ha mejorado mucho desde el accidente; cuando sube ó baja las escaleras se apoya en el brazo de su cochero, ó de su criada de mano, lo que jamás quería hacer antes; ahora sale á dar paseos y á tomar aire en su coche. 'Me siento diez años más joven,' son las palabras textuales que me dijo esta mañana, 'me siento diez años más joven, Pedro, desde que rompí el vidrio de la ventana de mi alcoba.' Y así es en efecto, señor.

No me quedó duda alguna. Esta era la clave de la carta de perdón de mi cuñado. La perspectiva de recibir el dinero consabido se había alejado más que nunca; no podía tener la misma confianza que su esposa en mi vigor para resistir

impunemente el hambre y la adversidad, y por lo tanto se hallaba dispuesto á aprovechar la primera ocasión que se le presentó de propender á mi bienestar y seguridad personal, sin que le cortase un cuarto. Todo lo ví claramente, y admiré, con más gratitud que nunca, la hereditaria vitalidad de la familia Mortimer. ¿Qué hacer? ¿Ir á Duskydale? ¿Por qué no? Poco me importaba el lugar á donde yo fuera, ahora que había perdido la esperanza de volver á ver los hermosos ojos de mi desconocida.

El día siguiente me dirigí á mi nueva morada, á hacerme cargo de mi nuevo destino: presenté mis credenciales, y no dejé de aproveharme de las ventajas que me proporcionaban mis elevadas relaciones de familia, lo que me valió ser recibido con entusiasmo y con distinción.

Encontré que la nueva sociedad científico-literaria era presa de un cisma, aun antes de haberse inaugurado públicamente. Dos facciones la dividían y gobernaban: la facción de la gente seria y la de la gente alegre. Dos cuestiones la agitaban: referíase una á si sería propio celebrar la inauguración por medio de un baile público. El segundo punto discutible, que tenía dividida la opinión de la sociedad naciente, era decidir si debían ó no admitirse novelas en la biblioteca del

instituto. Como es de suponerse, los puritanos y fanáticos del lugar estaban por la negativa tanto respecto al baile como á la admisión de novelas, que habían propuesto los que llamaban libres pensadores, despreocupados y de manga ancha en materia de prácticas religiosas.

Fuí presentado oficialmente á la sociedad cuando se hallaba el debate en su período de mayor intensidad. Me ví en medio de un numeroso concurso, aglomerado en habitación reducida, al rededor de una mesa larga. Cada uno de los concurrentes se hallaba provisto de tintero, pluma y una gran hoja de papel blanco. Viendo que uno tras otro iban todos haciendo uso de la palabra, me puse en pie como los demás y pronuncié un vigoroso discurso tomando partido con los llamados libres pensadores y despreocupados. No bien hube acabado mi peroración, cuando el jefe de los severos puritanos, enemigos de bailes y diversiones, empezó á hablar.

—Si no hubiera otras razones contra el baile, dijo mi reverendo opositor, hay por lo menos una objeción que no tiene respuesta. ¡Caballeros, San Juan Bautista fué decapitado gracias al baile!

Cuando este formidable argumento fué presentado, todos los personajes austeros y avina-

grados golpearon tumultuosamente la mesa, y mi buen hombre se sentó con aire de triunfador. Me puse en pie al instante para contestarle en medio de los aplausos de la gente de buen humor; pero antes de que pudiese pronunciar una palabra, el Presidente de la Institución y el rector de la iglesia entraron en el salón.

Eran ambos hombres de autoridad y de buen sentido y por añadidura padres de hijas encantadoras, y su presencia hizo que la balanza se inclinara del lado razonable. El asunto de la admisión ó no admisión de novelas en la biblioteca se dejó para más adelante, mientras que la cuestión candente del baile se puso inmediatamente á votación. El Presidente, el rector y yo abrimos la marcha votando en favor y previniendo á todos los galantes caballeros que estaban presentes, que no dejaran chasqueadas las esperanzas de las muchachas. Esto decidió á los que vacilaban, y los vacilantes decidieron á la mayoría. El triunfo fué completo. Mi primera ocupación como secretario fué diseñar un modelo de billete de admisión al baile.

Mi segunda ocupación fué dar un vistazo á las habitaciones que se me destinaban para morada.

La Sociedad de Duskydale ocupaba una casa desvencijada, si se me permite la expresión, con

diez cuartos y un gran salón lateral que olía á pintura y á humedad y llevaba el pomposo título de "Teatro de las Conferencias." Era el lugar más triste, lóbrego, feo y frío en que jamás he entrado. Me parecía que para lo único que podía servir era para hacer penitencia y llorar á lágrima viva; pero la comisión del baile pensaba de un modo distinto y lo consideraba un perfecto salón de baile.

Las habitaciones destinadas al secretario eran dos buhardillas, desnudas de todo. Si hubiera intentado hacer algo más que cobrar el sueldo del primer trimestre, me habría quejado inmediatamente. Pero como no tenía la más remota intención de permanecer en Duskydale, no me era difícil ganar la reputación de complaciente no emitiendo la menor queja.

—¿Ha visto Vd. al Sr. Turner, el nuevo secretario? Es un caballero muy distinguido y una gran adquisición para la sociedad, y para la población.—Tal era el concepto de que gozaba entre las señoritas y los habitantes de ideas liberales de Duskydale.—¿Ha visto Vd. al Sr. Turner, el nuevo secretario? Un joven mundano y vanaglorioso. La última persona de Inglaterra para hacer adelantar los intereses de nuestra Institución.—Tal era la contrarréplica, acerca de

mis méritos, corriente entre los puritanos y gentes severas. Presento ambas opiniones, porque en cada asunto hay siempre dos lados que ver; y en cuanto á mí he procurado la imparcialidad, aun cuando se trate de mis perfecciones ó imperfecciones.

Los fines, intereses y negocios generales de la Institución de Duskydale, eran asuntos en los cuales, al hacerme cargo de la secretaría, no pensé jamás ocupar mucho mi inteligencia. Toda mi energía la dediqué á lo que se relacionaba con el baile de apertura.

Fuí elegido, por aclamación, director general del ramo de diversiones; é hice cuanto estuvo en mi poder para merecer y corresponder á la confianza que en mí se depositaba, dejando la literatura y las ciencias, por lo que á mí hacía, en perfecta libertad de progresar ó no, como mejor les pluguiera. Lo que en este particular hayan hecho mis colegas después que me separé de ellos, asunto suyo ha sido, y nadie podrá acusarme de que he contribuído á perturbar la paz de los pacíficos ciudadanos recargándolos de conocimientos útiles. Mi obligación y ardua empresa eran enseñar al pueblo inglés á divertirse honestamente, y la tarea de propagar la ciencia la dejé á otros.

Como es sabido, á mis compatriotas, los ingleses, cualquiera les puede predicar un sermón (y ¡cuántos y cuántos predicadores hay!) ó darles una conferencia sobre esto y sobre lo de más allá, ó hacerlos asociar para este objeto ú el otro. ¿Pero quién es el que trata de que se diviertan? No leáis novelas, no vayáis al teatro, no bailéis: esto es lo que se oye por todas partes y en todos los tonos posibles. Como yo pienso de un modo distinto y creo que un poco de esparcimiento y diversión inocente son indispensables en la vida, deseando la mayor concurrencia al baile de inauguración, recomendé que el precio de admisión fuese moderado, para ponerlo al alcance de las personas decentes, desprovistas de medios de fortuna, que desearan esparcir el ánimo una noche, en honesto solaz, en los salones de nuestra sociedad. La proposición fué rechazada ignominiosamente por los directores del Instituto. Como yo soy un tanto obstinado, no me descorazoné por esta negativa, sino que apelé á un medio que se me ocurrió para llenar nuestros salones.

Me procuré un directorio local, me puse cincuenta billetes de admisión en los bolsillos, me endosé mi levita azul celeste y mis pantalones de mahón (que entonces eran el colmo de la moda), y salí á buscar danzantes entre las perso-

nas que, no siendo notoriamente puritanas, no nos habían favorecido comprando billetes para el baile.

Como por temperamento no me es posible hacer alguna cosa con regularidad, abrí el directorio al azar y determiné hacer mi primer visita á las primeras personas con cuyos nombres dieran mis ojos, que acertaron á ser el Dr. Dulcifer y la Srta. Dulcifer, Vallombrosa, No. 1. Muy bien. No tengo preferencias. Aquí venderé mis dos primeros billetes, y, como á Dios gracias, no soy nada tímido ni tengo mucho orgullo, allí me dirigí.

La morada era una de esas habitaciones semicampestres con un jardincillo al frente, cuyo enrejado abrí. Me adelanté á la puerta de la casa, pensando en la clase de gente que hallaría. Si se me preguntase cuál era la verdadera causa de esta actividad extraordinaria para servir los intereses de personas que me eran del todo indiferentes, deberé confesar que la pérdida de mi bella desconocida tenía mucho que ver con ello. Aceptaba con gusto cualquiera ocupación que de algún modo me distrajera de la idea fija que me atormentaba, desde que creí perdida para siempre á aquella hermosa joven.

¿Experimenté por ventura algún presenti-

miento de la sorpresa deliciosa que me esperaba cuando tiré de la campanilla de la casa No. 1 ?—No, nada eso. La verdad es que mi salud era excelente, mis digestiones de primer orden, y que esos presentimientos se relacionan, más de lo que generalmente se cree, con un estómago delicado y una salud no muy buena.

Me abrieron la puerta; pregunté por la Srta. Dulcifer; y me dijeron que entaba en la sala de recibo, á donde fuí conducido.

No esperen mis lectores que me ponga á hacer una descripción de las sensaciones que experimenté. Estas fueron innumerables y de todas clases. ¡ Allí estaba ella, sola, sentada cerca de la ventana! ¡ Allí estaba ella haciendo con sus delicados y blancos dedos una bolsa de seda!

Tanto de su rostro como de su aspecto general había desaparecido aquella melancolía que reinaba en su sér la última vez que la ví. Estaba vestida con cierta elegancia y la habitación se hallaba bien amueblada. Evidentemente su padre había cambiado de posición. Confieso que cuando ví en el directorio el nombre de Dulcifer no pude menos de sonreirme por lo extraño que me parecía. Comencé ahora á mirarle con desagrado viendo que también era el apellido de mi sin par desconocida. Me servía de consuelo la

idea de que ella podría cambiarlo ¿Lo cambiaría por el mío?

Yo fuí el primero que recobró la sangre fría. Me senté en una silla cerca de ella, y le tomé la mano.

—Vd. vé, le dije, que no es posible evitarme. Esta es la tercera vez que nos hemos encontrado. Dadas tan extraordinarias circunstancias ¿se negará Vd. á recibir mi visita? ¿No querrá Vd. proporcionarme un poco de felicidad en compensación de cuanto he padecido desde la última vez que ví á Vd.?

Sonrió y se sonrojó.

—Estoy tan sorprendida, me contestó, que no sé realmente qué decir.

—¿Desagradablemente sorprendida? le pregunté.

Continuó primero con su labor, y después contestó (me pareció que con cierta tristeza):

—¡No!

Yo quise aprovecharme de las ventajas que creía haber obtenido, pero ella supo contenerme con perfecta política. Parecía que recordaba con vergüenza las circunstancias en que hicimos conocimiento.

—¿Cómo es que ha venido Vd. á vivir á Duskydale? me preguntó de repente cambiando el

tema de la conversación. ¿Y cómo ha podido Vd. dar con nosotros?

Mientras le estaba dando las explicaciones necesarias entró su padre, á quien miré con notable curiosidad.

Era un caballero alto, grueso, de continente respetable, frente despejada, abdomen un tanto abultado; chaleco negro y corbata blanca. Todo guardaba en él la mayor armonía, excepto los ojos que eran brillantes, vivos y de mirada resuelta, en contradicción con el aire de benevolencia y afabilidad esparcido en todo el hombre. Aquellos ojos revelaban suma inteligencia y gran confianza en sí mismo, tal vez se vislumbraba en ellos cierta falsedad, que yo habría podido descubrir inmediatamente bajo circunstancias ordinarias; pero á la sazón miraba al Doctor Dulcifer al tráves del prisma de su hija y á primera vista sólo pude distinguir sus méritos.

—Estamos muy agradecidos á Vd., caballero, por su atención en visitarnos, me dijo con excesiva cortesía. Pero nuestra permanencia en este lugar toca á su fin; pues solamente vine aquí con objeto de restablecer la salud de mi hija. Ha ganado mucho con el cambio de aires, y hemos hecho ya todos los preparativos para partir mañana; de otro modo, habríamos tenido mucho

gusto en aceptar los billetes de admisión al baile.

Como es de presumirse, mientras el padre hablaba, yo tenía fijos los ojos en la hija quien, á su vez, miraba á su padre, y ví que una súbita tristeza se iba apoderando de su rostro. ¿Qué significaba aquella tristeza? ¿Sentimiento de no poder asistir al baile? No; era algo más que eso. Mi interés se despertó vivamente. Supliqué al padre que no nos privara de la presencia de su hija: le dije que pensara en el irreparable eclipse que padecería el salón de baile de Duskydale. Con gran sorpresa mía, la joven, mientras yo hablaba, dirigía una triste mirada al trabajo que tenía entre manos. Su padre se rió de una manera un tanto desdeñosa.

—Nosotros no conocemos aquí á nadie, dijo, para que se eche de menos nuestra presencia. Al contrario, se me figura que la sociedad de Duskydale se alegrará de nuestra partida. Perdóname, Alicia,—debí haber dicho *mi* partida.

¡Su nombre era Alicia! Declaro que fué para mí una dicha inefabilísima oirlo. ¡El nombre le cuadraba tan perfectamente! ¡Estaba tan en armonía con la gracia y dignidad de su belleza!

Dirigí una mirada á Alicia cuando su padre

acabó de hablar. Su rostro estaba aun más triste que antes. Protesté contra lo que había dicho el Doctor, quien se rió de nuevo, dando á su hija una rápida ojeada en la que había como cierta desconfianza:

—Si Vd. llega á mencionar mi nombre entre los respetables habitantes de la población,—dijo recalcando con notable sorna la palabra respetables, —estoy seguro que abrirán tamaños ojos, se encogerán de hombros y pondrán el rostro de una vara de largo. Desde que dejé de ejercer mi profesión de médico, me he ocupado en investigaciones químicas en gran escala que creo están destinadas á producir resultados públicos importantes. Mientras no los obtenga, me veo obligado, en interés propio, no sólo á guardar profundo secreto acerca de mis experimentos, sino también á imponer igual discreción á las personas que empleo. Este inevitable aspecto de misterio, y la vida estrictamente retirada que llevo, y que mis estudios me obligan á llevar, constituyen una ofensa á los ojos de mis vecinos en la parte del país donde resido, cerca de Barkingham; y la impopularidad de mis estudios y ocupaciones parece que me ha seguido hasta aquí. Según lo que se me alcanza, la opinión general es que yo me dedico á buscar la piedra filosofal y que em-

pleo para ello las reprobadas artes de la magia. Á pesar de ser un hombre tan sencillo como soy, poco á poco voy adquiriendo entre el pueblo la reputación de nigromántico, algo así como un Doctor Fausto. Y aún las personas educadas de esta población mueven la cabeza y parece como que se apiadan de mi hija que se ve obligada á vivir con un padre alquimista, respirando los olores que se exhalan de un laboratorio en que puede haber una explosión de un momento á otro. ¿No es esto extremadamente absurdo?

Hubiera podido ser todo lo absurdo que se quiera; pero la encantadora Alicia estaba sentada con los ojos clavados en su labor, con el aspecto de la más profunda tristeza, sin responder con la más leve sonrisa á su padre, cuando éste la miró de una manera interrogativa al emitir sus últimas palabras.

Yo no sabía qué decir. El Doctor hablaba de las consecuencias sociales de sus investigaciones químicas, como si estuviera viviendo en plena edad media. Sin embargo, de tal modo deseaba contemplar de nuevo los hermosos ojos de su hija, que no quise preguntar nada que contribuyese á mantenérselos clavados en su labor. Cambié por lo tanto de tema de conversación, me puse á hablar de química en general y le dije algo al Doc-

tor acerca de los estudios que había hecho en esa ciencia en otro tiempo, lo cual le causó tanto placer como sorpresa.

Esto me condujo á mencionar el nombre de mi padre, cuya reputación había llegado á oídos del Doctor Dulcifer. Cuando me dijo eso, su hija levantó la cabeza y ví de nuevo brillar el sol de su hermosura. Hice después mención de mis distinguidos parientes y de Lady Mortimer; dí á entender que en la actualidad me encontraba como desterrado de mi casa, gracias á ciertas caricaturas festivas y á alguna que otra calaverada juvenil. Alicia parecía interesarse en mi conversación, se sonrió, y la luz de su belleza fué más radiante.

Hablé después de diversidad de cosas, y hasta estuve brillante y chistoso, consiguiendo hacerla reir más de una vez. Su rostro se animó, sus mejillas se tiñeron de suave carmín. ¡Pobre joven! Bien se veía cuán poco acostumbrada estaba á asociarse con personas de disposición un tanto alegre. Creo que si me hubiera dicho en aquellos momentos que diese una vuelta de carnero, lo habría hecho sin vacilar, si esto le hubiera proporcionado alguna diversión.

No puedo decir cuanto tiempo prolongué mi visita. Un criado entró trayendo un refrigerio,

y sin hacerme mucho de rogar, comí y bebí, y continué hablando cada vez con mayor animación. Al fin me decidí á partir: los bellos ojos de Alicia me miraron con bondadosa expresión, y el Doctor me dió su tarjeta.

—Si Vd. no teme á las garras del Doctor Fausto, dijo sonriendo, tendré mucho gusto en recibir su visita si alguna vez pasa Vd. por las cercanías de Barkingham.

Le estreché la mano, proponiéndome, mentalmente, renunciar á mi secretaría, mientras le daba las gracias por su invitación. Extendí también la mano á su adorable hija, quien me dió un vigoroso y cordial apretón de mano.

Cuando salí de aquella morada iba como embriagado de felicidad, de tal manera, que, sin ver realmente lo que me rodeaba, tropecé con un caballero de cierta edad que pasaba frente á la puerta del jardín. Por poco le derribo á tierra; y al detenerme para disculparme, reconocí á mi estimable colega, el digno tesorero de la Institución de Duskydale.

—He recorrido media población en busca de Vd., me dijo. La Mesa Directiva, después de maduro debate, cree que el plan de Vd. de solicitar personalmente la asistencia al baile, compromete la dignidad de la Institución, y por lo tan-

to suplica á Vd. que no se ocupe más en el asunto.

—Muy bien, dije, ningún daño se ha hecho todavía, pues hasta ahora sólo he solicitado la asistencia de dos personas: el Dr. Dulcifer y su hija.

—¿Supongo que Vd. no quiere decir que *los* ha invitado á que asistan á nuestro baile?

—Ciertamente que los he invitado. Y siento manifestar á Vd. que no pueden aceptar la invitación. Pero ¿por qué no he debido invitarlos?

—Porque nadie los visita.

—¿Y porqué no los visita nadie?

El tesorero me tomó del brazo con aire confidencial y continuamos andando.

—En primer lugar, me dijo, el nombre del Doctor Dulcifer no aparece en la Guía Médica.

—Tal vez debido á algún error, ó á que su diploma lo adquirió en alguna universidad extranjera y no ha sido revalidado en Inglaterra, dije yo sin saber realmente lo que decía.

—En segundo lugar, continuó el tesorero, hemos averiguado que tampoco nadie le visita en Barkingham. Por lo tanto, sería el colmo de la imprudencia visitarle aquí.

—¡Bah! ¡Bah! exclamé. Eso no pasa de

ser hablillas de gentes de miras estrechas y de alma pequeña. Llevar una vida de retiro, estar ocupado en experimentos químicos que el público ignorante es incapaz de apreciar, constituyen sus graves delitos.

—Las persianas del piso alto de su casa en Barkingham están siempre cercadas, me dijo el tesorero con voz misteriosamente baja. Me lo ha dicho un amigo mío que vive cerca de él. Además, las ventanas tienen barras de hierro, y se asegura que dicho piso tiene puertas también de hierro que lo incomunican por completo con los pisos inferiores. En una palabra, se han tomado muchas precauciones para disfrutar en él de toda la seguridad posible. Los obreros que allí trabajan no pertenecen al vecindario, ni beben en las tabernas de la población, ni se asocian con nadie, excepto entre ellos mismos. Á veces se oyen ruidos y se aspiran olores acres y poco comunes. No es posible hacer hablar á ninguno de los que habitan esa casa. El Doctor, como él se llama á sí mismo, ni aún siquiera ha hecho una tentativa de entrar en relaciones con sus vecinos más inmediatos, aunque no fuera sino para que su infortunada hija no llevase una existencia tan solitaria. ¿Qué piensa Vd. de todo esto?

—Lo que pienso, contesté desdeñosamente, es que los habitantes de Barkingham son la gente más desocupada y chismosa de Inglaterra. El Doctor está haciendo importantes experimentos químicos (cuyo valor posible puedo apreciar, por entender algo de química), y no es tan tonto que vaya á exponer secretos valiosos á la vista de todo el mundo. Su laboratorio está en el piso superior de la casa, completamente incomunicado de los demás con barras y puertas de hierro para impedir accidentes. Es una de las personas más agradables que jamás haya tratado, y su hija es una criatura verdaderamente encantadora. ¿Por qué dan Vds. tanta importancia á pequeñeces y hablillas vulgares? Me ha invitado á visitarle. De seguro que aun en eso hallarán Vds. algo tenebroso y lleno de misterio.

—¿Por supuesto que Vd. no aceptará la invitación?

—Me aprovecharé de la primer oportunidad que se me ofrezca para visitarle, y si Vd. hubiese visto á su hija Alicia haría lo mismo.

—No vaya Vd. Siga Vd. mi consejo y no vaya, dijo el tesorero con acento de la mayor gravedad. Vd. es joven, continuó; y al comenzar la vida es preciso tener amigos que gocen de

buena reputación. Esto es de la mayor importancia. No digo nada en contra del Dr. Dulcifer: vino aquí sin conocer á nadie, y se va sin conocer á nadie ni sin que nadie le conozca; pero Vd. no sabe si al invitar á Vd. á que le visite, le mueve algún motivo oculto. Contraer una nueva amistad es siempre asunto serio; pero cuando se trata de una persona á quien nadie visita . . . .

—Porque no abre las persianas de sus ventanas, le interrumpí sarcásticamente.

—Porque hay acerca de él y de su casa dudas que él no quiere aclarar, replicó el tesorero. Vd. puede hacer lo que mejor le agrade, continuó; tal vez tenga Vd. razón y estemos nosotros equivocados. Lo único que de nuevo digo es que contraer amistad con gentes de dudosa reputación, es siempre algo arriesgado. Tarde ó temprano se arrepiente uno. Si yo fuera Vd., ciertamente que no visitaría al Doctor Dulcifer.

—Si Vd. se encontrara en mi lugar, le contesté, seguramente haría Vd. lo mismo que yo pienso hacer.

El tesorero desenganchó su brazo, y sin agregar una palabra más, se despidió de mí y continuó su camino.

CAPÍTULO VII.

Mientras discutía con el tesorero de la Institución de Duskydale la respetabilidad del Doctor Dulcifer, me expresé en un tono en extremo confiado; pero si no hubiera tenido ofuscado el juicio con mi admiración hacia Alicia, creo que habría dudado de mi opinión, en secreto, tan pronto como quedé á solas conmigo. Si hubiese estado en plena posesión de mi raciocinio, me habría preguntado si las explicaciones del Doctor acerca de los motivos que mantenían alejados de él á sus vecinos eran realmente satisfactorias. Se dice que el amor es un sentimiento tierno; pero cuando recuerdo el efecto que produjo en todas mis facultades, me hallo inclinado á calificarlo de una especie de baño de vapor que debilita todas nuestras nociones de elevada moralidad.

No puedo imaginarme lo que la Mesa Directiva de la Institución de Duskydale pensó del cambio que se operó en mí. El Doctor y su hija

dejaron la población el día fijado para la partida, sin que me dieran tiempo para hacerles una nueva visita. La consecuencia inmediata de esta partida fué que yo perdiera todo interés en el asunto del baile, y que me fastidiase y bostezara continuamente cuando, en mi calidad de secretario, me veía obligado á asistir á las deliberaciones de la Directiva.

Hicieran lo que hicieran, sólo Alicia llenaba mis pensamientos. Leía las minutas de las actas pensando en ella: el eco de su risa melodiosa resonaba en mis oídos en medio del tartamudeo y pesadez de los discursos de nuestros miembros. Cuando nuestro ceremonioso Presidente creía que había visto en mis ojos el deseo de perorar, y me excitaba desde su sillón presidencial á que hiciera uso de la palabra, yo me hallaba abismado en la contemplación de una bolsa de seda y de los blancos dedos que la estaban haciendo.

Llegó la noche del baile, del cual sólo conservo un vago recuerdo. Lo que puedo traer á la memoria es que el salón me pareció más sombrío y feo que nunca; que el número de los asistentes no llegaba á cincuenta, y como el salón podía contener holgadamente unas trescientas personas, fácil es imaginarse cuán desierto luciría. Aún me parece que estoy viendo á unos

veinte de esos individuos ejecutando solemnemente los pasos y figuras de un baile complicado bajo la dirección del maestro de danzar de la población, un pobre inválido, una figurilla que se contoneaba perdido en medio de una sala casi vacía. Me parece también que me estoy mirando á mí mismo al través del tiempo y el espacio, vestido de frac, con un sombrero bajo el brazo, una roseta en el ojal de mi casaca, con una sonrisa en los labios, moviéndome de un lado á otro en mi calidad de maestro de ceremonias. Todo esto lo recuerdo de una manera vaga y confusa, y mis reminiscencias de la famosa fiesta se reducen á esto. El baile fué, por otra parte, un fiasco completo, lo que habría sido bastante para hacerme abandonar Duskydale y mi secretaría, si no hubiera tenido otras razones que me impulsaran á extender mis viajes en el interior de Inglaterra con dirección á las cercanías de Barkingham.

La dificultad consistía en encontrar un pretexto decente para dejar la plaza. Por fortuna la Mesa Directiva me libró de mi perplejidad en este asunto, adoptando un día una resolución que autorizaba al Presidente á que me reprendiese por mi falta de interés en los asuntos de la Institución. Á los reproches que se me hicieron respondí que los asuntos de la Sociedad eran tan

fastidiosos y tan faltos de vida, que era absurdo á la vez que injusto, esperar de ningún ser humano que se interesase lo más mínimo por ellos. Decir yo esto, y resonar un grito unánime de "Haga Vd. dimisión" fué todo uno. Á esa exclamación contesté con la mayor cortesía que tendría sumo gusto en complacer á los caballeros de la Directiva, y partiría inmediatamente, con la condición previa de que se me abonase el sueldo correspondiente á un trimestre, por vía de compensación.

Aunque hubo una minoría que se opuso á mi proposición, fué ésta sin embargo aceptada. Escribí una carta en que hacía dimision de mi empleo; recibí la suma que me correspondía, y aquel mismo día me dirigí á Barkingham en una de las diligencias que á esa población hacían viajes regulares.

Apenas contaba veinticinco años de edad y ya había tratado de ganarme la vida como médico, como caricaturista, como pintor de retratos, productor de cuadros antiguos, secretario de una institución; y ahora, con el auxilio de Alicia, estaba á punto de ver cómo me iba en la vida de casado.

En la diligencia que me condujo á Barkingham me enteré, entre otras cosas, de que por

aquellas cercanías había una corriente de agua abundante en pesca, y lo primero que hice al llegar á la población fué comprar una caña de pescar con todos sus accesorios.

Me pareció que la mejor manera de presentarme al Doctor Dulcifer era decirle que había venido á aquellas inmediaciones para pescar un poco. De este modo creía yo impedir que se imaginara que me había dado mucha prisa en aprovecharme de la hospitalidad ofrecida. Me alojé, como era natural, en la posada; puse en los bolsillos de mi traje de caza algunos avíos de pescar de una manera descuidada, de modo que pudieran verse, y me dirigí inmediatamente á casa del Doctor. El criado á quien le pregunté las señas me miró con cierta desconfianza mientras me las estaba dando. Por lo visto los moradores de la posada habían oído hablar de mi nuevo amigo, y no se hallaban muy favorablemente dispuestos hacia sus investigaciones científicas.

La casa estaba como á media legua del poblado, en una especie de hondonada cerca de la famosa corriente de agua abundante en pesca. Era un edificio solitario, de forma antigua, de ladrillos rojos, rodeado de altos muros, con un jardín y una huerta detrás.

Cuando tiré de la campanilla, me puse á observar la casa. No había duda que las ventanas del piso superior estaban cerradas con barras. Un hombre con librea abrió la puerta y me hizo entrar. En sus maneras y aspecto más bien parecía un operario ó trabajador que lacayo ó sirviente. Sus miradas indicaban un carácter desconfiado, y cuando le entregué mi tarjeta de visita, fijó en mí los ojos de un modo que no me fué muy agradable.

Entré en un saloncito y después de esperar gran rato se me presentó el Doctor con unos grandes guarda puños de cuero y delantal al cinto. Me suplicó que le dispensara si me recibía en su traje de trabajo, y me dijo todo lo que se dice en esas ocasiones acerca del inesperado placer de volver á verme tan pronto, etc. En sus ojos brillantes y resueltos me pareció notar algo que le preocupaba; pero lo atribuí, como era natural, al interés y cuidados crecientes de sus investigaciones científicas. Por supuesto que no creyó ni una palabra de la partida de pesca que me traía á Barkingham; pero fingió que lo creía al pie de la letra, y demostró un interés muy grande en todo lo que á ello se refería.

Le pregunté por su hija; me dijo que estaba en el jardín, y me propuso que fuéramos á bus-

carla. La encontramos con tijeras en mano arreglando los arbustos y las flores, cortando ramos y hojas secas. Pareció que realmente se alegraba de verme: sus hermosos ojos garzos brillaron dulce y bondadosamente. Me extendió una mano que estreché con la efusión que es de suponerse. Las brisas estivales movían á uno y otro lado los rizos de su adorable cabello. Llevaba un sombrero de paja y vestía un traje apropiado á los trabajos á que estaba entonces dedicada.

Me quedé á tomar un refrigerio con ellos. El Doctor habló de nuevo de mis proyectos de pesca, y preguntó á su hija si sabía qué partes del río eran las más apropósito para que yo realizara mis deseos.

Ella contestó, con una mezcla de modestia evasiva y de adorable sencillez, que algunas veces había visto á uno que otro caballero pescando como á un cuarto de milla más abajo del jardín. Con mi desenvoltura de costumbre le pregunté si tenía inconveniente en mostrarme ese lugar, en cuyo caso yo vendría el día siguiente completamente equipado con mi caña de pescar y demás avíos. Dirigió una mirada interrogativa á su padre, quien sonrió y movió la cabeza en señal de asentimiento. ¡Inestimable padre!

Al levantarme para despedirme se me ocu-

rrió la idea de que tal vez me ofrecería una habitación donde hospedarme. Seguramente que adivinó mis pensamientos, pues me dijo que sentía infinito no tener ningún cuarto que poder ofrecerme, pues todos estaban ocupados por los asistentes que empleaba en sus trabajos químicos y los ingredientes y materiales necesarios á sus experimentos. Mientras el Doctor decía estas pocas palabras, la fisonomía de Alicia cambió de expresión, precisamente como había sucedido en nuestra primera entrevista. Su rostro se cubrió de un velo sombrío y expresó profundo abatimiento. Su padre le dirigió una mirada al mismo tiempo que yo, y de repente la fisonomía del Doctor reveló aquel aire de desconfianza que ya había observado en Duskydale en circunstancias parecidas. ¿Qué quería decir esto?

El Doctor me dió un apretón de manos, y el lacayo con aspecto de operario me abrió la puerta.

Me detuve un instante para admirar una hermosa cornamenta de ciervo, pero el lacayo tosió con cierta impaciencia. Me quedé aun un momento más pues oía los pasos del Doctor que subía las escaleras. De repente cesaron, y entonces hubo algo parecido al ruido de una puerta de hierro, ó de un material muy fuerte, que se

cerraba: luego, profundo silencio interrumpido por otra tos impaciente del lacayo-operario. Entonces pensé que lo mejor que podía hacer era irme antes de que mi misterioso sirviente tomara alguna medida más enérgica.

Pasé la noche desvelado é inquieto. Mis pensamientos se detenían con inefable dicha en Alicia; pero luego me asaltaba el deseo de saber algo más acerca de la existencia del Doctor, y de su manera de ser y de vivir.

La mañana siguiente encontré á la señora de mis destinos, con ligero chal en los hombros, una sombrilla de brillantes colores en la mano y el sombrerito de paja con que el día anterior la había visto en el jardín, lista para mostrarme el sitio más apropósito para pescar. Si yo tuviese la seguridad de que estas páginas iban á ser leídas solamente por personas que estuviesen enamoradas, entraría en algunos detalles tan tiernos cuanto interesantes respecto al primer día de mi pesca bajo los adorables auspicios de Alicia. Pero como no creo que así sea, me contentaré con limitarme á generalidades y á describir los progresos de mi amor lo más brevemente posible que lo consienta la magnitud del asunto.

Empezaré por confesar que me dí todos los aires de un pescador muy difícil de satisfacer, y

que supe componérmelas de tal modo que pasé una semana entera tratando de descubrir el lugar más conveniente donde echar el anzuelo, siempre, como es de suponerse, bajo la guía y dirección de Alicia. Recorrimos una orilla del río ya subiendo ya bajando; cruzamos el puente y comenzamos la misma operación en la margen opuesta. Tomamos una barquilla y remontamos el río y volvimos á descender, siempre probando donde arrojar el anzuelo. Nos dirigimos á una islita en medio del río; le dimos la vuelta á pie, inspeccionando atentamente el agua desde aquel punto central. La islita la encontramos húmeda, y volvimos á la orilla, y empezamos de nuevo el examen de ambas márgenes, hasta que al fin, por vez primera, la dulce joven me dirigió una mirada suplicante y me confesó que había agotado todo su conocimiento de la localidad. Hacía precisamente una semana que la seguía con mi caña de pescar al hombro por las orillas del río, y si algo pesqué fué la mano de Alicia, y eso no con el anzuelo.

Nos sentamos en la ribera desesperados de no hallar un sitio conveniente para la pesca. Fijé los ojos en sus hermosos ojos y ella los volvió hacia la corriente como si la contemplara. Hice lo mismo y ella dirigió las miradas á otra parte del

río. ¿Estaba este ángel de paciencia y bondad buscando un sitio para pescar? No. Sonrió y movió la cabeza cuando le hice la pregunta, y me dirigió una mirada furtiva. No pude contenerme por más tiempo. Tomé sus dos manos entre las mías con repentino impulso, y le pregunté medio tartamudeando si quería ser mi esposa.

Trató débilmente de desasir sus manos aprisionadas, abandonó la empresa; sonrió, hizo un esfuerzo para aparecer seria y grave, no lo consiguió; suspiró de repente, quiso decir algo, se contuvo, y guardó silencio. Tal vez debería haber tomado por concedida mi petición; sin embargo, repetí la pregunta. Se llenó de confusión: sus miradas se fijaron en la casa de su padre que se veía al tráves de la arboleda, y su rostró palideció instantáneamente. Sentí que sus manos se volvían frías; las retiró resueltamente y se puso en pie con lágrimas en los ojos. ¿La habría ofendido por ventura?

—No,—me dijo cuando le hice la pregunta, y volvió de nuevo á mi lado y me tendió la mano con tal bondad y con tanta franqueza que estuve á punto de arrojarme á sus pies y darle las gracias.

—¿Podría esperar alguna vez un "*Sí*" á la pregunta que le había hecho?

Suspiró con amargura, dirigiendo de nuevo

las miradas á la casa de ladrillos rojos que era su morada.

—¿Habría acaso algunas razones de familia que se opusiesen á decirme "*Sí*"? ¿Algo sobre qué yo no debía hacer preguntas? ¿Alguna oposición de parte de su padre?

No bien hube mencionado á su padre, cuando se separó de mí y prorrumpió en llanto.

—¡No hable Vd. más de este asunto! dijo entre sollozos. Yo no debo . . . yo no debo . . . ¡Ah! no diga Vd. una palabra más sobre este asunto. Vd. no tiene la culpa de lo que está aconteciendo. Pero no me diga Vd. una palabra más. Déjeme Vd. tranquila y sola por un minuto, y todo pasará.

Se enjugó las lágrimas y tomó mi brazo. Estaba toda trémula. La conduje á su casa, y comprendiendo que después de lo que había sucedido no podía entrar y tomar con ella mi refrigerio, como de costumbre, le dije que me iba á pescar de nuevo.

—¿Podré venir á comer esta tarde?—pregunté cuando tiré de la campanilla.

—Oh sí, sí, venga Vd., ó él . . . .

El misterioso sirviente abrió la puerta, y Alicia y yo nos separamos antes de que ella hubiera podido terminar la frase empezada.

CAPÍTULO VIII.

Volví á mi sitio de pescar con el corazón oprimido, lleno, por primera vez en mi vida, de sombríos pensamientos. Estaba visto que yo no le era indiferente, y era claro que había algún obstáculo, en que entraba por mucho su padre, que la impedía dar oídos á mi proposición de casamiento. Desde el instante en que Alicia arrojó una mirada casual á la casa de ladrillos rojos, algo en sus maneras, que es imposible describir, me sugirió la idea de que este obstáculo no era solamente de naturaleza tal que no podía mecionármelo, sino de que en parte se avergonzaba, le inspiraba temor ó la llenaba de dudas. ¿ Qué podría ser ? ¿ Cómo llegó á adquirir conocimiento del asunto ? ¿ Hasta qué punto estaba su padre relacionado con ese particular ?

En el curso de nuestros paseos, todo lo que Alicia me había dicho acerca de sí misma, revelaba una perfecta sencillez y la mayor naturalidad.

Había pasado su infancia en Inglaterra. Después vivió con sus padres en París, donde el Doctor contaba con muchos amigos, por los cuales recordaba ella haber experimentado un sentimiento más ó menos repulsivo, sin saber por qué. Regresaron á Inglaterra y vivieron en Londres, con bastante pobreza durante algún tiempo. Pero al fallecimiento de su madre, que murió de repente de una enfermedad del corazón, hubo un cambio en los negocios que ella no puede explicarse. Se mudaron á la casa donde ahora viven, pues el Doctor deseaba tener amplio espacio en que llevar á cabo sus trabajos científicos. Con frecuencia iba su padre á Londres, pero nunca la llevaba consigo. La única mujer que había en la casa, además de ella, era una que hacía al mismo tiempo de ama de llaves y de cocinera y había estado en su servicio muchos años. Á veces era para ella muy duro estar siempre sola, sin ninguna compañera de su edad; pero había terminado por acostumbrarse á esto, y se distraía con sus libros, la música y el cuidado y cultivo de las flores.

Respecto á sí misma hablaba sin restricción de ninguna especie; pero cuando intenté, aún de la manera más vaga, discutir con ella las causas de la vida tan extrañamente retirada que llevaba,

se volvía de repente tan triste, tan silenciosa, que no me atrevía á decir una palabra más sobre ese particular. Sin embargo, de todo lo que me había referido, saqué como consecuencia, para mí indudable, de que la conducta de su padre respecto á ella, aunque no absolutamente censurable, ó que indicara gran falta de atención ó descuido, no era de naturaleza capaz de inspirarla un ardiente amor al autor de sus días. Este cumplía con sus obligaciones paternales, pero parece que no se había cuidado de ganarse el amor que su hija hubiera consagrado á un padre más cariñoso.

Cuando, después de reflexionar en lo que Alicia me había dicho, empecé á recordar lo que yo había podido observar por mí mismo, ví que tenía motivos de sobra para excitar mi curiosidad y hasta mi desconfianza respecto al Doctor.

Yo he hablado del ruido de la pesada puerta que oí cuando hice mi primer visita á la casa de ladrillos rojos. El día siguiente, cuando el Doctor se despidió de mí en el pasillo, se me ocurrió un plan para ver la puerta que causaba aquel ruido. Retardé mis pasos hasta que lo oí de nuevo; entonces pretendí recordar un recado importante que debía dar al Doctor, y con una prisa inocente me puse á subir las escaleras para

alcanzarle. El lacayo consabido corrió tras mí con un grito de "¡Alto!" Naturalmente hice como que no oía, y continué subiendo hasta llegar á la puerta que separaba completamente la escalera del resto de la casa. Era una puerta de hierro tan sólida como la de las oficinas de un Banco donde se atesorasen millones. Regresé al pasillo sin darme por entendido de las observaciones del sirviente, nada civiles por cierto, y me retiré, diciendo que esperaría hasta ver de nuevo al Doctor.

El día después, dos hombres pálidos, en traje de artesanos, llegaron á la puerta al mismo tiempo que yo lo hacía. Cada uno traía bajo el brazo una gran caja de madera con aros de hierro. Traté de entrar en conversación con ellos mientras esperaba que me abriesen, pero no pude conseguir más respuesta que un "sí" ó un "no," secamente. Ambos tenían algo de siniestro en la fisonomía.

El día siguiente el ama de llaves-cocinera vino á abrirme. Era una mujer de aspecto atrevido y sonrisa fácil, y algo en sus maneras indicaba que no siempre había llevado una vida tan tranquila y honrada como entonces. Parecói muy complacida de mis prendas personales; habló con mucha volubilidad sobre asuntos indife-

rentes; pero de repente enmudeció y se volvió diplomática cuando, dirigiendo las miradas á las escaleras, le pregunté con la mayor inocencia si tenía que subirlas y bajarlas muchas veces en el curso del día.

En cuanto al Doctor, era inabordable en el asunto de las misteriosas habitaciones superiores. Si durante nuestra conversación llegaba yo á introducir la química en términos generales, me suplicaba que no le nublase las raras y felices horas que pasaba al lado de su hija trayéndole á la memoria sus pensamientos y trabajos diarios. Si me refería á sus propios experimentos en particular, se descolgaba con una chanzoneta diciéndome que tenía miedo de mis conocimientos químicos, y agregaba que yo quería aprovecharme de sus trabajos para privarle de la gloria que le habían de proporcionar. En una palabra, al cabo de una semana de recorrer las regiones inferiores, la parte superior de la casa de ladrillos rojos y la naturaleza verdadera de las ocupaciones de su dueño, permanecían aun impenetrables misterios para mí, á pesar de cuanto había hecho para resolverlos.

Pensando en estas cosas, en la escena que acababa de pasar con Alicia, y en su tristeza y sus lágrimas, hallé que el misterioso obstáculo á

que ella había aludido, la misteriosa vida que llevaba su padre y el misterioso piso superior de la casa, que hasta entonces había resistido á todas mis tentativas, formaban en mi mente como los eslabones de una misma cadena. El obstáculo á mi casamiento con Alicia era lo que más me perturbaba. Si pudiese averiguar en qué consistía, y si no le daba importancia (lo que tenía resuelto, fuese lo que fuese), acabaría probablemente por vencer sus escrúpulos y por llevármela, en calidad de legítima esposa, lejos de aquella ominosa casa de ladrillos rojos. ¿Pero cómo hacer tan importante descubrimiento?

Poniendo en tortura mi cerebro para obtener una respuesta, hice poco más ó menos el siguiente razonamiento: La misteriosa región superior de la casa se relaciona íntimamente con el Doctor, y el Doctor se relaciona con el obstáculo que se opone á mi felicidad con Alicia. Si logro subir á ese piso misterioso, tal vez descubra la naturaleza del obstáculo. El experimento es peligroso é incierto, pero suceda lo que suceda, trataré de averiguar cuáles son realmente las ocupaciones del Doctor Dulcifer al otro lado de la ponderosa puerta de hierro.

Habiendo adoptado esta resolución, lo que me faltaba era buscar el medio mejor y menos

expuesto de subir á las misteriosas regiones superiores de la casa.

No había qué pensar en abrir la cerradura de la puerta de hierro. Eso era simplemente una locura. La única vía posible de ascender al piso superior era por el fondo de la casa. Dos ó tres veces lo había examinado mientras me paseaba en el jardín con Alicia después de comer. ¿Qué era lo que me había proporcionado el examen de la parte posterior de la morada de mi huésped? Me había puesto al corriente de varias cosas, al parecer insignificantes, pero muy útiles.

En primer lugar, había allí una magnífica parra que crecía á lo largo de la pared de la casa, sostenida por un fuerte enrejado. En segundo lugar, había una ventana en el primer piso que daba á un balconcito muy fuerte, construido encima de la puerta del jardín. En tercer lugar, las ventanas del piso misterioso las había visto abiertas siempre que había dirigido á ellas las miradas, probablemente para ventilar la casa que no podía serlo por el frente durante los meses de calor, en consecuencia de tener cerradas todas las ventanas de aquel lado. En cuarto lugar, junto á la cochera donde el Doctor tenía su bonito calesín, había un colgadizo en que el jardinero guardaba su escalera pequeña portátil. En quinto lugar,

al lado de la cuadra en que la yegua del Doctor pasaba su existencia solitaria, había una perrera donde estaba encadenado un gran mastín día y noche. Si pudiera librarme del perro, enorme animal medio muerto de hambre y medio selvático gracias á su perpetuo encadenamiento, no veía razón para desesperar de la idea de llegar, sin ser descubierto, á una de las ventanas del piso misterioso, con tal de esperar á que fuese bien tarde y lograse escalar las tapias del jardín de la casa.

Como la vida sin Alicia no me parecía que sirviese de nada, me determiné á arriesgarlo todo aquella misma noche.

Volviendo inmediatamente á la población de Barkingham, me proveí de un pedazo de cuerda, de una pequeña linterna sorda, de un destornillador, y de un pedacito de carne químicamente preparada para aquietar los perros turbulentos. Me vestí, distribuí estos artículos cuidadosamente en los bolsillos de mi levita y fuí á comer á casa del Doctor. En un sentido la fortuna favoreció mi audacia. Era uno de los días más calientes de la estación, y de seguro nadie pensaría en cerrar aquella noche las ventanas posteriores del piso misterioso.

Alicia estaba pálida y silenciosa. Sus bellos

ojos cuando se fijaban en mí, parecían decirme que habían llorado mucho desde que nos separamos en la mañana. Sus pequeños y blancos dedos dieron á los míos un apretón significativo, y eso fué la única alusión á lo que había pasado entre los dos aquel día. Durante la comida, Alicia se portó heroicamente; pero cuando vinieron los postres se levantó y se despidió por aquella noche, con unas pocas palabras pronunciadas de carrera acerca del excesivo calor. Me levanté para abrirle la puerta y cambiamos una mirada, llena de ternura. Me saludó y desapareció. Muy lejos estaba yo entonces de pensar que, durante muchos y muchos días, tendría que alimentar mi amor tan sólo con los recuerdos de aquella mirada de despedida.

El Doctor Dulcifer estaba de buen humor, y se mostró en extremo obsequioso. Estuvimos charlando hasta después de las ocho. Entonces mi huésped me pidió permiso para escribir una carta, y entretanto me fuí á dar un paseo por el jardín.

Las ventanas posteriores del piso misterioso estaban todas abiertas, la atmósfera más bochornosa que nunca, la escalera portátil del jardinero muy tranquila en el colgadizo, el fiero mastín en su perrera royendo los huesos que le habían dado.

Bueno. Ya no vendrán á visitar el perro otra vez esta noche. Debo, pues, arrojarle mi pedacito de carne químicamente preparada. Lo hice sin pérdida de tiempo: el perro cogió el pedazo de carne: oí como un mordiscón, un ruido sordo, un gruñido, y se acabó con el mastín que quedó dentro de la perrera, donde nadie podría ver que estaba muerto hasta la mañana siguiente cuando vinieran á darle su ración diaria.

Volví donde estaba el Doctor; tomamos juntos una copa de licor, encendí un puro habano, y me despedí á eso de las diez. El misterioso sirviente cerró la puerta no bien hube salido. Me dirigí á Barkingham, seguí el camino durante cinco minutos, al cabo de los cuales cambié mi itinerario, é hice rumbo á la huerta del Doctor; encendí mi linternilla con auxilio de mi puro y uno de aquellos horribles fósforos de azufre que eran los únicos que entonces se conocían, cerré mi linterna y me encaminé á las tapias del jardín.

Eran estas formidablemente altas, guarnecidas con pedazos de botella; pero tan viejas eran las tapias, que cuando las escarbé un poco con mi destornillador, vi que se desmoronaban con la mayor facilidad.

Saqué cuatro ladrillos para dar puntos de apoyo á los pies en diferentes posiciones. Fué

un trabajo duro y largo, por fácil que parezca en la descripción, particularmente si se tiene en cuenta que tenía que sostenerme en el borde del muro, apoyado en mi sombrero gacho que me servía de protección para no herirme las manos con los vidrios, mientras con la otra mano trataba de hacerlos desaparecer para poner las rodillas y descender por el lado opuesto. Después de haberlo conseguido, la gran dificultad estaba vencida y lo único que me quedaba por hacer era dejarme caer suavemente sobre un cuadro de flores.

En el jardín reinaba completo silencio; en la parte posterior de la casa no se veía el menor indicio de luz; las ventanas del primer piso estaban cerradas; las del segundo piso, el misterioso, estaban aun abiertas. Busqué la escalerita portátil del jardinero, la arrimé á la pared, até en la extremidad de la escalerita una punta de la cuerda, tomé la otra entre los dientes, y me preparé á trepar al balconcito valiéndome de las fuertes ramas de la parra y del enrejado que le servía de sostén.

Todo hombre con experiencia de la vida debe de haber observado cuán unidos están, en las circunstancias más críticas, lo grotesco y lo terrible, lo cómico y lo serio. En esos instantes pen-

samos á veces en cosas que en realidad no están en armonía con la situación. Cuando puse la vida en peligro en aquella memorable noche, al empezar á escalar la pared de la casa, me acordé de la eterna Lady Mortimer sumergida á la sazón en refrigerante sueño, y en las exclamaciones frenéticas en que mi cuñado Batterbury habría prorrumpido, si hubiese visto al nieto de mi respetable abuela poniendo en tan grave riesgo su preciosa vida en aquel momento crítico. No la quiero echar de héroe, tenía plena conciencia del peligro á que me estaba exponiendo; sin embargo, no pude menos de sonreirme á la idea de contemplar el rostro que pondría mi cuñado al verme donde estaba.

Llegué al balconcito con toda seguridad. Mi tarea ahora era tirar de la escalerita, por medio de la cuerda, con el menor ruido posible. Conseguido esto, la arrimé á la pared, presté atención, medí con la vista la distancia á la ventana abierta en el segundo piso, escuché de nuevo, y viendo que todo estaba tranquilo comencé mi segunda y última ascensión. La escalerita no era muy corta, y como mi estatura es bastante elevada, me apoyé con la mano en el antepecho de la ventana, y mi cabeza quedó al nivel del cuarto misterioso.

Entonces se me ocurrió que alguien podría estar durmiendo allí.

Apliqué el oído á la ventana atentamente antes de aventurarme á sacar mi linternilla. La noche estaba tan tranquila que no había en el jardín el más leve ruido que pudiera distraer mi atención. Me volví todo oídos. En aquella calma absoluta é intensa habría podido distinguir la respiración más tenue de alguno que hubiese estado durmiendo allí, dado caso que hubiera sido un dormitorio. No oía realmente sino los latidos apresurados de mi corazón. Los momentos que estuve en suspenso me parecieron siglos. Apoyé la otra mano en el antepecho de la ventana. Entonces tuve un instante de vacilación y duda. ¿Debía proseguir mi avenura? Ya era tarde para retroceder, así es que me dije: "adelante" y penetré por el postigo abierto.

No bien estuve dentro de aquella habitación oscura y desconocida, saqué la linternilla de mi bolsillo, y levanté la pantalla.

Hasta entonces todo iba bien. Me encontré que estaba en un cuarto donde se guardaba la leña y el carbón de piedra. Los objetos principales que observé en aquel cuarto fueron unas cajas vacías con aros de hierro, semejantes á aquellas que traían los dos trabajadores de que

ya he hablado; algunos sacos viejos de carbón; una caja llena de hulla, y unos fuelles de herrero. La puerta de comunicación estaba abierta, como era de esperar, para que penetrara el aire exterior. Me quité los zapatos y atravesé la puerta. Mi primer impulso fué bajar la pantalla de la linterna y prestar oído de nuevo.

Nada se oía; pero á la extremidad del pasillo ví una luz brillante que salía por la puerta entreabierta de uno de los misteriosos cuartos del frente.

Me arrastré hacia allí lo más cautelosamente posible. Percibí un fuerte olor de ingredientes químicos. Presté de nuevo oído y me pareció distinguir encima de mí, y en algún cuarto distante, un ruido semejante al de un gran horno, pero que se había tratado de amortiguar. ¿Debería retroceder en esa dirección? No, no mientras no hubiese visto algo de lo que contenía el cuarto de la luz brillante. Me adelanté con la mayor precaución hasta llegar á la puerta. Me detuve, y cuando me convencí de que no había allí alma viviente, dormida ó despierta, impulsado por una fatal curiosidad, penetré inmediatamente y empecé á mirado todo con ávidos ojos.

Ví cucharones de hierro, cacerolas llenas de arena blanca, sierras en cuyos dientes había aún

pedacitos de metal, moldes de yeso, sacos con polvo de yeso, una máquina poderosa cuyo nombre y uso no me eran desconocidos teóricamente, botellas de agua fuerte, cuños esparcidos sobre un aparador, crisoles, papel de lija, barras de metal é innumerables instrumentos de la más extraña forma.

Como el lector debe de saber á estas horas, no era yo hombre que me paraba mucho en escrúpulos; pero cuando ví estos objetos, y pensé en Alicia, no pude menos de estremecerme. No quedaba la menor duda, á pesar de lo poco que había visto; los importantes trabajos y experimentos químicos á que se entregaba el Doctor Dulcifer eran pura y simplemente los de fabricar moneda falsa.

¿Sabía Alicia lo que yo había descubierto entonces, ó solamente lo sospechaba?

De cualquier modo que respondiese yo esta pregunta para mis adentros, había hallado ya la explicación de su conducta en el prado á orillas del río, y conocía la causa de aquella tristeza y aquella profunda melancolía que se apoderaban de ella tan luego como nuestra conversación giraba sobre las ocupaciones de su padre. ¿Vacilé en mi resolución de casarme con Alicia ahora que había descubierto cuál era el obstácu-

lo que se había opuesto á nuestra mutua felicidad? De ningún modo. Estaba por encima de todas esas preocupaciones; mejor dicho, estaba perdidamente enamorado, y no tenía que temer oposición alguna de mi familia que de tal manera me había segregado de su seno. Después que la sorpresa del descubrimiento hubo pasado, mi resolución de ser el marido de Alicia se afirmó en mí con más vigor que nunca.

Había una mesita redonda en un rincón del cuarto, en el punto más apartado de la puerta, que aun no había examinado. Un deseo febril de verlo todo, de penetrar en lo más íntimo del laberinto en que me había metido, me dominaba por completo. Me dirigí á la mesita, y ví arreglados simétricamente cuatro objetos que parecían gruesos cilindros envueltos en papel. Abrí las punta de uno de ellos, y hallé que contenía monedas de plata.

Cerré de nuevo el rollo y levantaba la cabeza de la mesa sobre que había estado inclinado, cuando sentí en la mejilla derecha algo frío y duro. Retrocedí, alcé los ojos, y me ví frente á frente del Doctor Dulcifer que con una pistola me tocaba casi las sienes.

CAPÍTULO IX.

El Doctor se había quitado también los zapatos, y se había acercado también sin hacer el menor ruido. Amartilló la pistola sin pronunciar una palabra. Comprendí que quizás me hallaba ante la muerte, y tampoco dije una palabra. Nos miramos mutua, fija y silenciosamente: él, el poderoso y próspero malvado, con mi vida en sus manos; yo, el abyecto y pobre diablo, esperando su decisión.

Debió transcurrir lo menos un minuto desde que oí amartillar la pistola hasta que el Doctor habló.

—¿Cómo ha llegado Vd. hasta aquí? me preguntó.

La manera tan sencilla con que me hizo la pregunta, y la perfecta calma y cortesía con que me habló, me trajeron á la memoria al Caballero Webster. Pero el Doctor tenía aspecto más respetable: su calva era más intelectual y benévola; había cierta delicadeza en la carnosidad de la

barba, una especie de afabilidad en los carrillos perfectamente afeitados, y una reverente rudeza en las cejas que, fisionómicamente hablando, lo elevaban en la escala social á una altura muy superior á la de mi antiguo compañero de prisión.

—¿Cómo hall egado Vd. hasta aquí?—repitió sin dar muestras de la menor irritación.

Le dije como lo había logrado, sin ocultar nada. La gravedad de la situación y la viveza del entendimiento del Doctor, expresada en sus ojos, hacían muy peligrosa toda tentativa mía de desfigurar los hechos.

—¿Vd. deseaba saber en que me ocupaba, no es verdad?—dijo cuando hube concluído mi confesión.—¿Lo sabe Vd. ya?

El cañón de la pistola rozó mi mejilla al pronunciar el Doctor las últimas palabras. Pensé en todos los objetos sospechosos esparcidos en aquella habitación, en la probabilidad de que me hacía esa pregunta para poner á prueba mi valor, y en la certidumbre de que me dispararía inmediatamente su arma si yo empezaba á faltar á la verdad. Pensé en todas estas cosas y respondí resueltamente:

—Sí, lo sé ahora.

Me dirigió una mirada pensativa; y luego, con voz baja, resuelta, como quien reflexiona á

solas, dijo, sin dirigirse á mí, sino hablando consigo mismo:

—¿Supongamos que dispare?

Ví en sus miradas que si yo daba muestras de debilidad, tiraría del gatillo de la pistola.

—¿Supongamos que Vd. confíe en mí? dije sin mover un músculo del rostro.

—Abajo, en el salón de recibo, tenía confianza en Vd. creyéndole un hombre honrado; pero aquí no pasa Vd. de ser sino un ladrón,—replicó el Doctor con una sonrisa de satisfacción, producida sin duda por la lucidez de su respuesta. —No, continuó como hablando consigo mismo, hay peligro de todos modos; pero el menor es tal vez quitarlo del medio.

—Un grave error, dije. Hay parientes míos que tienen un interés pecuniario en mi vida, pues de ésta depende que reciban ó no una gruesa suma de dinero. Si desaparezco, me buscarán.

Desde entonces me he maravillado cómo pude guardar mi sangre fría en presencia de la pistola del Doctor; pero mi vida dependía de conservar la serenidad de espíritu, y la naturaleza desesperada de la situación en que me hallaba me dotó también de un valor desesperado.

—¿Cómo saber que no está Vd. mintiendo? preguntó.

—¿No he hablado la verdad hasta ahora?

Estas palabras le hicieron vacilar. Bajó la pistola lentamente. Yo empecé á respirar con más libertad.

—Confíe Vd. en mí, repetí. Si Vd. no cree que podré guardar silencio acerca de lo que he visto aquí, por lo que á Vd. concierne, á lo menos Vd. debe tener la seguridad que lo haré por . . .

—Por mi hija, me interrumpió con una sonrisa sarcástica.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento. El Doctor movió la pistola con aire despreciativo.

—Sólo hay dos modos de hacer que Vd. guarde silencio, dijo. El primero, es quitarle la vida; el segundo es hacer de Vd. un criminal. Después de reflexionar en lo que acaba Vd. de decir, el riesgo en uno y otro caso parece casi igual. Yo soy por naturaleza humano; la familia de Vd. no me ha hecho ningún mal; yo no quiero ser la causa de que pierdan dinero alguno; no le privaré á Vd. de la vida, sino de su reputación. En este piso de la casa todos somos criminales. Vd. ha venido á buscarnos, y será por lo tanto uno de los nuestros. Tiré Vd. de aquella campanilla.

Señaló con la pistola el botón de una campanilla detrás de mí. Tiré de ella en silencio.

9

¡Criminal! La palabra tenía un sonido desagradable. Pero considerando cuán á punto estuvo de bajarse el telón de una vez y concluirse el drama de mi existencia ¿tenía acaso motivos para quejarme de la prolongación del mismo? Pero algunos de los sentimientos mejores de la naturaleza humana me obligaban á preferir la existencia de un criminal á una muerte honrosa. El amor y el honor me ordenaban que viviese para casarme con Alicia; y cierto deber de familia me hacía retroceder ante la idea de ocasionar á mi cariñosa hermana la pérdida de una gruesa suma de dinero.

—Si Vd. pronuncia una sola palabra contradiciendo algo de lo que yo manifieste delante de mis operarios cuando entren en el taller,—dijo el Doctor guardando la pistola no bien hube tirado de la campanilla,—cambiaré de opinión acerca de dejarle la vida y quitarle la reputación. Recuérdelo Vd. y guarde silencio.

La puerta se abrió y entraron cuatro hombres. Uno era un anciano á quien no había visto antes; en los otros tres reconocí al portero de marras y á los dos trabajadores de siniestro aspecto que había encontrado una vez en la puerta de la casa. Todos, al verme, hicieron un movimiento de sorpresa.

—Presento á Vd.,—dijo el Doctor asiéndome del brazo,—á Lima vieja y Lima nueva, á Fuelle y á Tornillo, mis compañeros de trabajo. Y luego dirigiéndose á los hombres les dijo,—les presento á Vds. al Sr. Francis Turner. Todos tenemos apodos en este taller, Sr. Turner, derivados de nuestros instrumentos y maquinaria. Cuando haya permanecido Vd. aquí algún tiempo también recibirá su apodo. Hablando después con sus operarios,—Caballeros, les dijo, este señor es un nuevo afiliado que posee conocimientos en química que nos serán de suma utilidad. Está perfectamente enterado de que la naturaleza de nuestra ocupación nos hace que sospechemos de todos los recienvenidos, y por lo tanto desea daros una prueba evidente de que se puede contar con él. Para ello, fabricará una moneda inmediatamente y la enviará á nuestros estimables corresponsales de Londres, con la dirección y explicaciones escritas de su puño y letra. Cuando Vds. vean que ha hecho todo esto por su propia voluntad, y que por lo tanto ha puesto su vida tan completamente en manos de la justicia como nosotros, verán Vds. que es en realidad uno de los nuestros y que nada tenemos que temer acerca de lo porvenir. Tan pronto como haya fabricado una moneda pasablemente buena, bajo la

inspección y dirección de Vds., me lo harán saber. Voy á descansar unas cuantas horas en mi estudio, y allí me hallarán Vds. si para algo me necesitan.

Nos saludó de la manera más amistosa y salió de la habitación.

Miré con considerable desconfianza á los cuatro "caballeros" que debían instruirme en el noble y honrado arte de fabricar moneda falsa. Lima nueva era el portero que parecía un trabajador; Lima vieja era su padre; Fuelle y Tornillo los dos operarios de rostro siniestro. El que menos me agradó de los cuatro fué Tornillo. Sus ojillos inquietos me seguían por todas partes con traicionera expresión, tanto que me dije á mí mismo más de una vez: "Vas á tener que ver con Tornillo."

Entré sin dilación á ejercer mis nuevas y criminales funciones. La resistencia era completamente inútil, y en cuanto á pensar en pedir auxilio era simple locura, pues aun suponiendo que las ventanas no estuviesen, como lo estaban, cerradas con barras, la casa se hallaba completamente aislada, estando la habitación más inmediata á una milla de distancia. Por lo tanto me abandoné á mi suerte con la magnanimidad de costumbre. Con tal de que al fin pudiera obtener á

Alicia, me resignaba á perderlo todo: tal era mi filosofía.

No entraré en detalles acerca del arte de fabricar moneda falsa bajo los auspicios de Lima vieja, Lima nueva, Fuelle y Tornillo. Diré solamente que yo era una especie de máquina en las manos de estos hábiles obreros. Pasé de una habitación á otra y de un procedimiento á otro bajo la dirección inmediata de estos cuatro honrados individuos. Me dí varias cortaduras; me quemé varias veces; casi perdí el habla de pura fatiga y tuve vértigos de puro sueño. Al fin, ya muy entrado el día llamaron al Doctor Dulcifer. Empléе en fabricar mi primer moneda más tiempo de lo que emplearía un hombre en ganarla honradamente, lo que no es poco decir.

Con rostro sonrosado y fresco después de su noche de reposo, el Doctor inspeccionó la moneda que yo había hecho, del mismo modo que examina un maestro las planas y ejercicios de un niño. La pasó á Lima vieja para que le diese la última mano y corrigiese las faltas. Después me fué entregada. Con mis propias manos la puse en uno de los rollos de monedas falsas, y de mi puño y letra escribí las señas del paquete dirigido á cierto traficante de Londres que debía de recibir-

lo el día siguiente. Hecho esto, mi iniciación quedó completa.

—He enviado por el baúl de Vd. á la posada y he pagado la cuenta de Vd. en la misma,—dijo el Doctor. Naturalmente, en nombre de Vd. Ahora podrá gozar Vd. la hospitalidad que antes no me fué dado ofrecerle. Arriba se le ha preparado una habitación. No se encuentra Vd. realmente aprisionado; pero hasta que no haya terminado Vd. su educación, me parece lo más acertado que no la interrumpa saliendo á la calle.

—¿Estoy preso?—pregunté lleno de sorpresa.

—La palabra preso es dura,—exclamó el Doctor. Digamos un huésped vigilado.

—¿Piensa Vd. seriamente tenerme encerrado en esta parte de la casa á merced de su voluntad?—le pregunté sintiendo que me desfallecía el corazón á cada palabra que decía.

—Esta parte de la casa es muy espaciosa y ventilada,—dijo el Doctor. En cuanto á la parte baja, no encontraría Vd. á nadie en ella, de modo que sería inútil que Vd. fuese.

—¿No hay nadie?—repetí con voz apenas perceptible.

—No. Mi hija partió para el campo esta mañana, en compañía del ama de llaves, con objeto

de cambiar de aire. Vd. me mira sorprendido, amigo mío. Me explicaré con toda franqueza. Mientras era Vd. el respetable hijo del Doctor Turner, y nieto de Lady Mortimer, no tenía inconveniente en que mi hija se asociara con Vd., y no me habría opuesto á que se casara con un individuo de familia tan altamente emparentada. Ahora, sin embargo, que no es Vd. sino uno de los trabajadores de mi fábrica de hacer moneda, la posición social de Vd. se ha alterado de una manera desventajosa, y como no es posible que trate de hacer de Vd. mi hijo político, he creído que lo más acertado, para impedir toda probabilidad de que Vd. viese de nuevo á Alicia, era enviarla lejos de esta casa, mientras Vd. permanezca en ella. Vd. se quedará con nosotros hasta que yo acabe de arreglar ciertos negocios que tengo entre manos y se hallan muy adelantados. Entonces podrá Vd. irse si gusta. Recuerde Vd., señor mío, que á nadie, sino á Vd. mismo, tiene que echar la culpa de la posición en que ahora se encuentra; y hágame Vd. la justicia de admitir que mi conducta hacia Vd. ha sido muy recta y natural atendidas las circunstancias del caso.

Estas palabras realmente me anonadaron, y ni siquiera hice la tentativa de contestarlas. Todas

las fatigas tanto físicas como morales á que había estado sometido hacía doce horas me habían quitado hasta las fuerzas de hablar. Silencioso me retiré á mi cuarto, y una vez allí prorrumpí en llanto como un niño.

Cuando me hube fortalecido y descansado con algunas horas de sueño, pude entonces ocuparme del porvenir con más tranquilidad.

¿Qué era lo que más me convenía hacer? ¿Intentar evadirme? No desesperaba de conseguirlo; pero cuando empecé á pensar en las consecuencias del buen éxito, vacilé. Mi objeto principal ahora no era tanto obtener mi libertad como hallar los medios de saber de Alicia. Nunca había estado tan profunda y perdidamente enamorado de ella como al saber que se hallaba separada de mí. Supongamos que lograrse escaparme de las garras del Dr. Dulcifer, ¿no equivaldría á quedarme solo en el mundo sin la menor probabilidad de dar con su hija? Supongamos por otra parte, que permaneciese por ahora en la casa de ladrillos rojizos, ¿no me encontraría por esa sola circunstancia en la posición más conveniente para hacer algún descubrimiento favorable á mi propósito?

En primer lugar, había la probabilidad de que Alicia pudiese hallar algún medio secreto

de comunicarse conmigo, si yo permanecía donde estaba. En segundo lugar, el Doctor probablemente escribiría á su hija ó recibiría cartas de ella; y si yo lograba acallar toda sospecha respecto á mi persona mediante una conducta tranquila y llena de docilidad, y siempre pendiente de cualquiera eventualidad que se presentase, podría al fin hallar oportunidades de sorprender los secretos de su pupitre. Me decía que me encontraba libre de todo miramiento para con un hombre que me mantenía preso y me había hecho su cómplice, amenazándome quitar la vida. Por lo tanto, resolví demostrar exteriormente una sumisión amable á mi destino, determinado al mismo tiempo á estar alerta y á aprovecharme de la primera ocasión que se me presentara de jugar una pasada al Doctor Dulcifer. La primera vez que lo ví al siguiente día, le saludé y le hablé con la mayor cortesía á lo cual él respondió en el mismo estilo.

—Permítame Vd. que le dé la enhorabuena por el cambio favorable que noto en sus maneras y aspecto. Muy bien, continúe Vd. como ha empezado.

CAPÍTULO X.

Los primeros días que pasé en mi nuevo oficio me convencieron de que el Dr. Dulcifer se guardaba de que le hicieran traición por medio de un sistema de vigilancia digno de los peores tiempos de la Inquisición.

Ninguno de nosotros sabía si estaba ó nó vigilado en casa, ó en la calle, cuando salía á desempeñar alguna comisión. En la pared de todas las habitaciones había agujeritos invisibles; y ninguno, mientras estaba trabajando, tenía la seguridad de que no estuviesen espiando sus acciones ó escuchando lo que hablaba. Aunque todos vivíamos juntos, éramos probablemente el grupo de hombres menos unidos que jamás existiera bajo un mismo techo. Para perpetuar la falta de unión entre nosotros, no éramos tratados todos de la misma manera. Pronto descubrí que Lima vieja y Lima nueva merecían en grado superior la confianza del Doctor Dulcifer con preferencia á Fuelle, á Tornillo y á mí mismo.

Había un cuarto cerrado, una puerta también continuamente cerrada que impedía el acceso á una escalera que daba al fondo de la casa, cuyas llaves tenían Lima vieja y Lima nueva, y que jamás se confiaron á los otros. Había también una trampa en el pavimento del salón en que trabajábamos, cuyo uso nadie conocía sino el Doctor y sus dos operarios privilegiados. Si en materia de sueldos no hubiéramos estado casi en completa igualdad, estas distinciones habrían sido causa de malquerencia entre nosotros. Pero como nadie podía quejarse de que se le pagara injustamente menos que á otros, poco importaba el asunto de la preferencia personal cuando en ella no iba envuelta mayor grado de utilidad.

El Doctor debía de haber ganado mucho dinero con su industria de monedero falso. Sus utilidades en el negocio no podían haber bajado de quinientos por ciento; y para hacerle plena justicia, era un amo tan generoso como rico. Aun á mí, que era completamente novicio, se me pagaba, proporcionalmente, tan bien como á los demás.

Por supuesto que nosotros no teníamos nada que ver con el asunto de pasar el dinero falso: nuestro único oficio era fabricarlo, á veces hasta

unas cuatrocientas libras esterlinas* á la semana. Su circulación quedaba á cargo de nuestros parroquianos en Londres y las grandes ciudades. Todo lo que pagábamos ó comprábamos en Barkingham se hacía con dinero legítimo, contante y sonante. Yo á veces comparaba las monedas genuinas que tenía con las que se fabricaban bajo la dirección del Doctor, y confieso que siempre la semejanza me sorprendía. Nuestro científico jefe había descubierto un procedimiento algo parecido á lo que hoy creo que se llama electrotipar. Se enorgullecía de esto; pero aún más, y con sobrada razón, del sonido de sus piezas. El que pudiera descubrir los falsos tonos en las monedas del Doctor, tendría que estar dotado de un oído muy exquisito. Aunque yo hubiera sido el hombre más escrupuloso del mundo, habría recibido el dinero de mi salario para no aparecer que me quería distinguir desdeñosamente de mis compañeros. En general me llevaba bien con todos. Lima vieja y yo hasta nos hicimos buenos amigos. Lima nueva y Fuelle trabajaban en armonía conmigo; pero Tornillo y yo (como lo había previsto) no podíamos llevarnos bien.

* Cerca de dos mil duros de nuestra moneda.

El tal Tornillo tampoco se hallaba en buenos términos con sus compañeros, y poseía en grado menor que ninguno de nosotros la confianza del Doctor. Como Tornillo no estaba dotado de carácter apacible y agradable por naturaleza, su aislamiento en la casa lo había agriado mucho, y trató de desfogar su mal humor en mí, como novicio y recién llegado que era. Durante algunos días lo sufrí todo con paciencia; pero al fin ésta me faltó, y me ví obligado á darle una lección como la que yo mismo había recibido del Caballero Webster. Ni me devolvió los golpes que recibió ni se quejó al Doctor; lo único que hizo fué echarme una mirada siniestra y decirme: "Algún día arreglaremos esta cuenta y quedaremos saldados." Pronto olvidé las palabras y la mirada.

Como he dicho, me había hecho muy amigote de Lima vieja, y excepto los secretos de nuestra casa-prisión, no tuvo inconveniente en hablar largo y tendido acerca asuntos sobre los cuales tenía suma curiosidad de ser instruido.

Había conocido al Doctor cuando éste era muy joven, y estaba al corriente de todos los acontecimientos de su vida. De varias conversaciones que tuvimos en momentos desocupados, saqué en limpio que el Doctor Dulcifer había

empezado su carrera en calidad de lacayo en la familia de un caballero; que la hija del caballero aludido se fugó con él llevándose consigo todos los artículos de su propiedad personal en materia de vestidos y joyas; que vivieron algún tiempo con el producto de la venta de estas joyas; y que el marido, una vez que se agotaron los recursos de su esposa, se hizo cómico de la legua durante un par de años. Abandonando esta carrera siguió la de médico-charlatán, primero de asiento en una población, y luego vagando de un punto á otro. Entonces tomó el título de Doctor que se confirió él mismo, y que ha conservado y parece dispuesto á conservar el resto de su vida. De la venta de medicinas de charlatán, pasó á la adulteración de vinos extranjeros, ocupación que alternaba pasando las noches en las casas de juego de París. Al regresar á su país nativo, continuó haciendo uso de sus conocimientos químicos, en el ramo de industria comercial conocido comunmente con el nombre de adulteración de sustancias alimenticias, y de aquí gradualmente fué ascendiendo á la adulteración del oro y de la plata, ó, en otros términos, á fabricar moneda falsa.

Según lo que refería Lima vieja, aunque el Doctor Dulcifer no había realmente tratado mal

á su esposa, nunca habían vivido en completa armonía; siendo lo causa principal de este alejamiento en los últimos años, la negativa absoluta de la Sra. Dulcifer á consentir en los planes del Doctor, que quería salir de la pobreza por el simple procedimiento de acuñar él mismo su propio dinero. La pobre señora se aferraba aún á los principios que se le habían inculcado en su juventud, y amaba apasionadamente á su hija. Cuando ocurrió su muerte repentina, estaba haciendo en secreto preparativos para abandonar al Doctor, acompañada de su hija, y dirigirse á un país extranjero, bajo la protección del único amigo de su familia que le había permanecido fiel.

Preguntando á mi informante respecto á Alicia, vine en conocimiento de que sabía muy poco acerca de las relaciones entre padre é hija en los últimos años. Lima vieja no tenía duda alguna de que Alicia había descubierto hacía tiempo que su padre no era hombre tan digno de respeto como parecía; y creía también que la muchacha sospechaba que en la actualidad se hacía en la casa algo que no era exactamente como Dios mandaba; poro sí dudaba que supiese algo positivo acerca de la naturaleza de las ocupaciones de su padre. El Doctor no era hombre de dar á

su hija ni á ninguna mujer la más leve oportunidad de descubrir sus secretos.

Todos estos particulares los adquirí en un mes de servidumbre y de prisión en aquella fatal casa de ladrillos rojos.

Durante este tiempo no tuve la más mínima idea del paradero de Alicia. ¿Me habría olvidado? No podía creerlo. Á menos que aquellos hermosos ojos no fueran los más falsos é hipócritas del mundo, no era posible que me hubiese olvidado. ¿Estaba vigilada? ¿Le habían privado cuidadosamente de todos los medios de comunicarse en secreto conmigo? Siempre que se me ocurrían estas preguntas dirigía las miradas al bufete del Doctor; pero jamás se apartaba de él sin cerrarlo primero con llave, y además nunca dejaba ningún papel esparcido en la mesa, ni se ausentaba del cuarto sin haber tomado antes numerosas precauciones. Yo comenzaba á desesperarme, y á veces me entraban deseos de llorar como un chiquillo.

¿Cuánto tiempo había de durar esto? ¿Dónde debería dirigir mis pasos tan pronto como recobrase mi libertad? ¿En qué punto de Inglaterra debería empezar mis investigaciones acerca de Alicia?

Dormido y despierto, trabajando y no hacien-

do nada,—esas eran mis constantes preguntas. Hice cuanto estuvo de mi parte para prepararme á todo lo que pudiera acontecer; traté de armarme de antemano contra cualquier accidente que pudiera sobrevenir. Mientras trabajaba y me esforzaba en aguzar mis facultades y disciplinar mi voluntad de esta manera, occurrió algo en que no me había atrevido á pensar, ni aún en los momentos en que más esperanzado me sentía.

CAPÍTULO XI.

Una mañana me encontraba yo en el taller principal con el Doctor. Estábamos solos. Lima Vieja y su hijo estaban ocupados en otra parte. Tornillo había sido enviado á Barkingham, acompañado, como de costumbre y por precaución, de Fuelle. Haría una hora que habían salido cuando el Doctor me ordenó que fuese á la pieza inmediata á preparar un molde. Mientras me empleaba en esta operación, oí de repente voces extrañas en el taller principal. Mi curiosidad se despertó al instante. Retiré la tapita que cubría uno de los consabidos agujeritos en la pared y me puse á ver lo que pasaba.

Al primero que distinguí fué á mi antiguo enemigo Tornillo con su rostro de traidor más pálido que de costumbre; luego, dos hombres completamente extraños para mí, de aspecto decente, á quienes parecía haber traído al taller; y junto á ellos á Lima Nueva que hablaba al Doctor en estos términos:

—Dispénseme Vd., señor,—dijo mi amigo el antiguo portero de aspecto de operario; —pero antes de que estos caballeros hablen, deseo manifestar, pues me parece que Vd. no los conoce, que si los he dejado entrar fué después de oirles dar la palabra de pase. No tengo ánimo de ofender á nadie, pero deseo que se sepa que he cumplido con mi deber.

—Perfectamente,—dijo el Doctor con el acento más suave. —Puede Vd. ir á continuar su trabajo.

Lima Nueva salió de la habitación arrojando una mirada escudriñadora á los extraños y frunciendo el entrecejo á Tornillo.

—Permítanos Vd. que nos presentemos nosotros mismos,—dijo el de más edad.

—Excúsenme Vds. un momento, interrumpió el Doctor.—¿Dónde está Fuelle?—agregó dirigiéndose á Tornillo.

—Está en Barkingham desempeñando las órdenes de Vd.,—contestó Tornillo poniéndose más pálido que de costumbre.

—Encontramos casualmente á vuestros dos empleados y les pedimos que nos encaminaran á la casa de Vd.,—dijo el que había hablado. Este hombre, con una precaución que redunda en su crédito, quiso saber el objeto de nuestra

visita, antes de acceder á nuestra demanda. En la respuesta introdujimos la palabra de pase,—"la fortuna te guíe,"—lo que calmó sus temores. Entonces, á petición nuestra, nos guió aquí, dejando á su compañero, como acaba de decir, desempeñando los encargos de Vd. en Barkingham.

Al tiempo que se decían estas palabras, ví que las miradas de Tornillo vagaban al rededor de la habitación expresando descontento y sorpresa. Me había dejado allí con el Doctor antes de haber salido. ¿Se habría dado chasco al no encontrarme á su regreso?

Mientras este pensamiento me ocurría, el hombre que había hablado continuó sus explicaciones.

—Hemos venido, dijo, en calidad de agentes para arreglar ciertos negocios privados en nombre del Sr. Manassés, de Londres, con quien creemos está Vd. en relaciones comerciales.

—Sí, señor,—dijo el Doctor con una sonrisa.

—Que le debe á Vd. una cierta suma, y nos ha comisionado para que arreglemos esa cuentecita.

—Perfectamente,—respondió el Doctor restregándose las manos con aire de complacencia —Mi buen amigo Manassés no quiere fiarse del

correo. Me alegro de conocer á Vds., caballeros. ¿Han traído Vds. algunos apuntes acerca de la cuenta?

—Sí; pero creemos que hay una pequeña inexactitud. ¿Tendría Vd. algún inconveniente en dejarnos ver su libro mayor?

—Ninguno, absolutamente,—dijo el Doctor.

Y luego, dirigiéndose á Tornillo le ordenó que fuera á su estudio privado y le trajera un libro con pasta de pergamino que encontraría en el sitio que le indicó.

Al obedecerle Tornillo, noté que éste cambió una mirada de inteligencia con los dos extraños, lo que empezó á darme cierta inquietud. Creo que el Doctor notó también la mirada; pero conservó, como de costumbre, toda la serenidad de su semblante.

—¡Cuánto tarda ese mozo!—exclamó alegremente. —Tal vez será mejor que yo mismo vaya á buscar el libro.

Los dos hombres extraños habían ido acortando gradualmente la distancia que los separaba del Doctor desde que Tornillo salió de la habitación. Apenas había pronunciado las últimas palabras, cuando los dos desconocidos se arrojaron sobre el Doctor, asiéndole cada uno de un brazo.

—¡Alto ahí, amigo mío!—exclamó el que había llevado la palabra. —No hay necesidad de salir. Somos agentes de policía, y lo apresamos á Vd. por monedero falso.

—No hay duda alguna,—contestó el Doctor con la más sublime sangre fría. —No hay necesidad de que me tengan Vds. asido del brazo. No soy tan loco que pretenda resistir cuando no hay otro remedio.

—Antes que todo lo registraremos á Vd.; y después veremos lo que se hace.

El Doctor se sometió tranquilamente al registro. No habiendo hallado arma de ninguna especie en sus bolsillos, le permitieron que se sentara en la silla más inmediata.

—Supongo que Tornillo . . . dijo el Doctor con una mirada interrogativa á los empleados de policía.

—Exactamente—respondió el principal de los agentes—Hemos estado en correspondencia secreta con él hace algunas semanas. El hombre que le acompañaba está ya á la sombra; y en cuanto á Tornillo no espere Vd. que vuelva con el Libro Mayor. Tan pronto como vea que el resto de la banda está en casa, irá á buscar un par de compañeros nuestros que están afuera aguardando nuestras órdenes. Sólo necesitamos

á un anciano y á un joven, y á un tercero, que es un caballero de nacimiento, para dejar la casa limpia. Una vez que hayáis caído todos, será la mejor presa verificada desde que estamos en el servicio.

Lo que el Doctor contestó á esto no lo sé, porque precisamente cuando el agente de policía había acabado de hablar, oí pasos que se acercaban al cuarto donde yo estaba escuchando. ¿Me buscaba Tornillo? Tapé al instante el agujerito y me escondí detrás de la puerta. Tornillo entró andando en la punta de los pies con el mayor sigilo.

Frente á la puerta había un guardarropa vacío. Seguramente, sospechando que yo me había alarmado y ocultado allí, se acercó sin hacer ruido. Le seguí también con la mayor cautela; y cuando sus manos se preparaban á cerrar la puerta del guardarropa, lo así por la garganta. Era Tornillo hombre de pequeña estatura, y de ningún modo podía habérselas conmigo. Fácilmente le arrojé al suelo, medio sofocado, y me eché sobre él para mantenerlo quieto. Cuando ví que su rostro se iba volviendo negro, abrí una de las manos con que le apretaba la garganta, le introduje en la boca el saquillo de yeso que tenía al lado, se lo até fuertemente y

haciendo la misma operación con sus pies y manos, le dejé allí completamente inmóvil é incapaz de hacer daño alguno, mientras yo pensaba que era lo que debía hacer para obtener mi libertad sin peligro alguno.

Podía haberme escapado inmediatamente, pero me detuvo lo que había oído decir al polizonte respecto á los hombres dejados al acecho fuera de la casa. ¿Estaban esperando cerca ó lejos? Creí que sería preferible ver si podía averiguar algo por medio de la conversación de los hombres que se hallaban con el Doctor, antes de correr el riesgo de caer en sus garras si me aventuraba á salir.

Destapé nuevamente y con la mayor cautela el agujerito consabido.

El Doctor parecía estar aun en los términos más amistosos con sus vigilantes guardianes.

—¿Tienen Vds. algún inconveniente en que toque la campanilla y pida algún refrigerio antes de que partamos para Londres?—preguntó el Doctor con el mejor buen humor del mundo. Un vaso de vino y un pedazo de pan y queso no vendrán mal, caballeros, si es que Vds. tienen tanta hambre como yo.

—Si Vd. quiere comer y beber, ordénelo Vd. cuanto antes,—dijo uno de los hombres

con áspero acento. Nosotros no queremos nada.

—Lo siento mucho, dijo el Doctor. Tengo del mejor vino de Madera que puede beberse en Inglaterra.

—No lo dudo,—respondió uno de los hombres sarcásticamente—Pero Vd. no nos tomará seguramente por unos mentecatos, y debe de saber que algo se nos alcanza en materia de vinos preparados para casos especiales.

—¡ Vaya ! — exclamó el Doctor, — ¡ vaya ! ¿ Cómo pueden Vds. imaginar semejante traición de parte mía que, después de todo, á nada conduciría ?

Se dirigió á una esquina de la habitación y tocó un botón incrustado en la pared, botón que yo no había visto antes. Sonó inmediatamente una campanilla cuyo retintín me pareció nuevo á mis oídos. Luego, descorriendo algo en la pared, aplicó la boca al agujero de un tubo que también era para mí del todo nuevo, y dijo :

—¡ Rubén !

Era la primera vez que oía semejante nombre en la casa.

—¿ Quién es Rubén ?—preguntaron á la vez los dos hombres adelantándose hacia el Doctor como gente que sospechaba algo.

—Solo mi criado,—contestó el Doctor, que de nuevo se dirigió al tubo y dijo:

—Trae un poco de queso de Roquefort y una botella de Madera añejo.

El queso que siempre habíamos comido era de Holanda. Y en cuanto á vinos, los que bebí en los días en que comía con el Doctor y su hija, habían sido Jerez, Oporto, Burdeos, pero no por cierto Madera añejo. Tal vez, pensé para mis adentros, se guardaba el mejor vino y el mejor queso para su uso personal.

—Pedro, dijo uno de los agentes de policía, ten cuidado aquí de nuestro cortés amigo, que yo le echaré el guante á Rubén cuando traiga el refrigerio.

—¿Quieren Vds. enterarse de la manera de fabricar dinero mientras mi sirviente arregla lo que ha de traer?—dijo el Doctor—Tal vez les sirva á Vds. en la causa que supongo se me seguirá, si pueden Vds. dar testimonio de que les he proporcionado todas las facilidades de enterarse de cuánto desean saber. Lo único que suplico es que digan Vds. que desde el principio no he hecho resistencia alguna y me he sometido á todo. Esto tal vez me recomiende á la clemencia de mis jueces.

Y empezó á explicar, con el mismo tono que

lo hubiera hecho un catedrático en su cátedra, el nombre, uso y modo de emplear algunas de las máquinas que estaban á la vista. Los dos agentes no pudieron menos de prorrumpir en una carcajada. Dirigí entonces una mirada á Tornillo que me quería asesinar con los ojos. Presentaba un aspecto tan repugnante que volví la cabeza con disgustó. ¿Qué es lo que debía hacer? El tiempo pasaba y no había oído una sola palabra que me arrojase alguna luz acerca de los guardas que estaban fuera de la casa. ¿No sería mejor arriesgarlo todo y salir de una vez por el fondo del edificio?

Cuando me había resuelto á jugar el todo por el todo, oí á los agentes de policía interrumpir al Doctor en su científica conferencia.

—Vuestro refrigerio tarda mucho,—dijo uno de los hombres.

—Rubén es algo lento,—respondió el Doctor, y el Madera está en un lugar remoto de la bodega. ¿Me permiten Vds. que toque de nuevo la campanilla?

—¡Al diablo con la campanilla y el refrigerio! —exclamó impaciente el de más edad. No comprendo cómo es que nuestros hombres no están ya aquí. Si tú fueras y los llamaras con un pitazo, Pedro!

—No me atrevo á dejarte solo,—replicó Pedro. Este sabio caballero es un mozo muy escurridizo, y me parece que ni aun dos somos suficientes para vigilarle como se debe.

—¿Qué es lo que pasa?—exclamó el compañero de Pedro con acento de desconfianza.

El ruido de vasos, platos ó botellas rotas en la parte baja de la casa se había oído casi simultáneamente con las palabras del cauteloso funcionario. Naturalmente, no pude formarme la más remota idea de lo que significaba ese ruido, pero es lo cierto que despertó en mí tal curiosidad y sospecha, que me hizo irresistiblemente permanecer junto al agujerito de espionaje, aunque momentos antes había resuelto huir de la casa.

—Rubén es tán torpe como lento,—dijo el Doctor. ¡De seguro que ha dejado caer la bandeja! Sí ¡ha dejado caer la bandeja!

—Bajemos con nuestro sabio amigo, llevándole de brazo, dijo Pedro. No estaré tranquilo hasta que no le tengamos fuera de esta casa.

—Y yo hasta que no le haya puesto esposas antes de que salgamos de esta habitación, replicó el otro.

—Me parece una conducta muy ruda, después

de haber visto como me he comportado con Vds.,—observó el Doctor. ¿Podré al menos tomar mi sombrero mientras tengo las manos libres? Cuelga de aquella percha que ven Vds. Y mientras hablaba se adelantó hacia el medio de la habitación.

—¡Alto! gritó Pedro. Yo se lo traeré á Vd., y antes de dárselo veremos si oculta algo.

El Doctor permaneció inmóvil como un soldado á la voz de "¡alto!"

—Y yo buscaré las esposas,—dijo el otro registrando los bolsillos de su levita.

El Doctor inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Tengan Vds. la bondad de darme mi sombrero y estaré listo para todo,—dijo el Doctor que se detuvo un momento, y luego repitió en voz más alta—"Listo," y desapareció instantáneamente al través del piso, como por arte de tramoya.

Ví á los dos funcionarios correr precipitadamente de ambas extremidades de la habitación á la gran abertura en el piso. La trampa en que el Doctor había estado en pie, y en la que descendió, se cerró con un golpazo en el mismo instante; y una voz amistosa exclamó desde las regiones inferiores: "¡Adiós!"

Los funcionarios se dirigieron inmediatamente á la puerta de la habitación. Había sido cerrada por fuera. Mientras la sacudían furiosamente, se oyó el ruido que formaban las ruedas del cabriolé del Doctor frente á la casa; y de nuevo resonó una voz amistosa que decía: "¡Adiós!"

Me detuve el tiempo necesario para ver á los chasqueados funcionarios quitar las barras de las ventanas con el objeto de dar la alarma. Tapé entonces el agujerito y dando una mirada á mi postrado enemigo, salí del cuarto.

Al bajar las escaleras ví que estaba abierto el estudio del Doctor. La cartera que probablemente contenía el único indicio del paradero de Alicia, se hallaba sobre la mesa. No había tiempo para abrirla pues estaba cerrada con un candado, así es que la envolví en mi delantal de trabajo, me la puse bajo el brazo y descendí á la puerta de hierro que cortaba la comunicación con el resto de la casa. Ya estaba cerca de ella, cuando ví que la abrían por fuera. Retrocedí inmediatamente para subir las escaleras, cuando una voz cuyo acento me era familiar, me gritó: "¡No huyáis!" Era Lima Nueva.

—¡Todo va bien! exclamó. Mi padre y el Doctor han partido en el cabriolé, y los hombres que estaban al acecho afuera, van corriendo tras

ellos. ¡Tiempo perdido! No hay caballo que alcance á la yegua del Doctor, cuanto más dos hombres á pie. ¿Qué es de Tornillo?

—Atado de pies y manos por mí y con una mordaza en el cuarto de moldear.

—¡Bien hecho! Veo que Vd. tiene sus efectos bajo el brazo. Espéreme Vd. dos segundos mientras voy á buscar mi dinero. No haga Vd. caso de los polizontes que están arriba. Nadie hay afuera que los pueda auxiliar, y aunque hubiera, la puerta de la calle está cerrada.

Subió las escaleras. Yo podía oir los gritos de los funcionarios aprisionados que estaban pidiendo socorro desde las ventanas. Los hombres que habían dejado afuera deberían de estar muy lejos persiguiendo el cabriolé del Doctor; y no había muchas probabilidades de que los aprisionados polizontes recibieran auxilio de alguno que pasara por allí, excepto enviar á Barkingham noticia de lo ocurrido. De todos modos se podía contar con media hora para escaparnos.

—Ahora, dijo Lima Nueva ya de regreso, salgamos por la puerta del huerto. ¿Cómo logró Vd. echar mano á Tornillo?—continuó cuando hubimos pasado la puerta de hierro, que cerramos de nuevo.

—Dígame Vd. primero cómo se las compuso

el Doctor para hacer aquella tronera en el piso en el momento oportuno?

—¡Qué! ¿Vió Vd. funcionar la trampa?

—¡He visto todo!

—¡Vaya! ¿Tenía Vd. la menor idea de que durante todo el tiempo que estaba Vd. al acecho, no cesaban las señales de inteligencia entre el Doctor y nosotros? Teníamos un juego completo de señales para caso de accidentes. Era una regla invariable que mi padre, el Doctor y yo nunca estuviésemos juntos en el taller, de modo que uno de nosotros estuviera siempre en estado proceder á hacer lo necesario, según las señales. ¿Dónde va Vd.?

—Á buscar la escalerilla del jardinero para saltar la cerca. Prosiga Vd. su narración.

—La primera señal la da una campanilla privada que significa—*Oído al tubo.* La segunda, es llamar á "Rubén," que significa, *¡Peligro! Cerrad la puerta.*—"Queso Roquefort," quiere decir,—*Enganchen la yegua;* y "Madera Viejo," significa, *Poneos junto á la trampa.* Esta funciona en el cuarto cerrado en que Vd. nunca entró, y cuando estamos ocupados en la maquinaria, cometemos siempre la torpeza de que ocurra un accidente con la bandeja del refrigerio. "Listo" es la señal para bajar la trampa, que se hace

como en las tramoyas de un teatro. Bajamos la trampa con mucha rapidez, como Vd. habrá visto, y descendemos por la escalera de atrás. Mi padre montó en la calesa con el Doctor, yo les dejé salir y cerré inmediatamente la puerta. Ya sabe Vd. cuánto es posible decir ahora.

Franqueamos con facilidad el muro ayudados de la escalera. Cuando estuvimos de la parte exterior, Lima Nueva me dijo que lo más seguro y conveniente para los dos sería separarnos, y que cada cual tomara un camino distinto. Nos dimos un apretón de manos y nos separamos. Él se dirigió hacia Londres, y yo hacia el oeste con la preciosa carpeta del Doctor Dulcifer bajo el brazo.

CAPÍTULO XII.

DURANTE dos horas anduve sin detenerme ni fijarme mucho en qué dirección iba, con tal de que me alejase de Barkingham.

Según mis cálculos habría andado unas siete millas, cuando empecé á considerar que la carpeta del Doctor era una verdadera carga, y me determiné á examinar su contenido sin pérdida de tiempo. Dejé, pues, el camino, penetré en un campo y me interné en un bosque espeso, donde hallándome perfectamente oculto á las miradas del mundo, abrí con gran trabajo la carpeta y empecé á inspeccionar sus papeles.

Con gran sorpresa y chasco mío, ví que apenas había qué examinar. Hallé el material necesario para una extensa correspondencia, pero, por junto, no encontré sino media docena de cartas, de las cuales cuatro eran de negocios, y las otras dos de amigos que se referían á asuntos y personas que nada me interesaban. Encontré también unos cuantos recibos, papel de cartas de

varios tamaños, y algunas hojas de papel secante. Nada más; absolutamente nada más en esta engañadora carpeta en la que había cifrado toda mi esperanza de poder hallar el paradero de Alicia.

Nada es capaz de pintar mi dolor y mi desesperación al ver destruidos de un golpe todos mis planes y más queridos sueños. Si en aquel instante hubiesen llegado allí los agentes de policía, creo que los habría dejado apresarme sin hacer el más mínimo esfuerzo para escaparme de sus garras. Pero ni un alma se veía en aquellos contornos. Me parece que permanecí sentado al pie del árbol más de una hora con los papeles inútiles del Doctor entre las manos, entregado profundamente á mis amargos pensamientos, y sin saber qué hacer.

Al cabo de ese tiempo la inquietud y movilidad natural de mi espíritu empezaron á manifestarse.

Levanté la cabeza, y me dije que ese no era por cierto el modo de encontrar á Alicia ni conseguir mi seguridad personal, y cobrando ánimo y fuerzas me puse de nuevo en marcha; pero antes me pareció conveniente destruir los recibos y las cartas, por temor de que pudieran servir para dar con mi paradero si los encontraban allí.

Dejé la carpeta entre las hierbas espesas, pues no tenía nombre ni inicial alguna que indicara su dueño; el papel de cartas y las plumas los guardé en el bolsillo, en previsión de uso futuro. El papel secante fué la última cosa de que dispuse. Eran dos pedazos, muy limpios, excepto en un lugar en que se veía la impresión dejada por unas cuantas líneas al tiempo de secarlas. Iba á guardarlos en mi bolsillo junto con las plumas y el papel de cartas, cuando algo me llamó en uno la atención.

Cuatro líneas borradas se veían, cada una de dos ó tres palabras, sobresaliendo cada línea á la de arriba de izquierda á derecha. ¿Habría estado el Doctor escribiendo versos y los habría secado de prisa y carrera? Esto es lo que á primera vista parecía. Después de varias tentativas para descifrar aquella especie de geroglíficos, y de mirarlos de uno y otro lado, pude al fin sacar en limpio lo siguiente:

Señorita Giles,
Plaza Zión 2,
Crickgelly,
Gales del Norte.

Difícil era poderse formar una opinión acerca de la escritura; pero el carácter de algunas de las letras se me pareció al de las del Doctor Dul-

cifer, á pesar de estar medio borradas en el papel secante. Pero suponiendo que hubiera acertado en mis cálculos ¿quién era esa Señorita Giles, de quien nunca había oído hablar?

Este era el problema que debía de resolver. ¿Era tal vez alguna amiga del Doctor residente en el País de Gales? Probablemente. Pero ¿porqué no sería la propia Alicia bajo un nombre supuesto?

Me detuve en esta idea, y me dije: puesto que su padre la ha hecho salir de su casa para alejarla de mi lado, lo que parecía más lógico era que hubiese tomado todas las precauciones posibles para impedir que yo diese con su paradero, y por lo tanto, como primera y más prudente medida, la prohibición de que viajara con su verdadero nombre.

Cierto es que Crickgelly, en el Norte de Gales, era un lugar muy remoto para desterrarla; pero el Doctor Dulcifer no era hombre que se paraba en pelillos ni hacía las cosas á medias: sabía hasta dónde llegaban mi astucia y mi resolución una vez que me proponía ejecutar algo; y habría dado muestras de una candidez, que no tenía, si hubiese ocultado á su hija en un lugar cualquiera á una distancia razonable de Barkingham.

En fin, y esto era de la mayor importancia, el nombre de la Señorita Giles me olía á la legua á nombre supuesto. Y aunque hubiera existido una persona con ese apellido, no sé por qué razón me resistía entonces á admitir la posibilidad de la existencia de semejante mujer.

Antes de guardar en el bolsillo el precioso pedazo de papel secante, había resuelto para mis adentros que mi primer deber era dirigir mis pasos inmediatamente á Crickgelly. No estaba seguro de nada, ni siquiera de la identificación de la escritura del Doctor en la impresión dejada en el papel secante; pero de lo que sí estaba cierto, y muy cierto, era que tenía que alejarme de Barkingham cuanto más me fuera posible. Por lo demás, poco me importaba el lugar á donde fuera; y careciendo de toda certeza acerca del punto en que residía mi adorada Alicia, hallaba una especie de consuelo y hasta algo de alentador en seguir los dictados de mi imaginación.

Cuando me encontré de nuevo en el camino real era ya otro hombre: había desaparecido toda aquella indecisión y abatimiento que dejaron en mi espíritu la idea de que había perdido á Alicia para siempre. Después de caminar algunas horas divisé á lo lejos el humo y las chime-

neas de una gran población fabril. Allí podría encontrar una diligencia que me llevase á Crickgelly, sin tener que hacer á pie la larga distancia que de ese lugar me separaba.

Al acercarme á la población fabril, y al notar las miradas de los que pasaban junto á mí, caí en la cuenta de algo que hasta entonces había desatendido, ó mejor dicho, olvidado por completo; esto es, la necesidad de cambiar radicalmente mi apariencia exterior.

No tenía que temer á los agentes de policía porque ninguno me había visto; pero me asaltó la idea de que podía tropezar de manos á boca con mi antiguo enemigo el honrado Tornillo, de quien seguramente harían uso los funcionarios de marras con objeto de identificar á los compañeros á quienes había hecho traición. Tenía, además, sobrados motivos para creer que los auxiliaría en apresarme con preferencia á todos los demás, sin exceptuar al Doctor.

Mi traje era el de un *dandy* ó pisaverde, algo averiado, para decir la verdad, pero de colores alegres y corte horrible. No lo había cambiado por el traje de un artesano durante mi permanencia en el laboratorio del Doctor, porque nunca tuve la intención de quedarme allí un minuto, si me era dado efectuar mi fuga. El delantal en

que había envuelto la carpeta consabida, era lo único que participaba del honorable uniforme de un obrero.

¿Sería conveniente agregar al delantal otros artículos que me diesen más el aspecto de un honrado artesano? No: mis manos eran demasiado blancas y demasiado bien cuidadas; mis modales eran en extremo corteses y escogidos para disfrazarme de artesano. Lo más seguro era afeitarme las patillas, recortarme el pelo, comprar otra clase de sombrero, un paraguas, y vestir un traje completamente negro.

En la primera tienda que encontré, compré una maleta y un traje negro que me daba la apariencia de un ministro protestante. En la primera barbería con que tropecé, me recorté el pelo é hice desaparecer mis patillas. Hecho esto, me dirigí de nuevo al campo, hasta que encontré un lugar bastante protegido y oculto donde mudé mi vestimenta, saliendo con un aire modesto, tranquilo, reverendo, con el paraguas de algodón bajo el brazo, las miradas fijas en el suelo, y el sombrero hasta los ojos. Cuando ví á dos labradores que, al pasar junto á mí, se llevaron respetuosamente la mano al sombrero, comprendí que no había que temer mucho, y que hasta podía desafiar los vindicativos ojos del mismo Tornillo.

No tenía la más leve idea del lugar en que me encontraba cuando llegué á la Posada del Toro Verde, que fué la primera que se me presentó á la vista. Allí, no sin cierto aire de modestia, pregunté si podrían informarme de la hora en que saldría la próxima diligencia para Gales.

La respuesta que recibí no fué muy alentadora.

La diligencia había partido hacía una hora y no saldría otra hasta la mañana siguiente, lo que me obligaba á pernoctar en la posada del Toro Verde. Tomé con debida antelación un puesto en la diligencia, bajo el nombre del Reverendo Juan Peter.

Después de ordenar se me guardara un cuarto en la posada, y de despachar una comida frugal que consistió en pescado, dos costillas de carnero, papas fritas, postres y media botella de vino ordinario, salí á dar una vuelta por la población.

Como ni siquiera sabía el nombre de ésta, y como no quería despertar sospechas, ó por lo menos sorpresa, haciendo una pregunta de tal naturaleza, me decidí á mezclarme entre la gente del pueblo y sacar el mejor partido que pudiese de mi rara posición.

Héme aquí, me dije, en el corazón de Ingla-

terra, tan ignorante en materias de localidades como si estuviese en el centro del África. Mi fantasía se puso á inventar un nombre para aquella población en que entonces me hallaba, á formar una especie de estadística del número de habitantes que tenía, sus antigüedades ó historia, mientras recorría sus calles y me detenía á mirar las vidrieras de los establecimientos y examinaba atentamente el mercado y la casa consistorial.

Al regresar á mi posada ví en la mesa del salón de recibo todos los periódicos de Londres. El que más á mano estaba era el "Morning Post." Lo tomé, me senté cómodamente en un lugar retirado, y me puse á pasar la vista por la sección de anuncios de la primera página, sin saber porqué, cuando con gran sorpresa leí las siguientes líneas al principio de una columna:

"Si Fr–no–s T–r–n–r quiere ponerse en comunicación con sus desconsolados y alarmados parientes, la Sra y el Sr. B–tt–rb–ry, se enterará de algo que le conviene y puede tener la seguridad de que será perdonado una vez más. Ar–b–la le ruega que le escriba."

—¿Qué quiere decir este misterioso anuncio?—fué lo primero que se me occurrió después de leerlo. ¿Ha arrendado Lady Mortimer otro nuevo plazo de vida, chasqueando á la Sra.

muerte que ha estado llamando inútilmente á su puerta varias veces durante estos últimos años? Nada más probable. ¿Ó han llegado á sospechar mis relaciones con el Doctor Dulcifer? Me parecía improbable. Una cosa, sin embargo, estaba fuera de duda; me echaban de menos, y los Batterbury experimentaban, como era natural, ansiedad acerca de mi paradero, ansiedad tal que les hacía insertar un anuncio en los periódicos.

Discutí conmigo mismo si debía ó no contestar esta patética súplica. Tenía en mis bolsillos todo el dinero que había ganado en el último tiempo (pues nunca me desprendí de él durante mi permanencia en la casa de los ladrillos rojos), y la suma era sobrada para las necesidades del momento: de consiguiente pensé que lo mejor sería dejar en su alarma y desconsuelo á mis ansiosos parientes un poco tiempo más, y continuar tranquilamente la lectura del "Morning Post."

Después de leer aquí y allí, tropecé con algo que me dió la explicación deseada del anuncio. Era un suelto titulado:

"Alarmante enfermedad de Lady Mortimer.—Tenemos el sentimiento de anunciar que esta venerable señora fué atacada de una alarmante enfermedad el sábado último en su residencia campestre. El ataque tuvo todo el carác-

ter de un paroxismo, aunque no se nos ha podido informar su naturaleza exacta. El médico de cabecera de su señoría, que es además su hijo político, el Doctor Turner, fué enviado á buscar inmediatamente y pronosticó los más funestos resultados. Hubo consulta médica, y se hizo venir á los parientes más cercanos de la distinguida enferma, la Sra. Turner, la Sra. Batterbury y su esposo el Sr. Batterbury. Cuando llegaron á la morada de la Sra. Mortimer, la condición de esta dama era muy crítica y su respiración altamente estertorosa. Si no estamos mal informados, el Doctor Turner y los otros médicos presentes declararon, que si el pulso de la venerable enferma no experimentaba un cambio favorable en el transcurso de un cuarto de hora, había que esperar un funesto desenlace. Durante catorce minutos, como se informó á nuestro *reporter*, no hubo cambio alguno; pero, por extraño que parezca, inmediatamente después, el pulso de la distinguida señora se reanimó de súbito de la manera más extraordinaria. Se la vió abrir los ojos y se le oyó preguntar, con sorpresa y contento de cuantos rodeaban su lecho, por qué su almuerzo habitual de caldo de gallina con una copa de Jerez Amontillado no estaba en la mesa como de costumbre. Habiéndosele traído este

refrigerio, mediante el beneplácito de los Sres. médicos, la anciana paciente lo despachó con todas las apariencias del mejor apetito. Desde aquella feliz alteración en un sentido favorable, la salud de Lady Mortimer ha mejorado rápidamente; y la respuesta que ahora se da á todas las amistosas preguntas que se hacen sobre el particular es, para usar la humorística fraseología de la venerable señora: "Mucho mejor de lo que podía esperarse."

¡Bien hecho, mi excelente abuela! mi firme, infatigable é inmortal amiga! Jamás podré decir que mi situación es desesperada mientras puedas tragar tu caldo de gallina y sorber tu Amontillado. Tan pronto como necesite dinero escribiré á mi querido cuñado Batterbury, y le haré que suelte un pedacito de las tres mil libras esterlinas de marras, por las que ya ha sufrido y sacrificado tanto!

Después de terminado este apóstrofe mental á mi venerada abuela, me retiré á mi habitación y me acosté animado de las más risueñas esperanzas. Mi buena fortuna parecía como que venía á saludarme de nuevo, y empecé á tener la certeza de que iba á descubrir en Crickgelly á mi adorada Alicia bajo el supuesto nombre de la Srta. Giles.

El día siguiente por la mañana el Reverendo Juan Peter bajó á almorzar, tan apacible, sonrosado y risueño, que las sirvientas se sonrieron al verle pasar y la patrona le saludó graciosamente al atravesar el salón. La diligencia llegó, y el reverendo caballero subió á su asiento en la imperial. Un hombre estaba ya allí en su puesto. Mi sorpresa no fué poca al reconocer en él al jefe de los agentes de policía que había intentado, con sobrada confianza en su habilidad, reducir á prisión al Doctor Dulcifer.

No podía haber la menor duda acerca de su identidad, y yo le habría reconocido entre cien personas. Me dirigió una mirada escudriñadora cuando me senté á su lado, y luego se puso á mirar el camino. Como me constaba que era esta la primera vez que me veía, juzgué que mi encuentro con él redundaría tal vez en beneficio mío. De todos modos se me presentaba la oportunidad de vigilar las acciones de uno de mis perseguidores, y ya esto era una ganancia.

—¡Qué hermoso día!—le dije con la mayor cortesía.

—¡Sí!—replicó de mal humor.

No me dí por ofendido, pues hartas razones tenía el funcionario representante de la ley para no estar de muy buen talante, si se considera

que había sido burlado y encerrado por su propio prisionero.

—¡Muy hermoso día en verdad!—repetí con el acento más melífluo que me fué dable emplear.

El agente de policía solo respondió esta vez con una especie de gruñido. Todos tenemos nuestras debilidades, y no me causó mucha impresión la rudeza del chasqueado funcionario.

El pasajero que subió después de mí á la imperial de la diligencia y se sentó á mi lado, tenía el rostro de un rojo subido; era vivo y excesivamente hablador y familiar. Luego subió un joven labrador taciturno y reservado, hasta que al fin el número de pasajeros quedó completo.

—¿Ha oído Vd. las noticias?—me preguntó el hablador dirigiéndose á mí.

—No sé de qué noticias habla Vd.—le contesté.

—Es la cosa más tremenda que haya acontecido desde hace cincuenta años, dijo. Una banda de monederos falsos ha sido descubierta en Barkingham en una casa que llamaban la Granja. Toda la mala plata de que nos hemos visto inundados en estos últimos tiempos se debe á ellos. ¡Y decir que no han apresado al jefe de la banda! ¡Se escapó, caballero, se escapó

como un fantasma de teatro, al través de una trampa, después de dejar encerrados á los agentes de policía en su mismo laboratorio! Los herreros de Barkingham tuvieron que ir á descerrajar la puertas para hacer salir á los funcionarios del orden público. Toda la casa estaba llena de puertas de hierro, escaleras ocultas, y qué sé yo cuántas cosas más. Parecía aquello, según dicen, un edificio ocupado por la Inquisición. ¡Y el dueño de la casa, es un hombre tan respetable, tan decente y tan honrado¡ ¡Piense Vd. en la desgracia de haber alquilado su casa á un bribón que la ha llenado de trampas, hornillos, y puertas de hierro! ¿Qué será de nuestra sociedad? ¿Dónde hallaremos protección, si estamos á merced de estos pillos? Los tiempos en que vivimos son terribles, caballero, son verdaderamente terribles!

—Dígame Vd., señor, ¿hay alguna probabilidad de atrapar á este monedero falso?—le pregunté con la mayor inocencia.

—Espero que sí, caballero; espero que sí, en obsequio de la vindicta pública y de las costumbres ultrajadas,—me respondió todo agitado. En Barkingham han impreso unos carteles en que se ofrece una recompensa al que lo aprese. Esta mañana muy temprano mi amigo el corre-

gidor me mostró los carteles que acababan de imprimirse y le pedí unos cuantos ejemplares para hacerlos circular. Aquí están. Tome Vd. algunos, caballero, y tenga la bondad de distribuirlos también. Como Vd. verá, además del principal bribón hay tres individuos más que atrapar, uno de ellos un pillete que pertenece á una familia respetable. ¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos! Tome Vd. tres ejemplares y sírvase Vd. hacerlos circular donde puedan dar buenos resultados. Quizás el caballero que está al lado de Vd. querrá también algunos. ¿Quiere Vd. tomar tres, caballero?

—No, no quiero,—dijo de mal humor el agente de policía;—ni siquiera uno; y creo que el mejor modo de atrapar á la banda de monederos falsos es que Vd. no se mezcle en ayudar á la policía en el ejercicio de sus funciones.

Esta respuesta produjo una violenta contrarréplica de mi excitable vecino, á la que no presté atención alguna, ocupado como estaba en leer el impreso que me había dado.

En él se describía la persona del Doctor con notable exactitud, y se ponía sobre aviso á las autoridades de los puertos de mar para que no se descuidasen. Lima Vieja, Lima Nueva y yo mismo, éramos mencionados, no muy honrosa-

mente, en el segundo párrafo, tratándonos como fugitivos de poca importancia. No se decía una sola palabra en el impreso que denotase que las autoridades de Barkingham tuviesen la menor sospecha de la dirección tomada por ninguno de nosotros. Esto habría sido muy alentador para mí á no ser por la circunstancia de tener á mi lado á uno de los agentes de policía, lo que me indicaba que éstos tenían sus sospechas, á pesar de lo que dijera el cartel impreso por el Corregidor de Barkingham.

¿ Habría dirigido el Doctor sus pasos á Crickgelly ? Me estremecí interiormente al hacerme esta pregunta. Es de presumir que él preferiría escribir á la Srta. Giles que fuera á unírsele cuando estuviese en un lugar en que se considerase completamente seguro, más bien que impedir la libertad de sus movimientos llevando consigo á su hija antes de verse fuera del alcance del brazo de la justicia. Esto me parecía lo más lógico, dadas las circunstancias en que se encontraba el Doctor.

Sin embargo, ahí estaba el agente de policía con dirección al país de Gales, y ciertamente no lo hacía á humo de paja. Me guardé los impresos en el bolsillo y presté oído á lo que pudiera serme de alguna utilidad en la especie de disputa

que sostenía mi hablador vecino con el funcionario público. Pero éste no dijo esta boca es mía. Cuánto más mi vecino trataba de disputar con él, tanto más se obstinaba en su silencio. Empecé á desear con impaciencia que llegásemos á Shrewsbury, porque allí esperaba descubrir algo más tangible acerca de los planes de mi formidable compañero de viaje.

La diligencia hizo una parada para que comieran los pasajeros, y algunos se quedaron en aquel lugar, entre otros el vecino hablador con sus impresos. Yo baje también y me quedé á la entrada de la posada, como si deseara examinar el edificio, pero en realidad vigilando los movimientos del agente de policía.

Con gran sorpresa mía le ví acercarse á la portezuela de la diligencia y hablar á uno de los pasajeros que estaba dentro. Después de una breve conversación, de la que no pude oir una sola palabra, el funcionario entró en la posada, pidió un vaso de agua con brandy y se lo llevó al que se había quedado en la diligencia, que sacó la cabeza por la ventanilla para beber el contenido del vaso. Entreví su rostro, y sentí que las rodillas me flaqueaban . . . . ¡ Era Tornillo !

Sí, Tornillo, pálido y desencajado, y que por lo visto aun no se había restablecido de los efec-

tos de la presión de mis manos en su garganta. Tornillo, servido por el agente de policía y viajando en el interior de la diligencia como enfermo. Debía de ser seguramente para ayudar á los funcionarios del orden público á identificar á algunos de los miembros de nuestra esparcida banda en cuya persecución andaban. No podía tratarse del Doctor, pues el agente de policía podría descubrirle sin auxilio ajeno. ¿Se trataría acaso de mi persona?

Empecé á reflexionar acerca de lo que sería más acertado: si confiar en mi disfraz y continuar en mi asiento en la imperial de la diligencia, ó abandonar inmediatamente á mis compañeros de viaje. No era fácil decidir qué partido era el mejor en las circunstancias en que me encontraba, así es que me puse á pesar las ventajas y las desventajas de la alternativa de mi posición.

¿Debería arriesgarlo todo é ir resueltamente á Crickgelly, con la esperanza de descubrir que Alicia y la Srta. Giles eran una misma persona; ó debía abandonar al punto la única probabilidad de hallar á mi perdido bien, y dirigir mi atención tan sólo al medio mejor de ponerme en salvo?

Esta alternativa quedó reducida á la simple pregunta de si debía proceder como un hombre

que estaba realmente enamorado ó nó. La contestación no era difícil de adivinar, é imité resueltamente el ejemplo de mis compañeros de viaje, y fuí á comer, determinado á continuar mi peregrinación á Crickgelly, aunque todos los corchetes de Londres me estuvieran pisando los talones.

CAPÍTULO XIII.

Á pesar de lo seguro que yo me creía merced al cambio de traje, á la desaparición de mis patillas y á lo recortado de mi pelo, me mantuve siempre á una respetable distancia de la ventanilla de la diligencia cuando terminó la comida en la posada y se llamó á los pasajeros para que ocupasen sus asientos de nuevo. Hasta entonces, gracias á la fuerte presión que mis dedos ejercieron en la garganta de Tornillo y le obligó á quedarse dentro de la diligencia, mi antiguo enemigo no me había visto; y si yo andaba con tiento, no había para qué temer que me viera antes de que yo llegase á mi destino.

Durante el resto del viaje observé la más estricta cautela y la fortuna secundó mis esfuerzos. Cuando llegamos á Shrewsbury había anochecido. Al dejar la diligencia, y protegido por las sombras de la noche, pude vigilar los movimientos de Tornillo y de su compañero. No pararon en la posada sino que se dirigieron á una

taberna en donde, mi traje de eclesiástico, me vedaba la entrada. Allí los dejé.

Regresé á la posada para enterarme de los medios de comunicación con que podía contarse.

Me informaron que Crickgelly era una pequeña aldea de pescadores y que no había vehículos que fueran allí directamente, sino dos diligencias que hacían viajes á otras dos pequeñas poblaciones situadas casi á igual distancia de aquella, y que al día siguiente pasarían por Shrewsbury. El sirviente agregó que, si yo quería, podría ajustar un asiento en cualquiera de las dos diligencias y que como siempre estaban llenas sería conveniente que me diese prisa.

Las cosas habían llegado ya á tal punto, que no me quedaba otro remedio sino confiarme al azar. Si esperaba hasta el día siguiente para ver si Tornillo y el agente de policía viajaban en la misma direccíón que yo, y caso de que lo hicieren, supiese qué diligencia tomaban, corría el riesgo de perder yo mi asiento y demorar mi viaje un día más. No había qué pensar en esto. Le dije pues al sirviente que me ajustase un asiento en la diligencia que quisiera. Así lo hizo.

Aquella noche apenas pude cerrar los ojos.

Me levanté al rayar el día y me senté á la puerta de la posada esperando ansiosamente la llegada de la diligencia.

Nadie sabía á ciencia cierta cuál de los dos vehículos pasaría primero, y cada uno de los sirvientes de la posada á quienes pregunté me dió una respuesta de acuerdo con su preferencia personal, pues en este particular la servidumbre y demás empleados de la posada estaban divididos en dos bandos.

Al fin oí el cuerno que avisaba la llegada de los coches y á poco llegó uno de estos, que resultó no ser la diligencia en que había tomado yo mi asiento. Había tres vacíos; uno fué ocupado por un labrador; el otro puesto, con indescribible disgusto y terror mío, lo tomó el funcionario de policía que ayudó á subir al débil Tornillo que se sentó á su lado. Se dirigían á Crickgelly; no había la menor duda.

Me puse á esperar mi diligencia: la impaciencia se apoderó de mí. Transcurrió media hora, un cuarto de hora más, y ya comenzaba á desesperar, cuando de nuevo resonó el consabido cuerno y el vehículo ansiado entró á escape en la población y se detuvo á la puerta de la posada. "¡Qué tal que no haya asiento para mí!" me dije allá en mis adentros. Me dirigí á la portezuela

de la diligencia todo trémulo, y pregunté si había lugar para mí.

—Hay un asiento en el interior, y si Vd. quiere pagar el . . . .

No le dejé concluir la frase y en un abrir y cerrar de ojos estaba yo instalado en el puesto vacío. No recuerdo nada del viaje, á no ser que me pareció excesivamente largo y fastidioso. Al fin llegamos á una población cuyo nombre ni siquiera pregunté, y allí me dijeron que la diligencia no seguía adelante.

Busqué una silla de posta, y ni aun conocían el hombre de esta clase de vehículos. Con increible dificultad conseguí un calesín, después un hombre que lo manejara, y finalmente un caballo. Partimos al galope. Pensaba en Tornillo y su compañero que se estaban acercando por diverso lado á Crickgelly, quizás á carrera tendida. Pensé en esto y hubiera dado todo el dinero que tenía en los bolsillos por disponer, durante dos horas, de un buen caballo.

Á juzar por el tiempo que empleamos en el viaje, y tal vez teniendo en cuenta mi impaciencia, me parece que Crickgelly debía de estar á lo menos veinte millas de la población donde tomé el calesín. El sol se estaba poniendo cuando oímos el rumor lejano de las olas del mar, y

ya era casi de noche cuando entramos en la pequeña aldea de pescadores y dejamos á nuestro infortunado caballo que descansara á la puerta de una pequeña posada. Bien lo necesitaba.

La primer pregunta que hice al posadero fué si dos caballeros (por supuesto, dos amigos míos á quienes esperaba), habían llegado á Crickgelly un poco antes que yo. La respuesta fué una negativa; y el peso que me quitó de encima fué para mi cuerpo y mi espíritu una especie de reposo absoluto después de las fatigas y ansiedades de mi viaje. Ó yo me había anticipado á los espías ó ellos no habían salido con destino á Crickgelly. De todos modos era yo el que primero me encontraba en el campo de acción. Le pagué al hombre que me había traído, y me informé dónde estaba la plaza de Zión. Las señas fueron de una extrema sencillez. Lo único que tenía qué hacer era seguir en toda su longitud la calle principal de Crickgelly y en la extremidad de la misma encontraría la plaza de Zión.

La aldea olía intensamente á marisco, y sus habitantes tenían la curiosa costumbre de construir sus botecillos y embarcaciones en la calle, entre los espacios libres dejados entre casa y casa. Recorrí con toda la rapidez que me fué posible la llamada calle principal, y entre las

sombras del crepúsculo divisé cuatro pequeñas casas de campo, frente á un espacio vacío que debía de ser la anhelada plaza de Zión. Con gran dificultad pude descubrir el número 2, pues reinaba ya bastante obscuridad. Tiré de la campanilla, y una robusta muchacha, cuya inteligencia ví después que no había tenido igual desarrollo que el cuerpo, me abrió la puerta.

—¿Vive aquí la Srta. Giles?—le pregunté.

—No recibe visitas,—me respondió la corpulenta doncella.—Ya otra persona ha tratado de verla y ha tenido que irse. Váyase Vd. también sin verla.

—¿Otra persona? repetí. ¿Otra visita? ¿Y cuándo vino?

—Hace más de una hora.—

—¿Estaba alguien con él?—

—No. La señorita no recibe visitas. El otro se fué, y haga Vd. lo mismo.

Precisamente cuando había repetido esta última frase se abrió una puerta al fondo. Mi voz había llegado seguramente al oído de alguien que estaba en aquella habitación. No podía ver quién fuese, pero oí el roce de un vestido de mujer. Mi situación se volvía desesperada, mis sospechas se despertaron todas en aquel instante.

Determiné jugar el todo por el todo, y con acento suave dije: ¡Alicia!

Una voz respondió:—¡Cielos! ¡Es Francis!

Era la voz de Alicia que había reconocido la mía. Eché á un lado á la gigantesca sirvienta y en dos pasos me puse al lado de Alicia.

Allí estaba ella, sola, en aquella habitación, de pie al lado de una mesa. Al ver mi nuevo traje y las alteraciones sufridas por mis cabellos y mis patillas, palideció mortalmente y extendió las manos como para asirse de algo. La tomé en mis brazos, pero no me atreví á besarla, pues estaba toda trémula y pronta á desmayarse.

—¡Francis!—exclamó levantando la cabeza. ¿Qué es lo que pasa? ¿Cómo habéis descubierto? . . . En nombre del cielo, ¿qué significa esto?

—Significa, amor mío, que he venido á hacerme cargo de tí para el resto de tu vida y de la mía, si lo consientes. No tiembles: no hay motivo para ello. Serénate y te diré por qué estoy aquí en este traje tan extraño. Ven, ven, Alicia! No me mires de esa manera.

Ví que comenzaba á recobrar el color: su rostro empezó á animarse. Si ella no hubiera estado tan cerca de mí, yo podría haberme domi-

nado; pero en el momento aquel me fué completamente imposible y estampé un beso en su pura y hermosa frente.

Alicia dió un paso hacia atrás medio asustada y medio confusa, aunque no parecía ofendida. Antes de que pudiera darse cuenta de lo peligroso y extraño de nuestra posición, le hice las primeras preguntas necesarias con gran rapidez.

—¿Dónde está la Sra. Baggs?—dije.

La Sra. Baggs era el ama de llaves.

Alicia señaló las puertas corredizas y cerradas de una habitación.

—Allí, dijo, durmiendo en el sofá.

—¿Sospechas quién pueda ser el individuo que te vino á ver hace más de una hora?

—No. La criada le dijo que yo no recibía visitas, y el hombre se fué sin dejar su nombre.

—¿Tienes noticias de tu padre?

Empezó á palidecer de nuevo, pero se dominó y respondió con voz apenas perceptible.

—La Sra. Baggs recibió unas cuantas líneas de mi padre esta mañana. No tenían fecha; y solamente decían que había sucedido algo que le obligaba á partir de casa inmediatamente, y que yo debía permanecer aquí hasta que me escribiese de nuevo, lo que sería dentro de unos pocos días.

—Pues bien, ahora, Alicia,—le dije con la manera más indiferente que me fué posible,—te diré que tengo la más alta opinión de tu valor, buen sentido y dominio sobre tí misma; y espero, por lo tanto, que conserves esa reputación para conmigo mientras oyes lo que tengo que referirte.

Y diciendo esto, la tomé de la mano y la hice sentarse á mi lado. Entonces comencé, lo más gradual y suavemente que pude, á comunicarle todo lo que había ocurrido en la casa de ladrillos rojos desde la noche en que ella, al salir del comedor, cambió conmigo aquella mirada inolvidable.

Fué un esfuerzo tan grande de mi parte hablar como de parte de ella oir. Sufría Alicia tan violentamente, experimentaba tanta vergüenza, tal agonía, tanto terror mientras yo le estaba refiriendo los extraños acontecimientos ocurridos en su ausencia, que una ó dos veces tuve que detenerme alarmado, y casi me arrepentí de decirle la verdad. Sin embargo, no me quedaba otro camino, por duro y cruel que entonces pareciese; y la conducta que adopté era la más acertada y segura para el porvenir de los dos. ¿Cómo podría yo esperar que Alicia depositara toda su confianza en mí, si empazaba por engañarla; si

caía en contradicciones y excusas al principio de la renovación de nuestro trato? Continué, pues, desesperadamente mi relación hasta el fin, haciéndola lo más corta que me fué dado, y tratando de presentar las cosas más sombrías bajo su aspecto menos desfavorable.

Cuando terminé mi penosa narrativa, la pobre muchacha, olvidando en la extremidad de su dolor y de su abatimiento todas las llamadas conveniencias sociales y toda esa falsa etiqueta que se enseña á las jóvenes de su edad, ocultó la cabeza en mi seno y prorrumpió á llorar como si fuera una niña y yo la madre de quien esperaba palabras de consuelo y de aliento.

No hice la menor tentativa para contener sus lágrimas; eran el mejor desahogo á la violenta agitación de que era presa la infeliz muchacha. No dije nada, pues en circunstancias tales, mis palabras sólo habrían servido á agravar su situación. Todas las preguntas, todas las proposiciones que tenía que hacerle, era preciso, costare lo que costare, aplazarlas para un momento más propicio. Allí permanecimos sentados silenciosos, á la luz de una vela, oyendo yo los sollozos de la pobre joven, á los que se unían los ronquidos del ama de llaves en el cuarto del lado. Ningún otro ruido se percibía en toda la casa.

Ahora que el asunto delicado de comunicar las malas noticias á Alicia había terminado, y que mi espíritu se veía libre de este peso, empecé á experimentar suma inquietud acerca del individuo que había venido una hora antes que yo. No podía haber sido el Doctor Dulcifer, porque habría sido admitido. ¿ Sería el empleado de policía, ó quizás mi amigo Tornillo ? Es verdad que los había perdido de vista ; ¿ pero les había sucedido á ellos lo mismo respecto de mi persona ?

Poco á poco se fué calmando el dolor de Alicia. Levantó débilmente la cabeza, y volviéndola á otro lado la ocultó entre sus manos. Ví que aun no se encontraba en estado de hablar, y le supliqué que se retirara á su cuarto y descansara un poco. Dirigió una mirada tímida á las puertas de la habitación donde dormía el ama de llaves.

—Eso corre de mi cuenta, le dije. Quiero hablar con ella unas cuantas palabras. Una vez que hayas subido á tu cuarto, haré ruido y la despertaré.

Alicia me miró como queriéndome hacer una pregunta, pero no me preguntó nada. Yo tampoco dije una palabra más. No teníamos tiempo que perder, y cada segundo era precioso. La conduje á la puerta y la dí las buenas noches.

CAPÍTULO XIV.

Tan pronto como estuve solo, saqué de mis bolsillos uno de los impresos que mi compañero de viaje, el parlanchín eterno, me había dado, de modo que cuando llegase el momento oportuno pudiese á mi vez dárselo al ama de llaves. Armado de esta ominosa carta de introducción, arrojé una silla contra la puerta del cuarto donde dormía mi Sra. Baggs, con ánimo de llamar su atención. El efecto fué inmediato. El ama de llaves abrió la puerta violentamente. Un ligero olor de aguardiente penetró en la habitación en que yo me hallaba, y poco después apareció la respetable ama con rostro furibundo y cabellos en desorden.

—¿Qué quiere Vd. caballero? ¿Cómo se atreve Vd. . . . ?—empezó la buena dueña; y se contuvo toda sorprendida, fijando en mí sus miradas atónitas.

—Me he visto obligado á hacer una ligera alteración en mi aspecto personal, señora,—le

dije,—pero siempre soy el mismo Francis Turner de antes.

—No me hable Vd. de aspecto personal, exclamó la Sra. Baggs volviendo en sí. ¿Qué busca Vd. aquí? Salga Vd. de esta casa inmediatamente. Esta misma noche se lo escribiré al Doctor.

No tiene señas donde escribirle; y si Vd. no me quiere creer, lea Vd. esto;—dije, y le entregué el impreso de marras sin agregar una palabra más.

El ama de llaves dió una mirada al impreso, y perdió al instante gran parte del subido color que habían comunicado á su rostro el sueño y la bebida. Se sentó en la silla más cercana, y me miró fijamente y con cierta dureza.

—Sérenese Vd., Sra., le dije, sérenese Vd. Tome las cosas con calma y tenga Vd. entendido que, á menos que no vea Vd. al Doctor Dulcifer en la horca, probablemente no tendrá Vd. el gusto de volver á verle en mucho tiempo.

El ama de llaves se retorció las manos suavemente y murmuró para sus adentros algo que tal vez podría ser una devota imprecación.

—Permítame Vd. que la trate, señora, como á una mujer de mundo y de experiencia,—continué. Si Vd. tiene la bondad de prestarme

atención unos cuantos minutos, yo le explicaré á Vd. cómo han llegado á mi conocimiento estas cosas, cómo es que he venido aquí, y qué es lo que tengo que proponer á la Srta. Alicia y á Vd.

—Si Vd. es un hombre sensible,—dijo el ama de llaves moviendo la cabeza y levantando los ojos al cielo,—tendrá Vd. presente que yo tengo nervios y espero que Vd. no lo olvidará.

Al emitir la respetable dueña las últimas palabras, me parece que ví que sus miradas en vez de dirigirse al cielo tomaban un rumbo muy terrestre, hacia el cuarto donde había estado durmiendo. Me pareció también que sus labios estaban muy secos. Teniendo en cuenta estas dos suposiciones, le dije:

—¿No cree Vd., señora, que le convendría tomar un estimulante? Recuerdo haber oído con frecuencia á mi respetable abuela, Lady Mortimer, que "una gota á tiempo nos ahorra ciento."

—Vd. encontrará la botella bajo la almohada del sofá,—respondió la buena dueña con prontitud. "Una gota á tiempo nos ahorra ciento," como dice con mucha razón su respetable abuela. Vd. encontrará las copas en la mesa, Sr. Turner. Espero que su Sra. abuela se encontraba bien la última vez que tuvo Vd. noticias de ella. ¿Pa-

dece también de los nervios? Lo mismo que yo sin duda. ¡Ah! ¡qué noticias! ¡qué horribles noticias me ha dado Vd.!"

Encontré la botella del brandy en el lugar indicado, pero no había ninguna copita de licor, y lo único que hallé fué un vaso grande que estaba en una silla junto al sofá. La Sra. Baggs no pareció notar la diferencia cuando traje el vaso y lo llené de brandy.

—Tome Vd. también un trago, exclamó la dueña bebiéndose de un golpe su ración. "Una gota á tiempo," no puedo cansarme de repetir el dicho de su respetable abuela; ¡está tan delicadamente expresado! Sin embargo, á pesar de elogiar á esa distinguida dama cuánto se merece, se me ocurre la idea, Sr. Turner, de que si una gota en tiempo nos ahorra ciento, dos nos ahorrarán doscientas—Aquí la Sra. Baggs olvidó por completo sus nervios y me guiñó los ojos.

Comprendí lo que esto quería decir, y llené el vaso una segunda vez.

—¡Oh! ¡qué noticias!, ¡qué noticias!—exclamó la Sra. Baggs recordando sus nervios.

Precisamente en aquellos momentos creí que oía pasos frente á la casa; pero escuchando más atentamente hallé que había empezado á llover. Sin embargo, la mera sospecha de que el mismo

hombre que había solicitado ver á Alicia pudiera entonces estar vigilando la casa, me alarmó seriamente y me hizo apreciar la absoluta necesidad de no ocupar más un tiempo tan precioso haciendo caso de los nervios de la Sra. Baggs. Era verdaderamente necesario que le hablase, mientras conservaba la cabeza bastante despejada para que pudiera comprender lo que yo quería decirle.

Convencido, como lo estaba, de que la respetable dueña corría inminente peligro de embriagarse por completo si le daba otra copa, conservé la botella en la mano y le relaté mi historia de la manera más breve que se pudo, sin andarme con muchos rodeos ni darle por un momento ocasión de que se pusiera á hacer comentarios acerca de mi relación, ya fuere llorando, suspirando, bebiendo ó por medio de exclamaciones.

Como lo había previsto, cuando concluí mi historia, y tuvo ella una oportunidad de decir unas cuantas palabras, afectó la mayor sorpresa y virtuosa indignación al oir la naturaleza de las ocupaciones á que se había dedicado el Doctor, y me reprochó en términos vehementes mi condescendencia en haber tomado también parte en ellas, aunque lo hubiera hecho por el muy excusable motivo de salvar mi vida. Confieso que esto me

pareció muy divertido; pero comencé á experimentar cierta sorpresa cuando al tratar de la fuga del Doctor, ví que la Sra. Baggs consideraba su determinación de refugiarse á un lugar conocido de él solo, como una ofensa personal que á ella se le había inferido.

—Demuestra una falta de confianza en mí,—dijo la anciana dueña,—que podré perdonar, pero que no puedo olvidar. Los sacrificios que he hecho en obsequio de ese hombre ingrato, no pueden expresarse en palabras. La mañana que nos envió aquí, ¿qué fué lo que yo hice? Empaquetarlo todo y partir en el momento que me lo ordenó. Tenía infinidad de cosas que hacer: otras mujeres hubieran refunfuñado: yo lo hice todo más pronto y mejor que una muchacha de diez y ocho años. El Doctor me dijo:—Quiero apartar á Alicia del lado del joven Turner, y tenéis que hacerlo.—Yo repliqué:—¿Hoy mismo, señor?—Sí, ahora mismo, sin pérdida de tiempo,—me dijo.—¿Á dónde iremos?—le pregunté.—Lo más lejos que pueda Vd. ir; á la costa de Gales, á Crickgelly. No estaré tranquilo si se queda en las cercanías. El joven Turner es muy listo y Alicia se interesa demasiado por él. —¿No me dá Vd. otras órdenes, señor?—le pregunté.—Sí, me dijo, tome Vd. cualquier nom-

bre, Simkins, Paley, Giles, Black, cualquiera excepto Dulcifer, porque ese tuno de Turner revolverá cielo y tierra para encontrarla.—¿Qué más?—le pregunté.—Nada mas,—me contestó, sino que esté Vd. muy sobre aviso. Y tenga Vd. presente una cosa, á saber; que Alicia no reciba visitas, ni ponga cartas en el correo.—La dueña hizo una pausa y prosiguió:

—Antes de que hubiera transcurrido una hora después que sus malvados labios pronunciaron estas palabras, ya habíamos nosotras partido. No fué poco trabajo hacerlo, ni impedirle que le escribiese á Vd., sin decir nada lo que me costó retenerla en este lugar. Pero lo hice: obedecí mis órdenes como un esclavo en un ingenio sobre cuyas espaldas siempre está pendiente un látigo. He padecido reumatismo, pasado malas noches, y qué se yo cuántas cosas más, todo para obedecer las órdenes del Doctor. Y ¿cuál es mi recompensa? Se vuelve monedero falso, se fuga sin decirme una palabra, me escribe una esquela engañadora sin fecha ni dirección, sin enviarme un ochavo, sin decirme nada en resumidas cuentas. Considere Vd. mi confianza y mi fe en él, y después vea Vd. cómo me ha tratado! ¿Qué nervios de mujer podrán resistir eso? Deme Vd. otro trago, Sr. Turner, ó yo no sé qué será de mí.

—No, señora, el Doctor no tiene disculpa,— dije. Pero cambiemos el asunto de la conversación porque no hay tiempo que perder. Vd. parece que está al corriente de la favorable opinión que tanto la Srta. Alicia como yo, tenemos mutuamente uno del otro. Yo espero que no será, pues, nueva ocasión para un ataque de nervios si yo le digo á Vd., sin más rodeos, que he venido á Crickgelly con el objeto de casarme con la Srta. Alicia.

—¡Casarse con ella, casarse con ella! . . . Si Vd. no deja en paz esa botella, Sr. Turner, y cambia el asunto de su conversación, tocaré inmediatamente la campanilla.

—Oigame Vd., señora, y después toque Vd. la campanilla cuantas veces quiera. Si Vd. persiste en considerarse todavía la servidora confidencial de un hombre criminal que está huyendo de la justicia para salvar su vida, y si Vd. se opone á que la Srta. Alicia proceda según sus deseos, sepa Vd. que ella tiene edad suficiente para salir de esta casa cuando quiera, sin que tenga Vd. ni el poder ni la autoridad para impedirlo. Sin embargo, en vez de acudir á tal extremo, quiero preguntar á Vd.: ¿qué es lo que se propone Vd. hacer, teniendo en cuenta la carencia de recursos con que tropezará Vd. para dar un solo

paso? Vd. no puede encontrar á su padre para entregársela; y dado caso que Vd. pudiera hacerlo, ¿quién sería su mejor protector, él, un hombre que es el principal criminal ante los ojos de la justicia, ó yo, que solo he sido su cómplice por fuerza? Los agentes de policía le conocen personalmente; á mí no me conocen. Las autoridades han ofrecido un premio por su captura, mientras que por la mía no han ofrecido nada. Él carece de parientes ó amigos respetables y de influencia: yo tengo muchos. Todas las probabilidades están á mi favor, y por lo tanto yo soy, bajo todos conceptos, la persona más adecuada á quien confiar á Alicia. ¿No piensa Vd. lo mismo?

El ama de llaves no respondió inmediatamente. Me arrebató la botella de las manos, tomó un trago, y movió la cabeza, exclamando de una manera verdaderamente lamentable: "¡Mis nervios! ¡Mis pobres nervios! ¡Qué corazón de piedra debe Vd. de tener para tratar así á mis nervios!"

—Concédame Vd. un minuto más,—le dije. Me propongo llevar á Vd. y á Alicia mañana por la mañana á Escocia. No se queje Vd. Solamente hago ese viaje con el objeto de casarme, pues Vd. debe de saber, señora mía, que en Escocia, si

un hombre y una mujer se aceptan mutuamente como marido y mujer delante de un testigo, eso equivale á un casamiento legal; y semejante clase de boda es, como Vd. comprenderá, la única ceremonia segura para un hombre que se encuentra en mi situación. Si Vd. consiente en venir con nosotros á Escocia y servirnos de testigo en nuestro casamiento, yo le mostraré á Vd. mi agradecimiento, poniendo al instante en sus manos un billete de banco de cinco libras esterlinas.

—Mientras decía esto había tenido el cuidado de quitarle la botella de la manos y me dirigí al cuarto en que estaba Alicia. Me parece que la honrada dueña intentó seguirme, porque la oí que se levantaba de la silla. No lo hizo, sin embargo. Yo tenía la seguridad de que ella nos auxiliaría, si había conservado la cabeza bastante despejada para pensar en lo que le había propuesto. El viaje á Escocia era largo y fastidioso, y quizás arriesgado; pero no me quedaba otra alternativa que escoger.

En los tiempos en que pasa esta verídica historia no había en Inglaterra las facilidades que ahora existen para contraer matrimonio sin tantos requisitos é inconvenientes como entonces. Las molestías y los gastos que ocasionaba llevar

en nuestra compañía á la Sra. Baggs, los consideraba de indispensable necesidad, únicamente por consideración á Alicia, sobre todo en las circunstancias en que se encontraba después de lo acontecido á su padre. Eso mismo hacía que yo tuviese para con ella mayores miramientos y un mayor grado de delicadeza. El ama de llaves, á decir verdad, no tenía toda aquella templanza en el beber ni las costumbres irreprochables que debe poseer una persona á quien se confía el cuidado de una señorita; pero de todos modos era una compañera y de suma utilidad en la situación en que Alicia y yo nos encontrábamos.

En la puerta de la habitación de Aliciaví que mi reloj marcaba las nueve de la noche. ¡Las nueve, y nada se había hecho aun para facilitar nuestra fuga de Crickgelly á Escocia la mañana siguiente! Toqué ligeramente la puerta, y el sonido de la voz de Alicia, al decirme que entrara, era ya más firme y tranquilo. Me senté en el sofá á su lado y me pareció más confusa que asustada y admirada cuando le repetí los principales puntos de la conversación que acababa de tener con su ama de llaves.

—Ahora, hija mía,—le dije terminando,—yo no tengo la menor duda que la Sra. Baggs accederá á mis proposiciones. Lo único que falta es

que me des la respuesta que he estado esperando desde el último día que nos vimos á orillas del río. Entonces ignoraba la causa de tu silencio y de tus lágrimas. La conozco ahora, y después de conocerla te amo más que antes.

Ocultó de nuevo la cabeza en mi seno y murmuró unas cuantas palabras, pero en voz tan baja que apenas pude percibirlas.

—¿Sabías entonces acerca de tu padre más de lo que yo sabía?—le pregunté con voz casi imperceptible.

—Menos de lo que me has dicho ahora,—respondió con prontitud sin levantar la cabeza.

—¿Sabías sin embargo lo bastante para convencerte de que estaba violando las leyes, y para hacer que, como hija suya, retrocedieses ante la idea de decirme '*Sí,*' cuando estábamos á orillas del río?

No me respondió. Uno de sus brazos, que descansaba en mis hombros, lo pasó al rededor de mi cuello y lo estrechó suavemente.

Desde aquel día, continué, tu padre me ha comprometido. Estoy corriendo algún peligro, no mucho, en lo que toca á la ley. Todas mis esperanzas son muy dudosas; y no tengo razón ninguna para pedirte que las compartas, excepto que mi presente infortunio se debe á haber que-

rido descubrir el obstáculo que nos separaba. Si hay en el mundo quien te ofrezca una protección menos dudosa que la mía, nada tengo entonces que decir, y saldré de esta casa. Pero si no tienes otra protección, no creo que sea egoísmo de parte mía pedirte que unas tu suerte á mi suerte. Creo que si procedo con prudencia, no tendré mucha dificultad en escapar á mis perseguidores y encontrar un hogar seguro en otro país donde empiece de nuevo la carrera de mi vida con mayor vigor y fe más robusta. ¿Qué me respondes, Alicia? Tal vez he dicho demasiado, y en mi actual situación no tengo el derecho de hablarte como te hablo.

Su otro brazo me rodeó el cuello, apoyó su mejilla contra mi mejilla y dijo á media voz:

—Sé bueno conmigo, Francis. Tú eres la única persona que me ama en el mundo.

Sentí sus lágrimas correr por mi rostro; mis ojos también se humedecieron cuando traté de responderle. Quedamos sentados unos cuantos minutos en completo silencio, sin movernos, sin que otro pensamiento que el de la hora presente viniese á interrumpir lo que llenaba nuestras almas. El silbido del viento y el ruido de la lluvia que daba contra las ventanas me trajeron á la realidad de nuestra situación.

Me levanté de mi asiento y en unas cuantas palabras le dije á Alicia lo que me proponía hacer el día siguiente, y fijé la hora á que vendría á buscarla. Cuando agregué que la Sra. Baggs nos acompañaría hasta Escocia, el rostro de Alicia reveló cierta satisfacción involuntaria que comprendí perfectamente, y me alegré entonces de la idea de haber pedido á la buena ama de llaves que nos acompañara.

La otra dificultad que se presentaba era respecto á su padre. Este nunca había demostrado mucho cariño hacia su hija; y á la sazón, hasta dónde nos era dado presumir, se había separado de ella para siempre. Sin embargo, la conciencia instintiva de la posición en que ella se encontraba, la hacía vacilar hasta el último momento cuando se hablaba de su padre y pensaba en la naturaleza seria de la palabra de casamiento que nos habíamos dado. Logré al fin calmar sus escrúpulos, prometiéndole que dejaríamos en Crickgelly las señas del lugar á donde deberían enviar cualquier carta de su padre, caso de que llegase alguna. Cuando ví que esta esperanza de poder comunicarse con su padre, si éste le escribía ó deseaba verla, la había tranquilizado un tanto, me despedí de ella.

Era de la mayor importancia volver á la po-

sada y hacer los arreglos necesarios para nuestra partida la mañana siguiente, antes de que la gente aquella, de costumbres casi primitivas, se hubiese retirado á dormir.

Cuando pasé frente á la puerta de la habitación donde dejé á la honrada dueña, oí su voz que murmuraba "botella," "audacia" y "nervios." Le dije "Adiós hasta mañana"; y me respondió con una especie de gruñido. Abrí después la puerta de la calle y me dirigí á la posada en medio de las tinieblas de la lluvia.

Tal vez sería el ruido del agua que caía de los techos de las casas junto á las cuales pasaba, ó la alarma de mi temerosa fantasía, pero me pareció que alguien me seguía á mi regreso á la posada. Dos ó tres veces volví la cabeza de repente; pero la noche era tan obscura que si me hubiesen perseguido veinte hombres no los habría visto. Proseguí, pues, mi camino.

Cuando llegué á la posada aun estaba todo el mundo en pie. Envié á llamar al posadero para consultar con él acerca de los medios de transportación con que se podía contar. Tal vez fueron de nuevos los temores y sospechas de mi fantasía, pero me pareció que sus maneras habían cambiado, como si en parte me temiera, y en parte desconfiase de mí, sobre todo cuando le

pregunté si, durante mi ausencia, había habido noticia alguna de los dos caballeros de quienes me había informado al llegar á su puerta aquella noche. Me dijo que no, dirigiendo las miradas á otro lado mientras me hablaba. Creyendo prudente no dejarle comprender que había notado un cambio en él, le pregunté acerca de los medios de transporte y me dijo que podía alquilar un carricoche ligero en el cual tenía costumbre de ir al mercado á la población vecina. Fijé la hora de la partida al siguiente día y me retiré á mi cuarto.

No había que soñar en dormir. Los pensamientos que me ocupaban eran muchos y de diversa naturaleza. El bribón de Tornillo y el agente de policía me llenaban de ansiedad. ¿Quién podría ser el hombre que quiso ver á Alicia? Mis dudas se extendían aun al mismo posadero. Jamás en mi vida había sabido lo que era padecer á consecuencia de dudas é incertidumbres hasta aquella noche memorable.

Cualesquiera que hubieran sido mis temores, ninguno se realizó la mañana siguiente. Nadie me siguió á la morada de Alicia, y nadie se había vuelto á presentar allí después de mi partida. Encontré á Alicia toda llena de sonrojo y á la Sra. Baggs dándose todos los aires de la

mayor dignidad y reserva. Después de notificarme con una altiva mirada que estaba dispuesta á acompañarme á Escocia y á recibir mi billete de banco de cinco libras esterlinas, se retiró para empaquetar sus efectos. El tiempo que se empleó en esto y otras menudencias nos detuvo hasta el medio día, hora en que estuvimos ya listos para entrar en el carricoche alquilado.

Cuando partimos miré con cierta ansiedad detrás de mí, operación que repetí varias veces en el camino, pero nada ví que excitara mis sospechas. Al arreglar el asunto con el posadero la noche anterior, habíamos convenido que me llevara á la población inmediata donde pudiera obtenerse una silla de posta. Según mis cálculos el dinero que tenía me duraría hasta llegar á Escocia, incluyendo todos los gastos. Después podría contar con mi reloj, mi cadena, sortijas, alfiler de camisa, y en último recurso con mi cuñado Batterbury para llenar mi bolsa vacía. Mi ansiedad era por otras cosas; el asunto del dinero, una vez que me encontrara yo en salvo con Alicia, no me preocupaba lo más mínimo.

CAPÍTULO XV.

Recorrimos treinta y cinco millas y nos detuvimos para descansar dos horas y esperar una diligencia que fuera hacia el Norte durante la noche.

Al entrar en este vehículo tuvimos la fortuna de encontrar asientos en el interior. La Sra. Baggs se ató un pañuelo al rededor de la cabeza á manera de turbante, é inmediatamente se durmió. Esto nos dió á Alicia y á mí la oportunidad de hablar en completa libertad. Nuestra conversación fué en su mayor parte de una naturaleza que no tendrá interés alguno para un tercero. Sin embargo, una parte, aunque reducida, ejerció una iufluencia notable en el resto de mi vida, y por lo tanto la mencionaré.

Habíamos mudado de caballos por cuarta vez, nos habíamos sentado cómodamente en nuestros asientos, y habíamos visto á la Sra. Baggs resumir su ocupación grata de dormir y roncar, cuando Alicia me dijo:

—Yo no debo tener secretos para tí, Francis, ¿no es así?

—Tú puedes guardar los secretos que quieras, hacer lo que quieras y decir todo lo que quieras. Tú nunca debes pedirme permiso para nada, sino concedérmelo.

—¿Me dirás siempre lo mismo, Francis?

No le contesté con palabras, pero la conversación sufrió una interrupción momentánea cuya naturaleza dejo presumir á las almas tiernas y sensibles, que son para quienes escribo.

—Mi secreto no debe alarmarte,—prosiguió Alicia con un acento que me parecía impregnado de tristeza;—se trata solamente de una cajita de cartón que puedo llevar oculta en el seno de mi vestido. Pero hay allí tres diamantes y un hermoso rubí. ¿Creíste alguna vez que yo podría tener objetos de tanto valor? ¿Quieres que te los dé para que los guardes?

Al instante recordé lo que Lima Vieja me había referido acerca de la fuga de la Sra. Dulcifer y de las joyas que tenía. Era fácil de adivinar que la pobre señora había conservado en secreto algunas de sus joyas en beneficio de su hija.

—Al presente no tengo necesidad de dinero, mi querida Alicia, le dije, conserva la cajita donde está.

Aquí me detuve sin decir una palabra acerca de lo que realmente era el pensamiento más fijo en mi mente. Si algo imprevisto me hacía caer en las garras de la justicia, no quería sufrir el doble tormento de separarme de mi esposa para ir á la cárcel y dejarla sin recursos ningunos.

Pasó la noche, amaneció, y el día nos halló despiertos. El sol brilló y la honrada ama de llaves cesó de roncar, á tiempo que llegábamos á un paradero antes de nuestro destino final.

Salí de la diligencia con objeto de traer una taza de té á mis compañeras de viaje, y dí un vistazo á los pasajeros que iban en la imperial de la diligencia. Uno de ellos me dirigió una mirada. Parecía un campesino y tenía uno de los ojos cubierto con un parche verde. Algo en la expresión del ojo que no estaba cubierto me hizo detener, reflexionar, alejarme con cierta inquietud, y volver á mirarle de soslayo. Entonces un escalofrío me corrió por todo el cuerpo, sentí que me flaqueaban las piernas y estuve á punto de desmayarme. ¡El campesino disfrazado era el agente de policía que había visto en compañía de Tornillo!

Permanecí alejado del coche hasta que estuvo á punto de partir, pues temía que Alicia me viera el rostro después del descubrimiento que había

hecho. Notó, sin embargo, mi palidez cuando me senté á su lado. La atribuí á las fatigas y emociones del viaje, é insistí con dulzura en que tratara de dormir un poco después de haber pasado toda la noche en vela. Se reclinó en un rincón de la diligencia. La Sra. Baggs, que había echado en su taza de té un poco de brandy, se quedó dormida de nuevo. Me quedaba una hora para pensar en lo que había de hacer.

Tornillo no iba en compañía del polizonte. Me debía de haber identificado de algún modo, y el funcionario público sin duda me conocía ya personalmente lo bastante para seguirme y apresarme sin su auxilio. No me quedaba tampoco duda alguna de ser yo el hombre á quien perseguía, y su puesto en la imperial de la diligencia me lo probaba ampliamente.

Pero ¿porqué no se había apoderado de mí? Probablemente porque tenía alguna idea ulterior que mi prisión inmediata habría trastornado. Después de mucho meditar me parece que dí con el propósito que le había movido á no molestarme por lo pronto. Más difícil me fué resolver lo que yo debía hacer cuando llegásemos á nuestro destino. Escaparme teniendo dos mujeres á mi cargo, era simplemente imposible. Tratarle como había tratado á Tornillo en la casa de los

ladrillos rojos, era también asunto en que no había que pensar, porque de seguro que se guardaría muy bien de habérselas conmigo sin auxilio de otros. El único plan que se me ofreció, y que presentaba algunas garantías de seguridad, era mantenerle en la ignorancia del objeto verdadero de mi viaje y de este modo demorar que se me descubriese y me hiciera su prisionero. Así, pues, determiné hacer que se supiera que el punto objetivo de mi viaje era Edimburgo.

Tal fué lo que resolví tras largo meditar.

Dar una idea del estado de perturbación en que se encontraban mis facultades intelectuales cuando adopté este plan, es algo que raya en lo imposible. Lo único en que no vacilaba era en mi resolución irrevocable de casarme con Alicia, tan pronto como se presentase la oportunidad; es decir, en la primer posada en que parásemos una vez atravesada la frontera de Escocia. Formaba parte de mi plan alquilar un silla de posta; hacer que entraran en ella Alicia y el ama de llaves, sentarme yo atrás de la silla y fiarme de mi audacia y mi ingenio para chasquear al agente de policía.

Ahora que escribo estos recuerdos de mi juventud, después de tantos años, se me presenta ese plan como lo más descabellado y absurdo

que pueda imaginarse; pero en el estado en que se encontraba en aquella época mi cerebro, me parecía de facilísima realización y no abrigaba la menor duda acerca de sus resultados.

Al llegar á la población en que la diligencia cesaba su viaje, nos vimos obligados á alquilar un carruaje que nos condujera una corta distancia hasta el lugar donde nos esperaba otra diligencia en que deberíamos continuar nuestro camino. De nuevo me senté dentro con mis compañeras, y de nuevo en la primer parada que hicimos, ví sentado en el tope del vehículo á mi agente de policía disfrazado de campesino, con un parche verde en el ojo izquierdo. En todos los vehículos en que entramos durante nuestra jornada hacia Escocia, siempre le ví acompañándonos. Nunca intentó hablarme, nunca pareció que se había fijado en mí, pero nunca tampoco me perdió de vista.

Seguimos nuestro camino que me parecía interminable; y siempre con la terrible espada de la justicia pendiente sobre mi cabeza. Mi rostro inquieto, mis manos febriles, mis maneras confusas, mi inexplicable impaciencia, todo contradecía las excusas con que trataba continuamente de calmar los crecientes temores de Alicia y las sospechas del ama de llaves.

—¡ Oh, Francis, Francis, algo ha acontecido. Dímelo por vida tuya!

—Sr. Turner, yo puedo ver más lejos de lo que muchas personas imaginan. Vd. está siguiendo el mal ejemplo del Doctor en su falta de confianza en mí.

Estas eran las palabras que Alicia y su ama de llaves no cesaban de repetirme.

Atravesamos al fin la frontera de Escocia, y aun era un hombre libre. Llegamos á una población pequeña y paramos en una posada de mala muerte.

—¿ Estamos en Escocia?—pregunté á la sirvienta que nos recibió.

—Sí, señor, replicó. ¿ Qué desea Vd.?

—Un cuarto, algo que comer cuanto antes, y después una silla de posta que nos lleve al punto más cerca donde haya diligencias para Edimburgo.—Dando estas órdenes á la carrera, me dirigí con mis compañeras de viaje á la habitación que nos habían destinado. Cerré la puerta con llave y tomando á Alicia por la mano, le dije al ama de llaves :

—Ahora, Sra. Baggs, sea Vd. testigo. . . .

—¡ Cómo! Supongo que Vd. no se va á casar aquí, ahora mismo!—exclamó el ama de llaves llena de indignación.—¡ Qué sea testigo! ¡ Vaya

una idea! No seré testigo hasta que no me haya quitado la gorra de viaje y arreglado los cabellos!

—La ceremonia no durará un minuto,—le respondí,—y tan pronto como termine, le daré á Vd. el billete de cinco libras esterlinas y abriré la puerta del cuarto. Sea Vd. testigo, continué pronunciando la palabras sacramentales, de que tomo á esta mujer, Alicia Dulcifer, por legítima y legal esposa mía.

—En buena y mala salud ó en buena y mala fortuna,—agregó la Sra. Baggs que al papel de testigo quiso unir el de oficiante.

—Mi querida Alicia,—dije interrumpiendo á mi vez al ama de llaves,—repite mis palabras. Dí: "Yo tomo á este hombre, Francis Turner, por mi legítimo y legal esposo."

Alicia, repitió mis palabras con rostro en extremo pálido, y con las manos trémulas y frías entre las mías.

—Para bien, ó para mal,—continuó la indomable Sra. Baggs. Temo que habrá muy poco de lo primero y Dios sabe cuánto de lo segundo, agregó por vía de comentario.

Interrumpí de nuevo á nuestro testigo, le puse el billete de banco de cinco libras esterlinas en la mano y abrí la puerta. "Ahora," le dije,

puede Vd. ir á su cuarto, quitarse la gorra de viaje y arreglarse los cabellos cuánto quiera."

La Sra. Baggs alzó ojos y manos al cielo exclamando: "¡Qué vergüenza!" y salió furiosa de la habitación.

Tal fué ni más ni menos mi casamiento escocés con Alicia; una ceremonia tan legal que consagraba nuestra unión con tanta fuerza y de una manera tan indisoluble como si se hubiese celebrado en la primer iglesia de Inglaterra delante de un millar de testigos. Tal era la ley que regía en Escocia.

Pasó una hora y no había podido aun resolverme á comunicar á Alicia mi verdadera situación. La entrada de la sirvienta que vino á poner la mesa, seguida de la Sra. Baggs que siempre estaba presente cuando se trataba de comer ó de beber, me fueron de gran auxilio. Resolví salir unos momentos para reconocer el terreno, y ver qué esperanzas había de huirme ú ocultarme en la posada. No me quedaba duda de que el agente de policía se encontraba al acecho por ahí; pero, como era natural, habría oído ó se habría informado de las órdenes que dí respecto al vehículo que me llevase á Edimburgo; y en este caso no estaba ahora en más peligro de que se me declarase quién era y me

redujera á prisión que antes de mi llegada á Escocia.

—Voy á ver en que estado se encuentra el asunto de la silla de posta,—le dije á Alicia. Ella me dirigió una mirada llena de ansiedad y de temor. ¿Pudo acaso leer en mi rostro el objeto verdadero que me hacía salir? De todos modos dejé el cuarto precipitadamente para no darle tiempo á que me hiciera pregunta alguna.

La posada se encontraba en el centro de la calle principal de la población. Lo que era por el frente no había esperanzas de podernos escapar. No ví por allí al agente de policía ni señal alguna que me lo indicase. Me dirigí, pues, a inspeccionar el fondo de la posada, atravesando el patio de la manera más inocente y sencilla. Ví una puerta medio abierta, al través de la cual se distinguían algunas casas esparcidas acá y allá; más lejos un pradillo cubierto de hierbas, algunas casuchas campestres y luego un marjal abundante en brezos. Todo ello muy bueno para escaparse, pero de ningún valor para esconderse.

Volví desconsolado á la posada, y me dirigía á mi cuarto, cuando de repente oí pisadas detrás de mí; vuelvo la cabeza, y veo al agente policía (vestido en su traje ordinario), que acompañado de dos hombres más me cerraba el paso.

—Siento mucho impedir que prosiga Vd. su viaje á Edimburgo, Sr. Turner; pero hace Vd. falta en Barkingham,—me dijo el polizonte. He descubierto el objeto de ese viaje, y lo reduzco á Vd. á prisión como miembro de la cofradía de monederos falsos. Tome Vd. las cosas con calma, caballero; tengo quienes me auxilien, y no creo que le será fácil acogotar á tres hombres, cualesquiera que hayan sido las hazañas de Vd. en Barkingham, cuando se las hubo con un hombre solo.

Mientras me estaba hablando me puso un par de esposas en las manos. La resistencia era inútil é insensata. Lo único que pude hacer fué apelar á su bondad en beneficio de Alicia.

—Déme Vd. diez minutos, le dije, para comunicar á mi esposa lo acontecido. Hace una hora que nos casamos. Si sabe esto de repente, puede ocasionarle la muerte.

—Vd. me ha hecho dar bastantes carreras,—dijo el funcionario de policía con mal humor,—pero cuando hay mujeres de por medio nunca he sido muy duro. Suba Vd. á su cuarto, y deje Vd. la puerta abierta de modo que pueda verle á Vd. si lo deseo. Sostenga Vd. el sombrero sobre la puños si no quiere Vd. que se vean las esposas.

Subí las escaleras y parecía que el corazón se

me quería salir por la boca, como se dice vulgarmente. Me detuve mudo, atónito, al ver á Alicia de pie en el descanso de la escalera. La rápida ojeada que le dí me hizo ver que había oído cuanto había pasado. Levantó el sombrero con el que trataba de ocultar las esposas, y me estrechó en sus brazos con tan repentina y desesperada energía que casi me lastimó.

—Yo abrigaba temores, Francis, me dijo. Te seguí unos cuantos pasos. Me detuve aquí, y he oído todo. No permitas que nos separen. Tengo más fortaleza de la que piensas. Ni me asustaré, ni lloraré, ni molestaré á nadie, si ese hombre me permite que te acompañe.

El polizonte se mostró inflexible en no quitarme las esposas de las manos, é insistió en llevarme inmediatamente, sin pérdida de tiempo, á Barkingham ; pero consintió en lo demás. Cuando viajábamos en carruaje privado, no había reparo en que Alicia y el ama de llaves me acompañaran. Cuando entrábamos en una diligencia, no había tampoco inconveniente en que las dos mujeres entraran en ella.

Dí á Alicia mi reloj, mis sortijas, mi última moneda, aconsejándola que bajo ningún pretexto dejase ver á nadie la cajita de sus joyas hasta que pudiésemos hallar el medio más adecuado de

convertirlas en dinero. Oyó estas y otras instrucciones con una calma que verdaderamente me sorprendió.

—No dirás, amado mío, que tu esposa ha contribuído con una mirada ó una palabra á hacer más penosa tu posición presente,—me dijo cuando salimos de la posada.

Y cumplió su promesa al pie de la letra durante el tiempo que duró nuestro viaje forzado á Barkingham. Solo una vez la ví perder su calma y su paciencia, y fué cuando la Sra. Baggs, no bien emprendimos nuestra jornada de regreso, y considerándose, no sé porqué, gravemente ofendida por mí con motivo de mi desgracia, me reprendió por mi falta de confianza en ella, y declaró que á eso se debía la situación en que entonces me encontraba. No bien hubo proferido estas palabras, cuando Alicia se dirigió á ella con una mirada y un tono de voz que la redujeron inmediatamente al silencio:

—Si Vd. pronuncia una sílaba más sobre este particular, ó dice algo que sea desagradable á mi marido, seguirá Vd. su camino sola.

Las palabras no parecerán de mucha importancia á los otros; pero, al oirlas yo, justificaron cuántos sacrificios había hecho para obtener la mano y el cariño de aquella mujer.

CAPÍTULO XVI.

Durante el viaje forzado á Barkingham recibí de mi captor algunas explicaciones de su conducta respecto á mí, conducta que me había parecido incomprensible.

Empezaré por decir que lo primero que hicieron los funcionarios de policía al salir del cuarto donde los dejó encerrados el Doctor, fué hacer un registro escrupuloso de los papeles del mismo en su estudio y dormitorio. Entre otros documentos que no tuvo tiempo de destruir, hallaron una carta de Alicia. Viendo por los que trataron de perseguir al Doctor, que éste les había tomado tal delantera que alejaba toda esperanza de alcanzarle, y no teniendo la menor idea de la dirección que llevaba, se vieron obligados á darle caza en varios lugares.

La carta de Alicia á su padre daba las señas de la casa en Crickgelly, y allí se dirigió el agente de policía, con la esperanza de interceptar ó descubrir cualquiera comunicación que el Doctor

pudiera tener con su hija. El funcionario público hizo que le acompañara Tornillo para identificar á Alicia. Después de dejar, antes de llegar á Crickgelly, el vehículo que habían tomado, fueron á pie á la población para no despertar sospechas, caso de que el Doctor estuviese oculto en las cercanías. El agente de policía había tratado, inútilmente, de visitar á Alicia. Después que le negaron la admisión, se puso con Tornillo á vigilar la casa, y me vieron acercarme al No. 2 en la plaza Zión. Sus sospechas se despertaron al punto.

Hasta entonces Tornillo ni me había reconocido ni aun siquiera visto; pero inmediatamente me identificó por la voz, mientras yo estaba hablando con la estúpida criada en la puerta de la casa. El agente de policía, al enterarse de quién era yo, dedujo que yo era también el medio de comunicación entre el padre y su hija; sobre todo al ver que me habían admitido inmediatamente, después que alguien había hablado en el interior de la casa.

Dejando á Tornillo de guardia, se fué á la posada, llamó al posadero, le dijo quién era, y le pidió que se informara del día en que yo pensaba salir de Crickgelly y de la dirección que intentaba tornar. Al saber que iba á partir el día

siguiente con Alicia y la Sra. Baggs, sospechó inmediatamente que se me había confiado la comisión de llevar á la hija al lugar donde su padre estaba escondido, ó á sus cercanías, y por esta razón se abstuvo de interrumpir prematuramente mis movimientos. Sabiendo ya á dónde me dirigía, me había seguido en su disfraz de campesino, dejando á Tornillo en Crickgelly de guardia, para el caso de alguna mistificación ó equivocación.

La posibilidad de que me fugara con Alicia, se le había ocurrido ; pero la desechó por imposible al ver al ama de llaves en nuestra compañía y al saber que me dirigía á Edimburgo. Confesó que estaba dispuesto á seguirnos á dicha ciudad y hasta al continente, si de este modo había esperanza alguna de dar con el Doctor ; pero desistió al enterarse de nuestro casamiento en la habitación de la posada. Una de las criadas, al ver cerrar la puerta, se puso á espiarnos por el ojo de la llave y á escuchar lo que se hablaba. El agente de policía, que no me había perdido un momento de vista, consiguió por medio de hábiles preguntas que la criada le diera cuenta de todo lo que había oído y visto.

Transcurrió media hora antes de que pudiera encontrar dos personas más que le auxiliaran en

caso de que yo quisiera oponer resistencia, ó tratara de fugarme, y á esto se debe la hora de respiro que disfruté y me fué tan útil para dejar arreglados todos mis asuntos con Alicia. Al llegar á Barkingham, me condujeron inmediatamente á la cárcel.

Alicia, por consejo mío, alquiló una habitación modesta en un suburbio de Barkingham. Mientras su padre vivió en la casa de ladrillos rojos, apenas la vieron en la población, y nadie la conocía en el suburbio. Convinimos en que me visitaría cuantas veces se lo permitieran las autoridades. No tenía compañera alguna, ni la deseaba. El ama de llaves no pudo perdonarle la lección recibida al comenzar nuestro viaje de regreso, y se separó de nosotros cuando llegamos á Barkingham. Su despedida fué patética, y trató de conservar cierto aire de dignidad. Informó á Alicia, bondadosamente, que la deseaba todo el bien posible, aunque no podía en conciencia considerarla una mujer legítimamente casada ; y me suplicó (en caso de que se me pusiera en libertad) que la primera vez que encontrase á una persona que fuese buena para conmigo, procurara enmendar mis pasadas faltas y que tuviera en mi próxima bienhechora más confianza de la que había tenido en ella.

Lo primero que hice una vez de instalado en la cárcel fué escribir á mi cuñado Batterbury.

En esta ocasión había motivos sobrados para dirigirme á mi cuñado. Aunque yo creía, y hasta había persuadido á Alicia, de que no me quedaba duda que usarían clemencia conmigo, no por eso era menos cierto que se me acusaba de un delito que en aquellos tiempos se castigaba con la pena de muerte. En la carta á mi cuñado dejé entrever delicadamente cuál era mi situación verdadera, y le hice ver que las consabidas tres mil libras esterlinas corrían grave peligro de no ir á manos de mi hermana, pues mi vida estaba amenazada por la justicia, y Lady Mortimer gozaba de excelente salud según se me había informado.

Mientras esperaba tranquilamente su contestación, y cuando Alicia no estaba á mi lado en la cárcel, eran muy variados los asuntos que me ocupaban. Allí se encontraba también mi compañero de oficio, el artesano Fuelle (el primer miembro de la cofradía vendido por Tornillo), con quien podía hablar; y allí estaba también cierto preso que había sido deportado á Australia y me comunicó muchos y muy interesantes particulares y noticias respecto á la vida que llevaban los reos conducidos á aquella lejana colo-

nia. Conversé largo y tendido con este hombre, porque preveía que su experiencia y conocimiento de aquellas apartadas regiones me podrían ser quizás de mucha utilidad.

La respuesta de mi cuñado fué corta, puntual y al grano. Mi carta había dado al traste con su sistema nervioso, pero al mismo tiempo agregaba que había estimulado su afecto á mi familia y que sus sentimientos cristianos le hacían contemplar con piedad mis errores. Había hablado al jurisconsulto más notable del distrito para que defendiese mi causa, y habría venido á verme inmediatamente á no ser por su esposa, mi querida hermana, que le suplicada que no expusiera sus nervios á tal prueba. Respecto á mi abuela, nada me decía en la carta; pero después descubrí que á la sazón se encontraba en un lugar de temporada, muy de moda, bebiendo aguas minerales, jugando al whist y gozando de excelente salud.

Aunque parezca una paradoja, casi estoy por afirmar que la sociedad en general manifiesta siempre una gran indulgencia hacia un perillán.

Por ejemplo, á mi padre, jamás se le demostró la mitad del interés y atenciones de que yo había sido objeto desde que se me alojó en la cárcel de Barkingham. Nadie procuró jamás el

autógrafo de mi padre; en cambio, docenas de individuos solicitaron el mío. Á nadie se le ocurrió jamás adornar un periódico con el retrato de mi padre, ni describir su persona y sus maneras y modo de ser, en las columnas del mismo, y yo gocé de todas estas distinciones. Tres funcionarios públicos vinieron á suplicarme atentamente que, en caso de que yo no gozara en mi nueva morada de todas las comodidades posibles, les diera aviso; nadie se ocupó jamás en saber si mi padre gozaba ó nó de comodidades en su morada. Cuando llegó el día de verse mi causa, la sala del tribunal estaba llena de bellas campesinas que padecieron con paciencia toda clase de molestías é incomodidades, antes de privarse del placer de ver qué figura tenía el perillán y qué diría y cómo se comportaría. Cuando mi padre daba algunas de sus conferencias científicas tituladas: "Consejos á las madres de familia y á las jóvenes solteras sobre las consecuencias del uso del corsé, &,"—la sala de conferencias estaba enteramente vacía y mi docto padre tenía que retirarse con su manuscrito bajo el brazo sin haber leído una sola línea.

Si de todo lo anterior se deducen consecuencias no muy favorable á nuestra moderna sociedad, no es culpa mía; pero es la realidad, y como

tal la presento, sin detenerme en hacer explicaciones más ó menos transcendentales.

La defensa de mi abogado se basó en la simple verdad. Era imposible negar los hechos y las pruebas aducidas en contra mía; por lo tanto mi abogado confesó sin rodeos y ambajes que la causa de todo era mi amor invencible á Alicia, la hija del Doctor Dulcifer, y sacó todo el partido posible de esta circunstancia, haciendo una relación en extremo sentimental. Al fin mi abogado empezó á derramar lágrimas; el contagio fué general: las mujeres lloraron; el jurado lloró; el juez lloró; y mi cuñado Batterbury, que había venido lleno de desesperación á oir mi sentencia, preparado para lo peor, sollozó con tanta vehemencia, que hasta hoy creo que influyó notablemente en el veredicto del jurado. Fuí recomendado á la clemencia del juez, quien me condenó á catorce años de deportación á Australia. El desgraciado compañero que llamábamos Fuelle fué condenado á la pena capital.

EPÍLOGO.

Con mi sentencia de deportación termina mi vida de perillán y comienza mi existencia de hombre serio y respetable.

Lo que primero me ocupó fué el porvenir de mi joven esposa.

Mi cuñado Batterbury no me dió oportunidad alguna de pedirle sus consejos sobre el particular. No bien oyó pronunciar mi sentencia, se retiró del Tribunal sin dirigirme siquiera una mirada, en un estado de lamentable postración nerviosa, y el día siguiente partió para Londres. Sospecho que temía avistarse conmigo, y además debía de estar impaciente por comunicar á su querida esposa, mi afectuosa hermana, la noticia de que había salvado de nuevo el legado de las tres mil libras esterlinas mediante un gran sacrificio.

Mis padres, á quienes había escrito sobre el asunto de Alicia, no me fueron de mayor beneficio que mi cuñado. Mi padre, al contestarme

la carta, me dijo que creía en conciencia haber hecho bastante con perdonarme mi falta de aprovechamiento de la buena educación que me había dado, habiendo además deshonrado yo con mi conducta un apellido respetable. Agregó que había interceptado la carta dirigida á mi madre, por consideración al mal estado de su salud, y para evitarle un nuevo pesar, y concluyó diciéndome que la esposa de un hijo como yo, no tenía derecho alguno á la protección de su suegro.

No había, pues, esperanza ninguna de que los miembros de mi familia tendieran una mano generosa y auxiliaran á Alicia.

Lo que yo tenía que hacer era ver si descubría las medios de proporcionarla algunos recursos sin la ayuda de mi familia. Para esto había formado un proyecto, después de meditar en lo aprendido en las largas conversaciones habidas con el deportado que conocí en la cárcel de Barkingham, y me parecía que obtendría buen éxito en mi empresa.

Alicia se manifestó tan decidida en ayudarme en mi experimento, que declaró que preferiría morir ántes de abandonarlo. Por lo tanto, se arreglaron los preliminares necesarios, y cuando llegó la hora de separarnos, nuestro dolor tuvo

cierto consuelo con la idea de que no tardaríamos mucho en reunirnos. Alicia debía irse á vivir á Londres con un pariente de su madre, con quien se pondría de acuerdo para realizar sus joyas de la manera más provechosa, después de lo cual seguiría á su marido á Australia, bajo un nombre supuesto, al cabo de seis meses.

Si mi familia no me hubiera abandonado, no me habría visto forzado á adoptar esta determinación. Pero no me quedaba otro remedio. Una cosa me servía de consuelo: Alicia no corría ya el peligro de ser perseguida por su padre. Una carta del Doctor, llegada á Crickgelly, había sido remitida al lugar designado por mí antes de partir de aquella población. La carta estaba fechada en Hamburgo, y en ella le decía á su hija que permaneciera en Crickgelly y esperase nuevas instrucciones, y dinero, tan pronto como arreglase ciertos importantes asuntos que le habían llevado al extranjero. Alicia le contestó dándole noticias de su casamiento, y las señas del lugar donde podía dirigir sus cartas, y de ahí no pasó el asunto.

¿Qué es lo que por mi parte debía yo hacer? Por lo pronto tratar de adquirir la reputación de buena conducta en mi nueva posición de deportado criminal. Desde los primeros días de mi

viaje en el buque en que íbamos unas cuantas docenas de deportados de toda clase, comencé á hacer todo lo posible para alcanzar, como quien dice, un certificado de buena conducta; así es que cuando llegamos á la colonia penal desembarqué con la reputación de ser uno de los más dóciles y tranquilos de los reos convictos.

Después de haberme empleado en los trabajos más comunes de presidiario tales como composición de caminos y cosas por el estilo, se me dedicó á ocupaciones más en armonía con la educación que había recibido. Pero en todas las circunstancias, y trabajare en lo que trabajare, siempre traté de hacerme agradable á todos. Mi reputación de compañero jovial, complaciente y entretenido, empezó á establecerse grado por grado y á elevarme á igual altura, en esta extremidad del mundo, á la que tenía en la extremidad opuesta. Los meses pasaron con mayor rapidez de lo que yo esperaba. Al cabo del primer año de mi deportación, se empezó á susurrar que pronto se me destinaría al servicio privado. Este era uno de los fines por cuya consecución había trabajado más; pero lo que me infundía singular aliento era la próxima venida de Alicia.

Llegó un mes más tarde de lo que yo había calculado, sana y salva, y bella como nunca, con

quinientas libras esterlinas* en el bolsillo, producto de jus joyas, y con el antiguo nombre que usaba en Crickgelly (sólo que en vez de señorita se llamaba ahora Señora Giles), para alejar toda sospecha de que nos conociéramos.

Según convinimos antes de que yo saliese de Inglaterra, se presentó como una señora viuda que había venido á fijarse en Australia para ver el modo más provechoso de emplear lo poco que tenía. Una de las primeras cosas que deseaba la Sra. Giles era naturalmente un sirviente digno de toda confianza, y se le concedió el privilegio de que ella misma escogiese entre los deportados que gozasen de mejor reputación. Siendo yo uno de los de este honroso número, es casi innecesario agregar que fuí el afortunado en quien recayó la elección de la Sra. Giles. De consiguiente, el primer destino que conseguí en Australia fué el de sirviente de mi propia esposa.

Alicia fué una ama muy indulgente.

Si hubiese estado dotada de un natural perverso, habría podido, dirigiéndose á un magistrado, hacer que me azotasen ó pusieran con un grillete á trabajar en los caminos, cuando me mostraba perezoso ó me insubordinaba, lo que

* Unos 2,500 duros.

aconteció más de una vez. Pero en lugar de quejarse, la bondadosa criatura besaba al sirviente y se ocupaba mucho con él después que el trabajo del día había terminado. Eso sí, no le permitía trato con ninguna compañera joven y sólo empleaba en el servicio de la casa á una mujer vieja y fea al mismo tiempo. El sirviente masculino era llamado Francis á secas delante de los demás, y "mi amado Francis," cuando estaban á solas. Cuando la joven viuda rehusaba ofertas de matrimonio (que era con no poca frecuencia), el doméstico favorito era informado de lo que pasaba.

Para no extenderme en este período anómalo de mi existencia, diré brevemente que mi nueva posición junto á mi esposa era muy conveniente para manejar en secreto, con provecho, el pequeño capital de que ella podía disponer.

Empezamos con una excelente especulación en ganado, comprándolo en sumas insignificantes y vendiéndolo con una ganancia casi fabulosa. Con el producto, comenzamos á especular en casas, primero comprándolas poco á poco, y luego fabricándolas, alquilándolas y vendiéndolas con grandes utilidades.

Mientras estas especulaciones progresaban, mi conducta al servicio de mi esposa fué tan ejem-

plar, y ella dió tan buenos informes acerca de mi persona, cuando se hicieron las investigaciones oficiales de costumbre, que pronto obtuve otros favores de parte de las autoridades. Por este tiempo conseguí también un perdón condicional, lo que me permitía viajar por donde quisiera en Australia y comerciar en mi propio nombre como cualquiera otro ciudadano. El número de nuestras casas se había aumentado mucho, nuestras tierras se habían vendido á muy buenos precios para edificios públicos, y teníamos acciones en un banco que nos producían una bonita entrada anual.

Ya no había necesidad de conservar por más tiempo la máscara.

Tuve que repetir la supérflua ceremonia de un segundo casamiento con Alicia: compré almacenes en la ciudad, edifiqué una bonita casa de campo, donde en la actualidad estoy escribiendo esta autobiografía, siendo un comerciante rico, próspero, altamente respetado, á pesar de que aún faltan dos años para que se cumplan los catorce de mi deportación. Tengo un carruaje, dos caballos hermosos, un cochero, un paje con librea, tres niños encantadores, una aya francesa, y dos criadas para mi esposa. Esta es tan hermosa como siempre, aunque está engordando un

poco. Lo mismo me sucede á mí, como lo notó un amigo mío días pasados.

¿Qué dirían mis parientes y los amigos que tengo en Inglaterra si pudieran verme en mi posición actual?

De vez en cuando, y por diferentes conductos, he tenido noticias de ellos. Lady Mortimer, después de vivir hasta cerca de cien años, á pesar de diversos y variados accidentes, falleció tranquilamente una tarde sentada en su sillón, con un plato vacío delante de ella, y sin que hubiese ocurrido nada que hiciera presumir un fin tan repentino.

Mi cuñado, que había sacrificado tanto para que las consabidas tres mil libras esterlinas fuesen á parar á mi hermana, no tuvo provecho alguno de esa herencia tan anhelada. Los disgustos y querellas con mi amable hermana, que comenzaron cuando su marido empezó á servirme, por su propio interés, terminaron con la separación legal de ambos cónyuges. Esto vino á aumentar el mal humor de mi cuñado, pues lejos de aprovechar un real de la herencia famosa, tuvo que pasarle anualmente, en calidad de alimentos, algunos centenares de libras esterlinas. No es extraño, pues, que siempre que se mencionara mi nombre, hiciera el Sr. Batterbury

uso de una fuerte imprecación, deseando al mismo tiempo que la fiebre amarilla hubiera dado cuenta de él antes de haber tropezado con la familia Turner.

Mi padre se retiró del ejercicio de su profesión y en compañía de mi madre se fué á vivir al campo, cerca de la morada del único marqués que conocía real y personalmente, quien le invitaba á comer una vez al año, y enviaba una tarjeta de despedida á mi madre cuando regresaba á Londres. En el comedor había un retrato de cuerpo entero de Lady Mortimer. De modo que mis padres vivían tranquilos y contentos los últimos años de su vida, de lo cual recibí verdaderamente gran satisfacción.

La última vez que tuve noticias del Doctor Dulcifer se me dijo que estaba en los Estados Unidos donde publicaba un periódico. Lima Vieja, que le había acompañado en su fuga, era el editor del periódico. Lima Nueva volvió de nuevo á dedicarse á la fabricación de moneda falsa en Londres; cayó en manos de la justicia y subió las gradas del patíbulo donde, como ya he dicho, le había precedido Fuelle. En cuánto á Tornillo, se había dedicado al remunerativo oficio de espía y delator.

Esto es lo que tengo que decir de mis parien-

tes y asociados. En cuanto á mí, podría aun escribir largo y tendido; pero teniendo á la vista el titulo de "La vida de un perillán," ¿cómo se podrá esperar, ahora que soy rico, casado, y que gozo de una excelente reputación, que comunique ulteriores detalles autobiográficos á lectores inteligentes y sensatos? He cesado de ser una persona interesante, soy un hombre respetable, como Vds., y por lo tanto ya es tiempo de decir: "Adiós."

FIN.

NOVELAS PUBLICADAS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

SERIE DE Á 50 CENTAVOS.

1. **Misterio * * *** ....Por H. CONWAY.
2. **La Casa en el Desierto**............Por MAYNE REID.
3. **La Isla del Tesoro**...........Por R. L. STEVENSON.
4. **La Casa del Pantano**...............Por F. WARDEN.
5. **Las Minas del Rey Salomón**.....Por H. R. HAGGARD.
6. **Su Cara Mitad**.......................Por F. BARRETT.
7. **El Ídolo Caido**.......................Por F. ANSTEY.
8. **Cuentos en el Mar**...Por VARIOS AUTORES FAMOSOS.
9. **La Novia del Marinero**..........Por W. C. RUSSELL.
10. **Juana Eyre**................Por CARLOTA BRONTÉ.
11. **Dora**....................Por CARLOTA M. BRAEMÉ.
12. **Pan, Queso y Besos**.............Por B. L. FARJEON.
13. **El Caballero Don Juan Jalifax**, Por la SRTA. MULOCK.
14. **Azabache**.........................Por ANA SEWELL.
15. **La Letra Escarlata**...............Por HAWTHORNE.

NOVELAS PUBLICADAS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

SERIE DE Á 30 CENTAVOS.

I.

CONFUSIÓN - - Por HUGH CONWAY.

II.

MARGARITA DE LA Ó, Por CARLOS READE.

III.

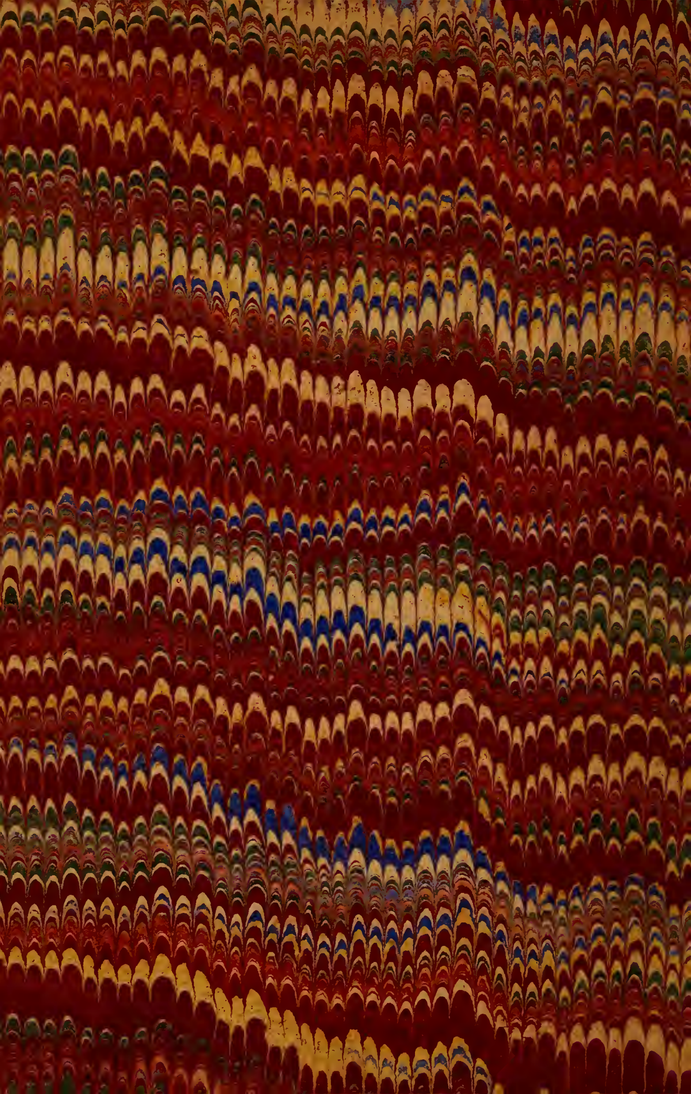
EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL,
Por LUIS R. STEVENSON.

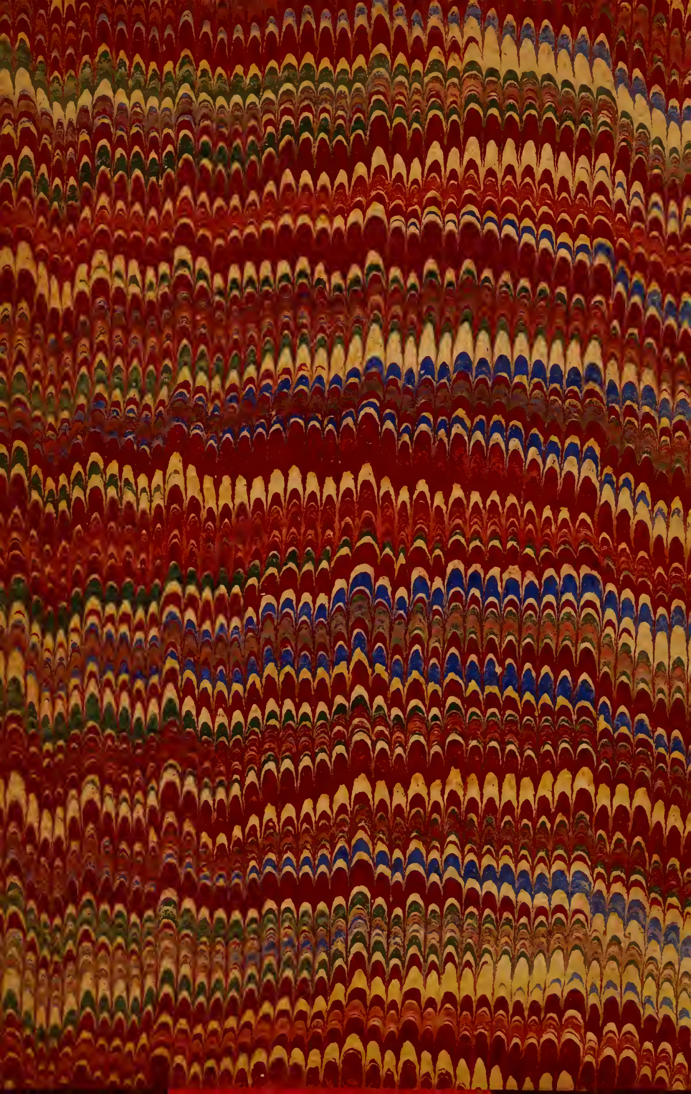
IV.

EL GRAN LUCERO - Por FRANK BARRETT.

V.

LA VIDA DE UN PERILLÁN,
Por WILKIE COLLINS.






LIBRARY OF CONGRESS
0 014 459 915 9